

De trayectorias y sentidos socio-territoriales. El caso de afrocolombianos en Cali.



**Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano**

**DE TRAYECTORIAS Y SENTIDOS SOCIO- TERRITORIALES.
EL CASO DE AFROCOLOMBIANOS EN CALI.**

**Monografía de Grado
Presentada como requisito para optar al título de
Trabajadora Social**

Santiago de Cali, marzo de 2012.

**DE TRAYECTORIAS Y SENTIDOS SOCIO- TERRITORIALES.
EL CASO DE AFROCOLOMBIANOS EN CALI.**

**Por
Carolina Centeno Perea
Código: 0632266**

**Paula Andrea Velásquez López
Directora de tesis**

Santiago de Cali, marzo de 2012.

AGRADECIMIENTOS

Al culminar la realización de un trabajo arduo, lleno de avances y retrocesos (como lo es el desarrollo de un proceso de investigación social), es inevitable resaltar que éste no hubiese sido posible sin la participación de personas e instituciones que facilitaron el proceso para que pudiera llegar a un feliz término. De ahí que es prioritario esbozar en las siguientes líneas mis más sinceros agradecimientos por el apoyo recibido y la confianza depositada en mí.

Debo agradecer de manera especial y sincera a Don Luis Cabrera, Aris Obregón, a las señoras Alba y Ernestina Herrera, Luz Amparo Granja, Victoria, Luz, Hilda, Carmen, Adelaida y María Eugenia Perlaza, Denis Micolta y Elisa Rosales, líderes comunitarios, migrantes afrocolombianas y habitantes de los barrios Mojica II, Charco Azul y los asentamientos de Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, porque confiaron en mí para contarme sus experiencias de vida, sus sueños y anhelos, su pujanza para construir o apropiarse de diferentes espacios en esta ciudad y mantuvieron abiertas las puertas de sus hogares para mostrarme su cotidianidad. A ustedes les reitero mi más profundo reconocimiento.

De igual manera, expreso mi gratitud a mi directora de tesis, Paula Andrea Velásquez López, por sus valiosos aportes, enseñanzas y por el acompañamiento realizado a lo largo de este proceso. Su apoyo y confianza en mi trabajo y su capacidad para guiar mis ideas han sido un aporte invaluable, no sólo en el desarrollo de esta monografía, sino también en mi formación como trabajadora social e investigadora. Por tanto, a ella le debo, indudablemente, un gran reconocimiento; como directora, siempre hizo más de lo que corresponde usualmente en el desempeño de tal labor académica, y ello por múltiples motivos: su confianza, paciencia, acogida y, sin duda alguna y sobre todas las cosas, su amistad.

Hago extensivo este agradecimiento a las directivas de la Universidad del Valle, a la Facultad de Humanidades y la Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano, especialmente, a los “profes” Víctor Mario Estrada, María Cénide Escobar, Amparo Micolta, Alba Nubia Rodríguez, Claudia Galeano y Olga Lucía Moreno, pues a lo largo de mi proceso de formación profesional compartieron de manera especial sus

enseñanzas, y experiencias de vida, además de apoyar constantemente el desarrollo de mi formación personal y profesional.

Deseo también mencionar en estas líneas a mis amigas y colegas en formación Sandra Lisbeth Ramírez y Luisa Johanna Arias, por los años, las alegrías y tristezas compartidas; de verdad quiero seguir compartiendo nuestras historias, deseos, satisfacciones y aflicciones.

Gracias a Evelin Yohana Carranza por su acompañamiento y su siempre atenta y efectiva colaboración durante mi acercamiento e incursión en Charco Azul y Cinta Sardi.

A mis padres, mis abuelas y mis hermanas quienes, a través de todos sus esfuerzos y comprensión, han hecho posible este logro; a ellos les debo una eterna gratitud y elogio. Y, por supuesto, un profundo agradecimiento a Jary por su amor, paciencia, inteligencia e inmensa generosidad.

No quiero terminar de expresar mis agradecimientos sin nombrar a Katherine, Julieth, Ana María, Karen y William Danny, quienes han compartido conmigo los “ires y venires” en el plano personal durante el desarrollo de esta monografía y, en general, de mi formación profesional.

ÍNDICE

Introducción	7
Capítulo 1. Sobre el objeto de investigación y la metodología	8
Capítulo 2. De regiones (Litoral Pacífico y Valle del Cauca): importancia de las migraciones y la interculturalidad	15
2.1 El litoral Pacífico colombiano. Un panorama general.	15
2.2. Cali: polo de atracción del suroccidente colombiano.	30
2.2.1 Entre una amalgama cultural se construyen los procesos de Industrialización de la ciudad.....	32
2.2.1.2 Santiago de Cali en el siglo XX: Una ciudad que crece, se transforma y se expande simultáneamente.	38
2.2.3 Crecimiento y transformaciones urbanísticas de la ciudad	42
Capítulo 3. Migrar a Cali: entre pérdidas y ganancias	48
3.1 De los caminantes y sus trayectos al andar.....	56
Capítulo 4. Buscando un lugar dónde vivir	64
4.1. La historia del Distrito de Aguablanca en Cali	64
4.2. Reconociendo una historia vivida. Antecedentes de conformación del barrio Charco Azul	72
4.3. Cinta Sardi y Charco Azul: una historia compartida día a día.....	79
4.4. La laguna de Charco Azul: entre el mito y la realidad.....	87
4.5. Entre reubicados y autoconstructores se consolidó el barrio Mójica II	93
Capítulo 5. Conviviendo con los otros: conflicto y disputas territoriales. Un acercamiento a las experiencias de los habitantes de Charco Azul, Cinta Sardi, Mójica II y la Colonia Nariñense	105
5.1.1 Entre el estigma y la exclusión. El caso de Charco Azul, Mójica II, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense.....	111
5.1.2 ¿Quiénes somos y cómo vivimos? Aproximación a las características socio-demográficas de los barrios Charco Azul y Mójica II, y los asentamientos Cinta Sardi y la Colonia Nariñense	113
5.2. “No todo es como lo pintan”	131
Capítulo 6. Consideraciones Finales	139
Referencias bibliográficas	142

INTRODUCCIÓN

El presente informe es el resultado del ejercicio investigativo llevado a cabo en el período comprendido entre enero y agosto de 2011, requisito para optar al título de Trabajadora Social de la Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano.

En la primera parte del presente informe de investigación, se consignan las consideraciones generales que sustentaron la construcción del objeto de estudio. Posteriormente, se presentan las claves conceptuales y teóricas que guiaron la gestión y el análisis de la información y se presenta la estrategia metodológica que guió la recolección de ésta, teniendo en cuenta las facilidades y los obstáculos emergentes en el proceso investigativo.

En el segundo capítulo, se presentan aspectos económicos, sociales, políticos y culturales referidos a las zonas de origen de migrantes afrocolombianos y de la ciudad de Cali como contexto de llegada. En el tercer capítulo, se esbozan las diferentes motivaciones, circunstancias y expectativas de dichos migrantes frente al proceso de migración a la ciudad. Luego de ello, se consigna el análisis de las configuraciones territoriales de Charco Azul, Mójica II, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense (barrios y asentamientos ubicados en la comuna trece y quince de la ciudad de Cali), mediante la reconstrucción histórica de su consolidación. A continuación, se abordan los procesos de inserción social y de segregación socio-espacial emergentes en estos barrios y asentamientos, desde el punto de vista de pobladores propios y externos a dichos entornos barriales.

En la última parte, consideraciones finales, se recogen los principales hallazgos del proceso de investigación analizados a la luz de tres perspectivas: las claves teóricas, la metodología utilizada y la temática abordada.

CAPÍTULO 1. SOBRE EL OBJETO DE INVESTIGACIÓN Y LA METODOLOGÍA

Al comenzar el proceso de investigación, la revisión bibliográfica inicial condujo a indagar la identidad étnica de la pobladores afrocolombianos en contextos urbanos y rurales, así como la incidencia de dicha identidad en la construcción y resignificación de sus territorios. Las investigaciones y artículos publicados en el ámbito nacional, entre los años de 1999 hasta el 2010 sirvieron como referencia, pues durante tal década se visualizó una notable proliferación en las investigaciones que daban cuenta de las poblaciones afrocolombianas y las dinámicas sociales de éstas en el contexto histórico, social, económico y político del país.

Los estudios mencionados emergieron en una coyuntura política en la cual se exaltaba la necesidad de visibilizar políticamente a las comunidades étnicas (afrocolombianos, raizales e indígenas) en el marco de la construcción de la carta constitucional en 1991; lo anterior, bajo la óptica del incremento progresivo de sociedades como la colombiana, cultural y étnicamente pluralista, en las cuales surgieron diversos procesos de transformación y cambio social a partir de la construcción y reconstrucción simbólica o cultural y los modos de relación con los otros dentro de una sociedad globalizada.

Teniendo en cuenta lo anterior, este informe busca incorporarse al debate sobre los estudios de población afrocolombiana que, en líneas gruesas y siguiendo a Agudelo (2004), pueden caracterizarse así:

1. En términos generales, las representaciones acerca de la población afrocolombiana del país la ubican como un grupo étnico que resulta de un largo proceso de construcción en el cual ha prevalecido un bagaje teórico y político, opuesto en ocasiones (en varios aspectos sustantivos) a la invisibilización de dicha población, situación enunciada por Nina S. de Friedemann (1990) hace más de dos décadas.
2. El estudio de las poblaciones afrocolombianas se ha caracterizado por su “pacificalización”, “ruralización”¹ y “riocentrismo”, situaciones que

¹ En de dicha tendencia se pueden ubicar las siguientes investigaciones: *“Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el pacífico”* (Hoffman, 1999), cuyo estudio tuvo como objetivo el reconocimiento de las distintas formas de territorialidad que caracterizan las veredas rurales, los espacios concretos a los que corresponden dichas territorialidades y las dinámicas sociales, culturales, políticas y

estereotipan a dichos pobladores y los cataloga básicamente como inmigrantes o desplazados cuyo origen está desligado de la ciudad, lo cual se traduce en la reducción de sus posibilidades de alteridad frente a múltiples estrategias que pueden aportar a la construcción permanente de sus referentes identitarios.

Sin embargo, desde finales de la década de 1990 y con las investigaciones de Arboleda (1998), Barbary, Bruyneel, Ramírez y Urrea (1999), Hurtado y Urrea (1999), Vanin, et al (1999), Agier et al (2000), Urrea, Arboleda y Mejía (2000) y Mosquera (2005), se abrieron otras posibilidades para pensar las poblaciones afrocolombianas en contextos urbanos del siglo XXI. En tal línea se adscribió la investigación y el presente informe, pues dichas investigaciones pusieron de relieve las implicaciones de las diversas lógicas e intereses que subyacen en el proceso migratorio de personas afrocolombianas a contextos urbanos, en tanto que existen diferencias taxativas en las situaciones y condicionantes para la migración. En otras palabras, la migración puede emerger como un medio a través del cual se logra el acceso a mejores condiciones laborales, económicas, etc.; no obstante, la migración puede ser un medio para garantizar la conservación de la vida, dadas las condiciones de violencia social o la vulneración de derechos sociales por parte del Estado.

De lo anterior, se planteaba que los eventos migratorios de personas afrocolombianas a contextos urbanos implican un sinnúmero de repercusiones que se manifiestan en los ámbitos político, social, económico y cultural, en los cuales se suponen cambios y negociaciones con la ciudad, sus habitantes, así como la construcción y reconstrucción de sus territorios. De ahí la importancia de caracterizar dichos procesos y de comprender el entramado relacional que de ello emerge, con el fin de rescatar sus particularidades a partir del reconocimiento de las personas afrocolombianas (como sujetos de derecho) y de políticas de desarrollo económico y social en relación directa con el Estado colombiano.

De igual manera, lo anterior viabilizaba el surgimiento de diversos procesos sociales de apropiación de espacios geográficos que dan cuenta de los medios a través de los cuales los migrantes afrocolombianos acceden a diferentes recursos que les posibilitan consolidar ciertos niveles de calidad de vida, cristalizados en

familiares que en éstas subyacen. la investigación tuvo como base un trabajo de campo realizado en la parte sur del Pacífico colombiano, específicamente en tres asentamientos del río Mexicano en la región de Tumaco, Asimismo, se halló el artículo *“Modalidades de acceso a la tierra en el Pacífico nariñense: río Mexicano-Tumaco”* (Rivas, 1999) el cual recoge las dinámicas o modalidades de acceso a los recursos (para el caso, la tierra) que se manejan localmente en la zona correspondiente al río Mexicano.

el acceso efectivo a instancias educativas, de salud, vivienda, empleo, entre otros, y que se otorgan bien por entidades estatales, bien por entidades privadas.

Al respecto, y teniendo en cuenta el panorama bibliográfico revisado, se buscó dar respuesta a interrogantes como cuáles son las trayectorias de inserción social de personas afrocolombianas migrantes a la ciudad de Cali entre 1995 y el 2005, y cuál es la relación de dichas trayectorias en las formas de construcción y resignificación de los territorios habitados por dichos migrantes, que para el caso son Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense.

Paralelo a ello, se trazaron los siguientes objetivos específicos: (1) reconocer las vivencias de migrantes afrocolombianos en la construcción o resignificación del territorio en el que habitan; (2) comprender los significados que dichos migrantes otorgan a los territorios del contexto urbano que habitan o han habitado; (3) describir sus rutas de migración; y (4) identificar los contrastes económicos, culturales y emocionales vividos después del evento migratorio a la ciudad de Cali.

De otro lado, el objetivo práctico del estudio apuntó a ofrecer aportes en la construcción de la memoria histórica de los barrios Charco Azul, Cinta Sardi, la Colonia Nariñense y Mójica II, en los cuales migrantes afrocolombianos han encontrado históricamente un entorno de acogida.

El contexto geográfico en el que se desarrolló la investigación resulta importante para ubicar el objeto de estudio y los resultados obtenidos. De ahí que sea preciso especificar que Santiago de Cali alberga un importante número de pobladores de diferentes estratos sociales, lo cual la consolida como un espacio territorial receptor de población y, desde el punto de vista regional, como el polo de desarrollo del Pacífico gracias a su posición, su conformación geográfica y el desarrollo de su infraestructura social.

De otro lado, y de acuerdo con los estudios de Barbary et al (1999:40), se evidencia que el distrito de Aguablanca en Cali (comunas 13, 14 y 15) y sus alrededores (comunas 6, 7, 11, 12 y 16) albergan aproximadamente al 62% de los hogares afrocolombianos de la ciudad. En este sentido, desde dicha distribución espacial se infiere que los migrantes afrocolombianos se ubican regularmente en el oriente, así como en algunos barrios de laderas al occidente de la ciudad. Frente a este panorama, se realizó una sucinta reconstrucción histórica del distrito de Aguablanca y de los barrios Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, con el fin de dar cuenta de las condiciones socioeconómicas e históricas en las que se dio la

emergencia y la configuración de estos entornos barriales y contextos de llegada de los migrantes afrocolombianos que hicieron parte de esta investigación.

Por otro lado, es preciso evidenciar que el estudio realizado se fundamentó en el método cualitativo desde una perspectiva interpretativa, pues se pretendía brindar centralidad a los argumentos de los migrantes y con ello, dar cuenta de la realidad construida por los éstos respecto a la construcción de territorios en la ciudad de Cali (como contexto de llegada). Es evidente que el interés no estaba en la explicación causal del fenómeno sino en el análisis relacional de los actores, así como la relación de éstos con las instancias sociales para comprender la formación social del fenómeno en referencia. Adicionalmente, se tuvo en cuenta el supuesto de que la realidad epistémica está mediada por las relaciones sociales, lo que genera que la relación entre investigador e investigado sea concebida de sujeto a sujeto, implicando simultáneamente la subjetividad como medio y fin de conocimiento.

Al respecto, es indispensable mencionar que las aproximaciones conceptuales realizadas en el proyecto de investigación inicialmente trataron de esbozar un camino conceptual en el cual se abordaron las nociones de *trayectorias de inserción social, migración, identidad étnica, exclusión e inclusión, territorio, territorialidad y territorialización*, con el fin de tener algunas claridades teóricas y metodológicas sobre las categorías centrales del estudio. Dichas nociones se abordan y explican a lo largo del presente informe de investigación.

Con base en ello, la estrategia metodológica construida en función del método y de los objetivos explicados contempló, en un primer momento, la realización de entrevistas semiestructuradas; sin embargo, a medida que avanzaba el trabajo de campo evolucionaron a entrevistas a profundidad, pues desde un esquema de preguntas prediseñadas y abordadas secuencialmente, se llegó a la formulación de preguntas abiertas con base en ejes temáticos y sin un orden preestablecido, lo cual facilitó el manejo del ritmo de las entrevistas en función de las respuestas ofrecidas por cada una de las personas entrevistadas.

Todo ello posibilitó que los entrevistados construyeran un relato biográfico en el cual relacionaran su historia migratoria, las formas en que han construido sentidos de pertenencia o arraigo en el territorio donde actualmente habitan, la apropiación simbólica del espacio que realizan y la influencia de estos procesos en su inserción social en la ciudad.

Paralelo a esto, debe destacarse la realización de observaciones participantes² desde las cuales se posibilitó un acercamiento y comprensión de las interacciones, rutinas, relaciones, generación de conflictos, alianzas de los migrantes afrocolombianos con vecinos y habitantes de Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, desde diferentes escenarios de intercambio, negociación y encuentro tales como establecimientos de comercio (tiendas, droguerías, almacenes), canchas de fútbol, licorerías, billares, escuelas y jardines infantiles, todos presentes en la mayoría de estos barrios y asentamientos.

Además de lo anterior, la implementación de la revisión documental sirvió como una técnica de investigación que permitió analizar escritos y elementos audiovisuales (fotografías³ y cortometrajes⁴) en los que se evidenciaban los siguientes ejes temáticos: (a) vivencias y significados de los pobladores frente a la conformación y consolidación de sus entornos barriales; (b) organizaciones sociales presentes en los barrios y asentamientos; (c) convivencia y conflictos emergentes entre pobladores y pobladoras; y (d) imaginarios y percepciones construidos por parte de habitantes de sectores aledaños o externos a los barrios y asentamientos en mención.

² Las observaciones realizadas tuvieron el carácter de participantes dado que, para obtener la información, se tuvo la necesidad –como bien lo plantean Ramos, Rodríguez y Rodríguez (2008)– de sumergirse en algunas de las dimensiones del objeto de estudio. De ahí la importancia de involucrarse en dinámicas tales como los espacios de recreación de los niños y jóvenes del sector, algunas reuniones de organizaciones comunitarias existentes en Mójica II, la asistencia a un velorio, preparación de alimentos (olla comunitaria) y acercarse a la información “desde adentro”.

³ Sin duda alguna, las fotografías “hablan” de nosotros, nos describen. Desde este punto de vista, el análisis de fotografías sobre el origen de los barrios y asentamientos, condiciones de vida y relaciones de los pobladores de Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, posibilitó el acercamiento a las vivencias de los entrevistados frente a la construcción y consolidación de su territorio en la ciudad (en este caso, su entorno barrial), pues se logró vislumbrar, de un lado, las condiciones físicas y materiales en las que se dio la construcción de sus viviendas; de otro, los diferentes escenarios de encuentro entre pobladores y los usos de los espacios en la vida cotidiana de estas personas.

⁴ Los cortometrajes analizados fueron ‘**La Resbalosa**’ y ‘**Un charco no tan azul**’. El primero se produjo en el año 2001 por el Colectivo Cine pal Barrio, en asocio con Asojóvenes y la Asociación Lila Mujer, bajo la dirección de Edilberto Jurado y el acompañamiento de la Corporación Códice. Este documental recoge antecedentes sobre el origen y consolidación de la Colonia Nariñense desde las voces de algunos de habitantes y líderes comunitarios del asentamiento. Luego de ello, se muestra uno de los sitios más representativos de la Colonia Nariñense, la discoteca ‘**La Resbalosa**’, retratada desde su interior y con sus protagonistas, mostrando que la cultura y la rumba están por encima de los problemas violentos y la estigmatización de sus pobladores. De otro lado, se encuentra el documental **Un Charco no tan Azul** (1993) dirigido por Carlos Potón y con el auspicio de la Universidad del Valle Televisión. Dicho documental es una compilación de videos en los cuales se retrata a un grupo de hombres jóvenes del barrio Charco Azul que encontraron en la música, la danza y otras manifestaciones artísticas, una forma de expresar sus sentimientos de inconformidad hacia el racismo y la desigualdad social. Muestra, además, la construcción de sentido de algunos de los pobladores del barrio respecto a la historia de conformación del barrio, los principales protagonistas en dicho proceso, el mito de la laguna, las problemáticas del barrio y sus perspectivas a futuro.

La revisión documental realizada fue útil respecto a las aproximaciones generales y cronológicas de los conflictos, disputas territoriales, convivencia, relaciones y rutinas emergentes en la configuración socio-territorial de Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, pues a través de la identificación de actores, discursos y prácticas se posibilitó la comprensión de las diferentes dimensiones que confluyen en la heterogeneidad de los usos, referentes simbólicos y representaciones que median en la construcción de territorios y territorialidades que han consolidado tanto los pobladores como las personas externas a estos barrios y asentamientos.

Teniendo en cuenta lo anterior, es importante mencionar que la implementación de observaciones participantes, revisión documental y entrevistas en profundidad se constituyó en un acierto metodológico, en tanto que a partir de éstas se lograron comprender los relatos, recuerdos, significados, experiencias y prácticas cotidianas que los migrantes han tallado con el paso del tiempo, dejando huellas no sólo en sus lugares de origen sino en sus territorios en la ciudad; desde allí, surgen diversos mundos por explorar abiertos al reconocimiento, a la creatividad y a la imaginación.

Desde lo dicho líneas atrás, se entiende que el análisis ofrecido en el presente informe de investigación no permite ni propone la formulación de generalizaciones o tendencias universales; no obstante, es pertinente para mostrar los diferentes sentidos de pertenencia y apropiación de los territorios habitados por los migrantes, así como la inserción social de los mismos en la ciudad.

En relación con el universo poblacional de la investigación, es preciso mencionar que se entrevistó a dos líderes comunitarios y a doce migrantes afrocolombianas habitantes de los barrios Mójica II, Charco Azul y Cinta Sardi, cuyo evento migratorio se presentó entre 1988 y 2005, tiempo desde el cual establecieron su lugar de residencia en Cali. Al no disponer de una estadística fiable de la cantidad de migrantes afrocolombianos que se establecieron en la ciudad para dicho período, se realizó un muestreo por bola de nieve en el cual las primeras personas que se contactaron sugirieron a otras para que participaran en la investigación. La información obtenida se transcribió conservando las formas dialectales de los entrevistados. Dicha información fue procesada en el software Atlas ti.

Por último, y con el ánimo de incluir en esta reflexión metodológica los aspectos no previstos durante la realización del trabajo de campo, es necesario referir que el acercamiento e incursión en Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense se tornó un poco “difícil” en un principio debido a algunos episodios de delincuencia común que se presentaron en estos sectores. No obstante, los entrevistados ofrecieron su acompañamiento al momento del ingreso o salida de los barrios y asentamientos en mención, con lo que se facilitó la permanencia en dichos entornos barriales y la realización de entrevistas y observaciones.

CAPÍTULO 2. DE REGIONES (LITORAL PACÍFICO Y VALLE DEL CAUCA): IMPORTANCIA DE LAS MIGRACIONES Y LA INTERCULTURALIDAD.

Las líneas que se exponen a continuación tienen como objetivo mostrar aspectos de índole económica, social, política y cultural, que hacen referencia al contexto socioeconómico e histórico de las zonas de origen de migrantes afrocolombianos habitantes de los barrios Charco Azul y Mójica II de la ciudad de Cali, caracterizada por la emergencia de flujos migratorios que se han mantenido desde hace más de tres décadas. Los habitantes de estos barrios provienen, en su gran mayoría, del Litoral Pacífico, y se alude a la ciudad de Cali como contexto urbano de llegada. En función de ello, se realiza en un primer momento una caracterización sucinta de las condiciones geográficas, económicas y sociales del Litoral Pacífico para luego dar paso al análisis de los factores que inciden en la configuración de la ciudad de Cali como polo de atracción del suroccidente colombiano.

2.1 El litoral Pacífico colombiano. Un panorama general

Al realizar un rastreo de la noción “el Pacífico”, y de acuerdo con Hoffman y Pissotat (1999), se evidencia que ésta posee varias acepciones. La primera de ellas se refiere a sus condiciones medioambientales; podría plantearse que para muchas de las personas que habitan en Colombia, existe una cierta representación del litoral Pacífico como una zona geográfica cubierta de bosques y sembrada de caseríos dispersos y algunas veredas. No obstante, también se contempla una segunda noción: el conjunto de los cuatro departamentos del occidente colombiano (Chocó, Valle del Cauca, Cauca y Nariño). Esta noción evidencia que “el Pacífico” denota un espacio regional habitado mayoritariamente por poblaciones negras, incluyendo así parte de Antioquia y Caldas.

En las líneas que aquí se plasman no se pretende realizar una definición exhaustiva en términos teóricos y epistemológicos de la región del Pacífico; sin embargo, se ofrecen ciertas pistas para entender a qué se hace referencia cuando se habla de ésta, de ahí que en un primer momento se diluciden sus diferentes acepciones, y con ello, se particularice su definición, asimismo, se incluye la visión que de ella se elabora desde fuera y desde sus pobladores. En este sentido, es importante recalcar que se hará alusión al Litoral Pacífico para contextualizar los lugares de origen de poblaciones afrocolombianas y algunas de sus generaciones, las cuales se han establecido en la ciudad de Cali y cuyos flujos migratorios datan desde hace más de tres décadas.

Los espacios geográficos no pueden ser entendidos desde una lógica de condicionamiento; en otras palabras, los espacios por sí solos no determinan ningún fenómeno social, aunque sí intervienen en el conjunto de condicionantes que desembocan en un tiempo y un lugar específico, del mismo modo en el que intervienen en diversas dinámicas, sean económicas, políticas, culturales, territoriales, etc. (Hoffman y Pissotat, 1999:5). De otro lado, está la importancia de definir desde qué tipo de escala⁵ se hace alusión al Litoral Pacífico; en este sentido, se plantea que a escala nacional se habla “del Pacífico” como la agrupación de los cuatro departamentos que cuentan con una porción de litoral (Chocó, Valle del Cauca, Cauca y Nariño, ver mapa no.2) y que se constituyen, además, como las principales entidades político-administrativas con alto porcentaje de población afrocolombiana.

Desde una escala intra-regional, se alude diferencialmente al “Pacífico” propiamente dicho de las partes andinas. En este sentido, se bosqueja el “Pacífico” de norte a sur con todos los municipios del Chocó, el de Buenaventura (Valle del Cauca), los de López de Micay, Timbiquí y Guapi (Cauca) e Iscuandé, El Charco, La Tola, Mosquera, Bocas de Satinga, Salahonda, Roberto Payán, Magüí Payán, Barbacoas y Tumaco, correspondientes al litoral nariñense.

Desde una escala regional, el Litoral Pacífico colombiano está cubierto en su mayor parte por bosques pluviales, tiene 900 kilómetros de longitud y una anchura que oscila entre los 50 y 180 kilómetros. Está situada entre el ramal occidental de la cordillera de los Andes y el océano Pacífico. Su población alcanza casi un millón de habitantes, de los cuales el 90% son afrocolombianos y unos 50.000 pertenecen a varios grupos étnicos indígenas, de los cuales los más numerosos son los Embera-wounan (Escobar, 2004:54).

La parte del Litoral Pacífico está constituida por una franja costera más o menos estrecha a la que le sigue unas colinas de poca altura atravesadas de múltiples valles aplanados por los aluviones fluviales; las altas vertientes montañosas contrastan con estas tierras bajas y onduladas (Hoffmann y Pissotat, 1999:12). Varios autores (Grueso, 2000; Almario, 2004; Escobar, 2004; Posso 2008) coinciden en afirmar que el Litoral Pacífico es una de las zonas más lluviosas y húmedas del planeta.

⁵ La noción de escala se entiende desde lo propuesto por Monnet (1999) quien plantea que ésta tiene un doble uso en el lenguaje de la geografía. Por un lado, se encuentra el uso estricto y preciso de dicha noción, definida como la correspondencia entre la medida geométrica de un espacio y su representación cartográfica. Su otro uso es conceptual, con el que se trata un nivel de organización del espacio en pro de ejercer acciones de manejo territorial.

Se encuentra atravesada por numerosos, caudalosos y profundos ríos⁶, entre los que se destacan el Atrato, el San Juan, el Baudó, el Mira y el Patía, algunos de los cuales son ricos en yacimientos auríferos y de platino.

El Litoral Pacífico, poblado inicialmente por algunas tribus indígenas, fue parcialmente ocupado por la colonización española que, atraída por sus riquezas minerales, estableció un modelo de economía extractiva ausentista debido a las difíciles condiciones de habitabilidad (Agudelo, 2002). En la actualidad, entre los grupos negros del Litoral Pacífico coexisten actividades de cacería y pesca, siembra y recolección de frutos, así como la extracción de madera, actividades que no sólo se inscriben en el ámbito de la supervivencia, sino que plantean una conexión directa con un universo simbólico que les permite recrear y explicar su estrecha relación con el medio ambiente (González, 2003).

La presencia indígena originaria es minoritaria al lado de algunos pocos blancos y mestizos. Con la abolición de la esclavitud a mediados del siglo XIX, se produjo un proceso de migración de antiguos esclavos del interior del país que incrementó aún más el poblamiento negro. De las minas en el período colonial, en los siglos XIX y XX, la prioridad en explotación de recursos pasó a otros productos como la tagua, el caucho y la madera. La lógica de la extracción se mantuvo y la región se fue integrando, aunque de manera marginal o periférica, a la dinámica de modernización del país (Agudelo, 2002).

Además de ello, en el Litoral Pacífico se encuentran zonas de adaptación de especies vegetales que soportan aguas salinas como los manglares, los cuales son fundamentales en la reproducción de especies vegetales y animales acuáticos; adicionalmente, existen bosques de zonas inundables como los naidizales y guandales en las tierras bajas hasta llegar a los bosques de la cordillera (Posso, 2008). Por otro lado, es preciso señalar que la implementación de los enclaves mineros (con mano de obra esclava y algunos pocos centros urbanos) explican el poblamiento actual y mayoritario de poblaciones negras descendientes de los esclavos africanos que habitan en la región del Litoral Pacífico desde el inicio del siglo XVI.

Sin embargo, en el año de 1993 se otorga el derecho a la propiedad colectiva y titulación de tierras a comunidades negras⁷ con la promulgación de la Ley 70 del

⁶ Algunos de ellos constituyen las únicas vías de comunicación en el Litoral Pacífico predominantemente selvático, e incluso se plantea que los ríos son la principal fuente de supervivencia de sus pobladores.

mismo año; dichas tierras se consideraban terrenos baldíos, de colonización o reservas forestales y la legislación impedía a la mayoría de sus pobladores ancestrales legitimar su derecho consuetudinario frente al territorio en los conflictos con foráneos (Angulo, 2000. En: Posso, 2008).

Paralelo a esto, puede afirmarse que el Litoral Pacífico es un área geográfica del país en donde no ha podido erradicarse la malaria y algunas otras enfermedades tropicales poco estudiadas como la leishmaniasis⁸, además de otros factores de morbilidad y mortalidad superados en el resto del país (De acuerdo con Posso, 2008). De otro lado, podría plantearse que el Litoral ha sido tratado por los gobiernos nacionales, en palabras de Wade (1993), como una “*colonia interna*” de la que se extraen recursos, sin que se retribuyan en una proporción considerable las ganancias generadas de dicha extracción.

Son variados aspectos los que inciden en la economía del Litoral. El primero de éstos, y retomando lo referido renglones arriba, es que allí se queda un porcentaje muy bajo de los recursos económicos obtenidos a partir de la extracción de su recursos naturales, pues los procesos de transformación industrial se dan al interior de país o en otros países, con lo que la posibilidad de implementar dichos procesos en el Litoral Pacífico se contempla tan sólo como una última opción.

En segundo lugar, la escasa consolidación económica que se pueda destinar a fortalecer los procesos productivos del Litoral y la calidad de vida de sus pobladores se traduce en la intención, mas no concreción, de posibilitar que su economía se dinamice en términos de que no sólo quede sujeta a las expectativas de los recursos que se generan a partir de su relación con entes regionales e internacionales; dicho de otro modo, el Litoral tiene fragmentados sus sectores productivos, cuyas actividades

⁷ Con este término se explicita la herencia africana en la historia y en las dinámicas sociales de dichos grupos poblacionales, además de consolidarse como una forma de etnicización y reivindicación de su connotación negativa, con un carácter eminentemente descriptivo que incluye a las poblaciones mulatas, correspondientes a la mezcla fenotípica entre personas negras con blancas, indígenas u otros mestizos; no obstante, dicho término (poblaciones negras o afrocolombianas) no deja de ser arbitrario y ambivalente en contextos locales y de interacción social. Según Agudelo (2005), el término *comunidades negras* ha sido nutrido de diversas vertientes; la primera de éstas se enmarca en la nominación que, en la década de 1950, algunos antropólogos otorgaron a algunas poblaciones indígenas y, en ocasiones, a grupos de población rurales. A finales de esa época, el Estado colombiano utilizaba el término ‘comunidad’ como una forma de referirse a grupos poblacionales de escasos recursos económicos y que termina por volverse de uso común. Con la proclamación de la Constitución de 1991, se institucionalizó y generalizó la noción de *comunidades negras* como una forma de nombrar e incluir a los grupos negros en las dinámicas de participación y en procesos económicos y políticos en los planos, local, regional, nacional y global.

⁸ Enfermedad zoonótica causada por diferentes especies de protozoos del género *Leishmania*, cuyas manifestaciones clínicas se extienden desde úlceras cutáneas que cicatrizan espontáneamente hasta formas fatales en las cuales se presenta inflamación severa del hígado y del bazo (Posso, 2008).

económicas dependen en gran medida de las fluctuaciones de los precios en el mercado, de la oferta y demanda de productos y de decisiones privadas, gubernamentales o de ambas (Posso, 2008).

De igual manera, el Litoral Pacífico tiene uno de los más altos indicadores de empobrecimiento económico en el país, así como una baja proporción de acceso y garantía de derechos sociales tales como salud, educación, vivienda y servicios públicos (acueducto, energía, alcantarillado, comunicaciones); prueba de ello son los indicadores referidos en el último informe sobre calidad de vida en Colombia en el año 2006:

El Litoral Pacífico posee las peores condiciones de vida del país, al estar 15 puntos por debajo del promedio nacional (62 frente a 77). En los últimos 6 años, ha tenido una tasa negativa en el crecimiento de condiciones de vida (-4,7%). Entre 1997 y 2003 cayeron todos los factores que miden la calidad de vida; así, el 63% de los hogares no tiene acceso a inodoro con conexión a alcantarillado o bajamar; el 30% carece de abastecimiento de agua de pila pública, carrotanque, aguatero o acueducto. El 41% aún cocina con carbón, leña o desechos; el 60% no tiene servicio de recolección de basuras; el 46% de hogares vive en hacinamiento. En la región los municipios con el más bajo estándar de vida son: Carmen del Darién (47,8), Alto Baudó (49,4), Piamonte (49,4), Medio Atrato (49,8) y La Vega (50,1) (...). A nivel departamental, Chocó tiene el índice de calidad de vida (ICV) más bajo de la región y del país (58 puntos) (Millán y Flórez, 2007:22).

En materia educativa, el Litoral Pacífico con un 18% supera el promedio nacional (15,5%) de analfabetismo funcional⁹ (menos de tres grados cursados). El municipio de Medio Baudó, ubicado en el Chocó, presenta el más alto nivel de analfabetismo en el país: 66% frente al 7% del promedio nacional. Según la Encuesta Nacional de Demografía y Salud realizada en el 2005¹⁰, la tasa de mortalidad infantil en el Colombia es de 19 por mil para el quinquenio 2000-2005, siendo de 17 por mil en la zona urbana y de 24 por mil en la zona rural; de esta tasa, la más alta por regiones es la del Litoral Pacífico (54 por mil), y en cuanto a departamentos, la más alta se encuentra en el Chocó (36 por mil) nacidos vivos (Millán y Flórez, 2007:23). A pesar de ello y en palabras de Escobar (2004:55), el Litoral Pacífico (olvidado y relativamente aislado durante mucho tiempo) se convirtió, desde la década del

⁹ Definición ofrecida por María Isabel Infante (2001) en la publicación *Alfabetismo funcional en siete países de América Latina*, editada por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

¹⁰ La última ENDS se realizó en el 2010 prestando especial atención a aspectos relacionados con la salud sexual y reproductiva en el país. A la fecha (2011) la información pormenorizada sobre las condiciones de vida de la población en el país, de sus viviendas, hogares y características específicas de cada uno de sus miembros (edad, niveles de escolaridad, etc.), no se encuentra disponible, por ello, se recurrió a la información ofrecida en el ENDS 2007, dado que, en ésta si se encontraron las variables señaladas anteriormente.

ochenta, en un espacio geográfico de expansión económica con proyectos de desarrollo a gran escala y nuevos medios de acumulación de capital como plantaciones de palma aceitera africana y criaderos industriales de camarones.

Con base en varios estudios de corte etnográfico (Whitten, 1992; Sánchez, 1994; Cataño y Quintana, 2005; Jaramillo, 1990 y Posso, 2008), la dinámica de ocupación del territorio por las poblaciones negras e indígenas en el Litoral Pacífico posibilitó la construcción de sistemas culturales y de convivencia interétnica la cual, a diferencia de otras regiones, fue un proceso pacífico (entendido como mecanismo coercitivo de imposición de ideales y de resolución de conflictos); si bien no estuvo exento de tensiones y conflictos, dichas poblaciones contaban con diversos mecanismos de intercambio simbólico y social que mediaban en la resolución de los mismos¹¹.

El proceso de ocupación del territorio se desarrolló ante la indiferencia y presencia precaria del Estado central. En este panorama se evidenció que algunas “zonas periféricas” en el país, permanecían sin mayor trascendencia para el Estado. En el caso del Litoral Pacífico (con una marcada concentración de poblaciones afrocolombianas) existe una marcada connotación de segregación socio-racial (Agudelo, 2002:3); no es un secreto que dicha discriminación data del modelo de Estado que se construyó desde los inicios de la República (principios del siglo XIX), heredado de la administración colonial, en el cual se divulgan una serie de prejuicios raciales y estigmas sociales que subsisten aún después de la abolición total de la esclavitud y que se alimentó también de las teorías racistas que surgieron durante el siglo XIX en Europa (Wade, 1997).

No obstante, es preciso señalar que a finales de la década del setenta, en el contexto de avance del actual proceso de globalización y con el auge de las políticas neoliberales, se registra en el Litoral Pacífico la llegada de “políticas de desarrollo” en pro de la calidad de vida de las comunidades presentes en ésta; lo anterior como resultado de la presión de algunos actores locales y del discurso emergente del Estado sobre la importancia estratégica del Litoral Pacífico como punto de contacto con la

¹¹ Dicha situación se vio modificada por la espiral de violencia que data de unos años atrás y que todavía se mantiene. En este contexto se dio la agudización del conflicto armado a nivel nacional y su extensión geográfica hacia esta región. No fue el desbordamiento de las tensiones y conflictos locales entre los diferentes actores sociales con intereses opuestos en la región lo que causó la crisis de derechos humanos que hoy se vive en el Pacífico colombiano. Desde lo referido por Agudelo (2002:23), la ubicación geográfica estratégica para los actores armados, las perspectivas de macroproyectos de desarrollo y el potencial de recursos naturales explotables son, entre otros, los aspectos que explican la transformación de la región y su génesis de escenario principal del conflicto.

“Cuenca del Pacífico”¹², así como de una mayor visibilización en el interior del país de las condiciones de marginalidad respecto al acceso a servicios básicos en que viven la mayor parte de sus pobladores.

De otra parte, es preciso señalar que el Litoral Pacífico se ha configurado a partir de las funciones e intereses externos a éste, con lo cual se han diseñado una serie de planes agrícolas y de ampliación de la cobertura en servicios y derechos sociales (Posso, 2008:35). Paralelo a ello, se han plasmado cuantiosos proyectos de infraestructura, cuya finalidad era el mejoramiento de las formas y vías de comunicación de la región hacia el epicentro del país y su conexión marítima con la “Cuenca del Pacífico”. Se reiteraron viejos proyectos (que nunca se desarrollaron) como la terminación de la vía panamericana en la región del Darién (que uniría a Colombia con Panamá) y el canal Atrato-Truando (ríos del departamento del Chocó), el cual conectaría el Océano Atlántico con el Pacífico; todo ello con la intencionalidad de favorecer la apertura económica del país. Para ello, se propuso un cambio de nominación para esta región (“*Mar del siglo XXI*”), dada su importancia geoestratégica para las relaciones comerciales del país (Escobar, 1996; Agudelo, 2002).

Al mismo tiempo, Grueso (2000) resalta el Litoral Pacífico como zona de importancia mundial dada su diversidad biológica; de ahí que se le haya denominado *Pacífico Biogeográfico* y que se le proclame como una de las cinco zonas de mayor biodiversidad¹³ del planeta en el marco de la discusión mundial sobre medio ambiente y el desarrollo sostenible; además se ha dado impulso a la biotecnología en el marco del conocimiento tradicional asociado a la diversidad biológica de dicha región.

Por otro lado, y en relación con las características de la economía campesina del Litoral Pacífico, debe señalarse que los análisis realizados por varios autores (amparados desde disciplinas como la antropología y la sociología principalmente)

¹² La Cuenca del Pacífico es una vasta región que incluye una gran variedad de culturas, religiones, ideologías, poblaciones de diferente dimensión y territorios de distinta extensión. Este amplio espacio reúne sistemas políticos y modelos económicos diferentes aún cuando éstos se encuentran predominantemente orientados hacia la economía de libre mercado. La Cuenca del Pacífico está integrada por 40 Estados, los cuales representan aproximadamente el 40% de la población mundial, que produce más del 45% del monto total producido en el globo. En sus mares, estos países poseen la mayor cantidad de recursos vivos y tienen en sus fondos marinos los que quizá son los principales yacimientos de recursos minerales para el futuro de la humanidad. En síntesis, la Cuenca del Pacífico representa hoy el área de mayor dinamismo y crecimiento en el comercio internacional y en la economía mundial (Artículo de la Enciclopedia Libre Universal en Español).

¹³ Se entiende por biodiversidad: "la riqueza ecosistémica y genética de una región; las áreas biodiversas se caracterizan por contar con una baja densidad de individuos de la misma especie en un espacio determinado y por presentar un alto número de especies diversas en ese mismo espacio." (Uribe, 1993:718. En: Rivas, 1999.)

dan cuenta de un factor sobresaliente: los diversos modos de adaptación de los diferentes grupos negros e indígenas del pacífico colombiano.

Como se evidenció renglones arriba, el Litoral Pacífico es una de las zonas más lluviosas del mundo, por lo que las condiciones medioambientales se constituyen en las principales condicionantes de la actividad y organización económica de dichas comunidades; de ese modo, se explica la diversidad productiva existente en esta zona. No se habla, entonces, de la existencia de diversos sectores o actividades productivas sino de la realización de diferentes actividades según el calendario, es decir, no se hace notoria especialización alguna en términos de la producción agrícola en el Litoral Pacífico.

Teniendo en cuenta lo anterior, es preciso retomar algunos comentarios de los migrantes entrevistados frente a las potencialidades y recursos naturales existentes en sus lugares de origen:

“...Tumaco es próspero porque se da mucho el plátano, el zapote, el caimito, el banano, marisco y fresco, no es como aquí es congelador, allá se saca y usted va donde llegan los barcos y usted lo compra, es fresquito a veces moviéndose todavía vivo, el plátano, la yuca, este las carnes, allá no venden nada congelado, todo es, lo matan en la noche y en el día lo venden, todo es fresquito, natural, nada de químicos. Allá no se come tanto grano, porque aquí cuando no es frijol, lenteja, ullucos, espagueti, allá no se ve eso casi, o sea, se ve, pero el comercio es muy poco así, allá es mucho marisco, el plátano, el chocolate, el café, todo es natural...” (Migrante tumaqueña, cincuenta y tres años).

“...En realidad allá... Como te dijera, en esa época por allá era que el pescado y uno mismo iba y cogía sus cosas, que su plátano, uno mismo sembraba sus cultivos y todo eso, y pongamos que alguna vaquita, porque pongamos, y que uno mismo pues cultivaba, no pues el arroz no tanto porque de acá era que llevaban esas cosas y esas cosas son carísimas, que la leche en polvo, que el arroz, que las sardinas, todo eso allá lo llevaban a vender y eso era uf, súper carísimo, y yo creo que eso aún sigue siendo caro, allá no sé, súper carísimo, pero pongamos que uno mismo cogía su pescado, que uno mismo cogía sus conejos, sus cosas así, que las chuchas, porque allá se come la chucha, acá no, allá si, aunque acá hay mucha gente costeña que coge sus chuchas y se las comen, lógico, pero eso allá era muy apetecido, que el conejo de campo, todo eso muy bueno también, y ya el pescado...” (Migrante guapireña, cuarenta y nueve años)

Unido a ello, en el Litoral Pacífico se encuentra la coexistencia de agrupaciones humanas étnica y culturalmente diferenciadas (comunidades negras, indígenas y mestizas), lo que incide en la construcción de estrategias económicas particulares.

La forma de articulación de la economía negra e indígena a la economía nacional se da a través de la comercialización de madera, el oro, el palmito, los crustáceos, o la venta de su fuerza de trabajo. Para Posso y Lucero (2008), es aquí donde se da el punto de contacto con el sistema de producción extractivista que agencian empresarios y comerciantes del país o del extranjero, pues dichos productos son demandados en el mercado nacional e internacional.

Los grupos étnicos del Litoral Pacífico han construido su economía campesina en combinación con una agricultura itinerante y actividades económicas complementarias que les posibilitan la obtención de los productos que completan su dieta alimenticia o cubren otras necesidades de subsistencia (caza, pesca, recolección de frutos, fibras, materiales para la construcción de viviendas o maderas para combustión). A este panorama se adicionan diferentes actividades (extracción de madera, la minería, la pesca, el turismo, la producción de artesanías, la migración estacional a centros urbanos del país o a zonas de agricultura comercial) de las que se obtiene dinero para la satisfacción de necesidades, lo que favorece su articulación a la economía nacional (Posso, 1997).

En relación con las vías de comunicación e infraestructura vial del Litoral Pacífico, se plantea un panorama interesante desde lo planteado por Hoffmann y Pissotat (1999:19):

(...) Los Andes colombianos, que gozan de una red de vías secundarias a menudo pavimentadas, se incorporan a la red principal de envergadura internacional (La Panamericana). Sobre las huellas del camino histórico hacia Quito, este corredor de comunicación pasa por las capitales departamentales, y continúa hasta Medellín o Bogotá. Permite así la conexión del conjunto de ciudades de esta zona entre ellas, pero también con las otras regiones de Colombia o del extranjero. Tal estructura beneficia a la parte montañosa y facilita su integración en los circuitos comerciales inter e intranacionales. Al contrario, dos carreteras solamente desembocan a la costa pacífica: la primera va de Cali a Buenaventura, la otra de Pasto a Tumaco. Aun el Chocó y la ciudad de Quibdó son muy mal comunicados con el resto del país. Esta ausencia de infraestructura vial refuerza el papel primordial de los ríos que fungen como las únicas vías de comunicación en los sistemas regionales. En esta configuración muy desigual, Buenaventura y Tumaco aparecen como unos verdaderos apéndices de la red andina. En efecto, estos dos puertos se benefician de estos lazos de comunicación, bastante recientes por lo demás, por tener interés económico de orden global: aseguran a las regiones andinas unas salidas hacia y desde el exterior, que orientan los flujos de mercancías que si no, se desviarían hacia el Ecuador o a la Costa Atlántica.

Si bien hasta el momento se han realizado ciertas anotaciones generalizadas de las condiciones históricas, demográficas, socioeconómicas y medio ambientales del Litoral Pacífico, es importante referir algunas particularidades del departamento del

Valle del Cauca y el municipio de Buenaventura, dado que éstos se constituyen como epicentros de movilidad social de reconocida trascendencia en el Litoral Pacífico.

En consecuencia, a continuación se realiza un bosquejo de las condiciones sociodemográficas y económicas del departamento del Valle del Cauca y Buenaventura; además se precisan algunos comentarios frente a las condiciones de vida de sus habitantes.

El departamento del Valle del Cauca abarca una extensión de 22.140 km², en donde se distinguen dos grandes unidades de relieve: la plana o del Valle, que se encuentra entre las cordilleras central y occidental y se compone por las simas, las laderas y vertientes de estas dos cordilleras, y la costa del Pacífico, compuesta por el litoral y la llanura selvática, atravesada de norte a sur por el río Cauca (principal eje fluvial del departamento), aunque cuenta con otros como en Río San Juan en el norte y el Naya en el sur (Informe sobre el estado de los recursos naturales, medio ambiente y aseo en la ciudad de Santiago de Cali, publicado en el 2005 por la Contraloría Municipal de Santiago de Cali).

En relación con el número de habitantes del departamento y con base en el censo de población realizado el 2005 por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística, de un total de 4'532.378 habitantes en el departamento, 2'119.908 se concentrarían en Cali, su capital. Ello ubica al Valle del Cauca y Cali como el tercer departamento y la tercera ciudad más poblados del país, respectivamente (DANE, 2006. En: Millán y Flórez, 2007).

Su división político administrativa consta de 42 municipios que geográficamente pueden dividirse en cuatro microrregiones: Sur del Valle, Cuenca del Pacífico, Centro del Valle y Norte del Valle (Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, 2009).

En relación con el municipio de Buenaventura, éste se encuentra ubicado en la subregión de la Cuenca del Pacífico. Tiene una extensión de 607.800 hectáreas, de las cuales 605.639,1 corresponden al área rural (99,64% de su extensión total) y apenas un 0,36% de su extensión corresponde al área urbana (2.160,9 hectáreas). Buenaventura es el segundo municipio que concentra el mayor número de pobladores

afrocolombianos en el departamento (271.141) de los cuales 248.626 habitan en zonas urbanas y 22.515 en el área rural.

En este municipio se ubica el puerto comercial más importante del país sobre el Litoral Pacífico, pues desde allí se maneja el 48% del mercado nacional y al cual confluye el 100% de las exportaciones de azúcar, el 80% de las de café y el 100% de las de melaza (Millán y Flórez, 2007; Pérez, 2007).

En el 2005, de 17,4 millones de toneladas transportadas en el país, Buenaventura participó con el 44%, movilizandando más de 7,5 millones de toneladas de carga. Según Pérez (2007:17), para la economía nacional es particularmente importante el puerto de Buenaventura, si se tiene en cuenta que de las más de 7,5 millones de toneladas que movilizó en el 2005, el 70% estuvo representado en importaciones. En cuanto a las exportaciones, del puerto de Buenaventura salieron cerca de 2,2 millones de toneladas de carga en este mismo periodo.

Según la información referenciada por María Claudia Álvarez Hurtado¹⁴ durante el Foro *Buenaventura: Un Puerto Competitivo y Próspero*, realizado en Yumbo el 5 de mayo de 2011, el puerto de Buenaventura ganó participación en el transporte de carga destinada a exportaciones e importaciones, pasando del 17% en el 2005 al 40% en el 2010. El puerto mostró una alta especialización en importaciones (52,8% del tráfico), mientras que en exportaciones representa el 20,6%. De los 9.6 millones de toneladas que pasaron por el puerto de Buenaventura en el 2010, la mayor proporción (72%) fue carga destinada a importaciones, seguida de exportaciones con un 20%, todo ello como resultado de las tendencias de globalización actuales. En este sentido, se deduce que la demanda portuaria se ha caracterizado por el crecimiento de exportaciones e importaciones, pues el puerto maneja casi el 46% del comercio exterior de Colombia.

Lo que se puede leer entre líneas de las acotaciones referidas hasta el momento sobre el departamento del Valle del Cauca y el municipio de Buenaventura, es que dicho departamento, pese a ser parte del Litoral Pacífico (además de Chocó y Nariño que acumulan una serie de indicadores de calidad de vida muy bajos), cuenta con uno de los mejores indicadores socioeconómicos junto con Antioquia y Bogotá.

¹⁴ Directora de la Cámara Colombiana de la Infraestructura, seccional occidente.

Esto evidencia que, paradójicamente, el municipio de Buenaventura no refleja la cobertura de indicadores de calidad de vida del departamento al que pertenece pese a que se constituye como una ciudad que alberga uno de los puertos marítimos más importantes del país (Pérez, 2007:6).

Esta situación se ha referenciado por autores como Pérez (2007) y Millán y Flórez (2007:32), quienes plantean lo siguiente en relación con las condiciones de pobreza que viven los pobladores de Buenaventura:

Pese al alto flujo de capitales en la ciudad de Buenaventura y a los altos niveles de tributación, la población habitante presenta indignantes niveles de pobreza. De acuerdo con los datos, es evidente que más de la mitad de la población está en situación de pobreza, y más del 20%, en situación de miseria, lo que nos da una cifra del 73,67% de la población de Buenaventura como pobre. Según la estratificación, la población ubicada en el rango bajo-bajo corresponde a un 45,86%; la de estrato bajo, al 23,78%; y la de medio bajo, al 26,61%; para un total de población en estratos bajos del 96,25%; es decir, casi toda la población. La proporción de población en situación de desempleo en el municipio, entre los cálculos de la personería municipal, el DANE y la Defensoría del Pueblo, oscila del 52% al 70%, la más alta del país. La cobertura en servicios públicos domiciliarios y de saneamiento básico está en un nivel medio para el área urbana y medio bajo para el área rural, y los niveles de cobertura en salud están en un bajo nivel (Millán y Flórez, 2007:32).

Según esta perspectiva, Buenaventura se consolida a 2011 como el municipio con los índices más altos de empobrecimiento económico del Valle del Cauca. Además de esto, Millán y Flórez (2007:33) agregan que el elevado índice de desempleo existente y la presencia de actores armados (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), paramilitares y grupos delincuenciales articulados a las dinámicas del narcotráfico) han desencadenado, entre el 2000 y el 2004, un incremento de los índices de homicidios y desapariciones de jóvenes afrocolombianos en las áreas urbanas y rurales. Simultáneamente, en el período 2000-2005 se observó la acentuación del conflicto social y armado en el país del cual este municipio no fue ajeno; como prueba de ello, se encuentra el desplazamiento forzado de 31.090 personas, lo que ubica a Buenaventura como principal municipio expulsor en el departamento del Valle del Cauca y como cuarto en el contexto nacional.

Tal situación se conecta con acontecimientos que datan desde mediados de la décadas entre 1990 y 2011. En este sentido, se plantea que la geografía del conflicto y el desplazamiento forzado han copado la totalidad departamentos y una gran proporción

de municipios del Litoral Pacífico y otras regiones del país; de igual manera, estos factores han afectado de manera creciente los territorios étnicos tanto de comunidades negras como indígenas. Como ejemplos manifiestos de la problemática en mención, se encuentra que los municipios de Riosucio, Bojayá, Acandí, Ungía y Juradó, en la región del Bajo Atrato (Chocó), con presencia predominante de resguardos indígenas y tierras de comunidades negras, así como Buenaventura (Valle del Cauca), presentan altos índices de desplazamiento en comparación con la población rural de cada municipio (Millán y Flórez, 2007:235).

Al respecto, un comentario que ilustra dicha situación pone en evidencia algunas de las añoranzas de una migrante al recordar sus vivencias en su lugar de origen:

Pues yo extraño cuando yo me crié, yo le cuento a mis hijos que mi papá no era pues archi millonario, rico, pero nosotros nunca, sabe en qué tiempos yo extraño mi tierra y mi casa, cuando yo estoy en un empleo y el empleo me toca duro, y entonces yo me vienen recuerdos y yo ‘ay no cuando yo estaba en mi casa, y yo estaba joven nunca llegue a ganarme un día de trabajo’, porque, mi papá todo lo tenía, todo nos lo daba, y entonces uno como ... ¿cierto? Y en otra parte, uno también quisiera así con los hijos de uno, ¿cierto?, pero, pues no se puede porque a medida que el tiempo va pasando las cosas van cambiando. Entonces eso es lo que uno extraña y la tranquilidad, porque pues antes ahora ya casi no, ya no hay tranquilidad, porque están los dueños de, que andan por todo lado, como la guerrilla, los paras... Ya allá no hay tranquilidad, porque mi tierra era una tierra santa... No, santa no, virgen, porque allá no se veía, porque ni la ley, allá no había ley, nada, porque allá no había problema de ninguna calidad, pero en cuanto entraron los paramilitares, la guerrilla, eso ya todo cambió. Ya no se puede dormir con las puertas abiertas. A las casas, allá si usted quería les hacía puertas o si no las dejaba así, y usted se iba y todas sus cosas... Y ahora no se puede hacer eso, porque, ya ahí llega gente de otras partes. Inclusive que mi pueblo donde yo nací, es un pueblo que a usted le dicen: ‘vea, ¿usted de dónde es?’, ‘ah, yo soy de Magüi Payán, así se llama, mi pueblo’, ‘ay, ¿eso donde queda?’, porque es un pueblo que hay gente que no sabe dónde queda, y no estaba en el mapa, ahora sí, ya está en el mapa, ahora sí está en el mapa, entonces sí, son cosas que si... (Migrante nariñense, proveniente de Magüi-Payán, cuarenta y ocho años).

Desde la perspectiva de entidades gubernamentales como el *Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario*¹⁵, la situación particular de Buenaventura emerge como resultado de su importancia estratégica para el narcotráfico y los grupos armados ilegales, puesto que por su dimensión y condiciones geográficas, la región ha sido de difícil control estatal

¹⁵ Ver Diagnóstico de la situación de los municipios habitados por las comunidades afrocolombianas priorizadas por la Honorable Corte Constitucional en el departamento de Valle del Cauca, realizado en el 2009 por el Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario de la Vicepresidencia de la República de Colombia.

y propicia para el tráfico de armas, drogas e insumos desde el Litoral Pacífico colombiano hasta el interior del país, a través del Alto Naya y la ciudad de Cali. Desde finales de la década de los noventa, esta zona ha sido de confrontación armada entre el Frente 30 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, con los frentes Calima y Pacífico de las Autodefensas Unidas de Colombia y en el 2011 con la banda *Los Rastrojos*, lo que hace de Buenaventura, tanto en el área rural como urbana, un municipio expulsor de población y de movilizaciones urbanas (desplazamiento intraurbano).

A modo de síntesis, es importante reconocer que la configuración geográfica y sociopolítica del Litoral Pacífico da cuenta de latentes contradicciones. De un lado, desde finales de la década del setenta, en la región se ha impulsado el diseño y ejecución de políticas de desarrollo económico con el propósito de obtener ventajas económicas gracias a su ubicación geoestratégica y posibilitar desde allí una óptima comunicación para las economías del centro del país con redes de comercio internacional; no obstante, dichas políticas de “desarrollo” no contemplan de manera contundente y efectiva la satisfacción las demandas de bienestar de la población. En otras palabras, en dichas políticas se priorizan lógicas de crecimiento macroeconómico para el país en detrimento de la calidad de vida de los pobladores del Litoral Pacífico, lo cual se encuentra asociado al establecimiento de megaproyectos de agroindustria, de infraestructura vial y portuaria, al igual que de explotación de recursos naturales.

Como bien lo señalan Millán y Flórez (2007), la mayoría de las veces las áreas de tales obras coinciden con las áreas de mayor presión militar contra la población civil para la concesión de permisos de exploración y explotación de recursos naturales, sin cumplir con el requerimiento legal y básico de consulta previa a las poblaciones nativas. En relación con el contexto de modernización impulsado en el Litoral Pacífico y de las múltiples modificaciones a que han sometidas las formas de vida de sus habitantes ancestrales (pobladores indígenas y afrocolombianos), surge una concepción de territorio que superpone una noción flexible de territorialidad ligada a la alta movilidad necesaria para la subsistencia productiva los pobladores negros e indígenas, al establecimiento de unos límites territoriales precisos so pena de continuar perdiendo sus derechos de ocupación sobre tierras que habitan desde hace más de un siglo (Agudelo, 2002).

De otra parte, desde la declaración de su etnicidad¹⁶, pobladores afrocolombianos e indígenas hacen un llamado a la implementación de formas de producción respetuosas de la naturaleza y, por lo tanto, consecuentes con el discurso de protección de la biodiversidad y desarrollo sostenible (Escobar y Pedrosa, 1996. En: Agudelo, 2002). De ello devino también la reivindicación de formas de propiedad colectiva y titulación de tierras asociadas con una reivindicación de identidad étnica y de las formas de manejo de las mismas por parte de autoridades comunitarias creadas con ese propósito, con lo cual se generaron dinámicas políticas y sociales sin precedentes entre estas poblaciones.

No obstante, se debe recalcar que no es suficiente que el Estado realice la titulación de tierras a favor de los grupos étnicos, sino que es necesario que proteja la efectividad de ésta y garantice a los destinatarios de dichos terrenos las condiciones para que puedan hacer uso de las mismas potencialmente (Millán y Flórez, 2007; Agudelo, 2002).

Para finalizar, es importante ratificar que los procesos de configuración histórico-política y las transformaciones del Litoral Pacífico colombiano (de región relativamente aislada del epicentro del país a región de impulso económico y de biodiversidad) dan cuenta en un primer momento de la ausencia inicial de los altos niveles de violencia comunes a otras áreas del país, aunque en la actualidad se presenta de manera gradual la emergencia de dinámicas del conflicto armado y político y sus consiguientes impactos en la población, factores que inciden en las dinámicas y en la movilidad de sus pobladores, así como en sus formas de supervivencia e inserción en otros contextos urbanos o rurales.

¹⁶ Dicha declaración tiene referentes históricos. Para el caso de los indígenas, éstos aplicaron al fuero desde la época colonial mediante la figura de resguardos tras la consolidación de organizaciones comunitarias, procesos reflexivos y de toma de conciencia relacionados con su condición de sujeto de derechos colectivos y el reconocimiento de la propiedad colectiva del territorio. Por su parte, el pueblo afrocolombiano hizo reconocer su existencia como tal desde la Constitución Política de 1991 con el Artículo 55 Transitorio, y posteriormente con la Ley 70 de 1993. Esta normatividad se ha acrecentado, con lo cual los pueblos indígenas y el pueblo afrocolombiano gozan hoy de un acumulado de preceptos constitucionales, acuerdos internacionales, leyes, decretos, resoluciones, al igual que una amplia jurisprudencia que les reconocen su condición de sujetos colectivos al poseer culturas que los diferencian y los facultan para ejercer el Derecho de Autodeterminación de los Pueblos (Millán y Flórez 2007:311).

2.2. Cali: Polo de atracción del Suroccidente Colombiano

Después de realizar una detallada caracterización del contexto socioeconómico del Litoral Pacífico colombiano, respetando las particularidades de cada uno de los municipios de los cuales que provienen los migrantes afrocolombianos (Buenaventura, Guapi, Magüi-Payán, Tumaco, Tambo y Buenos Aires), a continuación se describe el contexto de llegada de dichos migrantes: la ciudad de Cali, capital del departamento del Valle del Cauca, situada en la cordillera occidental y cuyo proceso de crecimiento urbano y demográfico data desde principios del siglo XX.

Desde el censo de 1912, Cali ha incrementado su población unas 76 veces. En ese año se censaron 27.747 personas. En 1973, poseía aproximadamente un millón de habitantes, cifra que se duplicará al cabo de 30 años; en 2005, y de acuerdo con las cifras definitivas conciliadas, se registraron 2.119.908 habitantes (cuadro No.1).

Población de Santiago de Cali, según censos 1912 - 2005						
Año	Mes	Día	Población Total	Población cabecera	%	
1912	3	5	27,747	nd	nd	
1918	10	14	45,525	nd	nd	
1938	7	5	101,883	88,366	86.7	
1951	5	9	284,186	241,357	84.9	
1964	7	15	637,929	618,215	96.9	
1973	10	24	991,549 ^a	971,891	98.0	
1985	10	15	1,429,026 ^a	1,402,893	98.2	
1993	10	24	1,847,176 ^a	1,809,054	97.9	
2005	06	30	2,119,908 ^b	1,809,054	98.3	

FUENTE: DANE - Censos
^a Con ajuste por cobertura
^b Conciliada
nd Cifra no disponible

Cuadro No.1. Población de Cali según censos 1912–2005. Fuente: Escobar, Guido (sin año). La población en Santiago de Cali: siglo XX y primera década del siglo XXI.

La ciudad de Cali (ver mapa No.1) se consolida como un espacio territorial receptor de población y, desde el punto de vista regional, como el polo de desarrollo del suroccidente del país gracias a su posición, conformación geográfica y el desarrollo de infraestructura social, de acuerdo con el informe sobre el estado de los recursos naturales, medio ambiente y aseo en la ciudad de Santiago de Cali, publicado en el año 2005 por la Contraloría Municipal de Santiago de Cali.



Mapa No. 1. Ubicación geográfica de la ciudad de Cali. Adaptado de: *Hacia un Valle del Cauca Incluyente y Pacífico*. Informe Regional de Desarrollo Humano IDH-Valle (2008).

De igual manera, la ciudad de Cali se considera punto de conexión entre procesos políticos, económicos, culturales y territoriales que lo vinculan con otros municipios cercanos como Yumbo, Santander de Quilichao, Buenaventura, la Cumbre, Dagua, Jamundí, Puerto Tejada, Palmira y Candelaria.

Desde esta perspectiva surge el siguiente interrogante: ¿por qué la ciudad de Cali se configuró como el principal núcleo receptor de oleadas migratorias, dentro de las cuales se destaca la población afrocolombiana procedente del Litoral Pacífico colombiano, y se consolidó además como epicentro de poblamiento urbano y desarrollo industrial en el suroccidente colombiano?

El proceso de configuración histórica de Santiago de Cali durante el siglo XX debe ser analizado desde un esquema en el cual se aborde el desarrollo económico y social de la región vallecaucana. Asimismo, es indispensable comprender el proceso de industrialización, de crecimiento urbano y concentración poblacional como componente destacado en su configuración como polo de atracción del suroccidente colombiano (Arboleda 1998; Posso, 2008 y Vásquez, 1990:10).

2.2.1 Entre una amalgama cultural se construyen los procesos de Industrialización de la ciudad.

La ciudad de Cali se constituyó a principios del siglo XX en la capital de una provincia que poseía los suelos de mejor calidad agrícola no sólo en toda la región vallecaucana, sino a nivel nacional; se trata de suelos que se encuentran en la zona plana del departamento, entre las estribaciones de las cordilleras central y occidental, ubicadas a orillas del río Cauca, que atraviesan el departamento de sur a norte. Las tierras, además, disfrutaban de recursos hídricos abundantes durante todo el año (Posso, 2008).

La parte plana del Valle del Cauca ingresó al siglo XX con una agricultura tradicional cuyo sustento fue, en un primer momento, la hacienda de origen colonial, con la implementación de la peonería y de otras formas semi-salariales; de igual manera, la aparcería, el arrendamiento y la ganadería extensiva fueron aspectos sobresalientes de la misma. Además de la importancia fundamental de la gran hacienda, existían formas parcelarias campesinas en las zonas de ladera y de la parte plana del departamento; la emergencia de éstas últimas se da como resultado de la crisis económica y de la inestabilidad política que vivió el Valle del Cauca durante la primera mitad del siglo XIX, con lo cual pudo haberse deteriorado la actividad minera del Litoral Pacífico. De otro lado, las guerras de independencia deprimieron la región y condujeron a la descomposición del esclavismo, con lo cual se explica la aparición de movimientos poblacionales en busca de tierras que sirvieran como asentamientos habitacionales en torno a zonas inundables aledañas al río Cauca de poco interés para el control por parte de la hacienda tradicional, formando así algunos espacios de parcelas familiares.

Retomando lo referido por Vásquez (1990), es preciso mencionar que la reactivación económica y el crecimiento de la demanda por bienes de *pancoger*¹⁷ que experimentó el departamento del Valle del Cauca durante la segunda mitad del siglo XIX, ligadas a procesos migratorios, son dimensiones que posibilitan explicar el génesis del poblamiento de ladera con base en la pequeña y mediana propiedad, especialmente

¹⁷ Con este término se denomina la proporción de producción agropecuaria que los agricultores destinan para la satisfacción de las necesidades de alimentación propias y las de sus familias. La mano de obra de la unidad familiar es indispensable en este tipo de producción agropecuaria.

con cultivos de tabaco y café, lo cual dio como resultado la fundación de asentamientos como Florida en 1837 y la expansión de ciertos poblados como Pradera que en 1876 se convirtió en municipio.

Estos factores de orden geográfico, ambiental, social, político y económico, contribuyeron a la comprensión del rezago económico experimentando por el Valle del Cauca y la ciudad de Cali durante el siglo XIX y comienzos del XX, a comparación con el desarrollo alcanzado durante este mismo periodo en ciudades como Barranquilla, Cartagena, Bogotá y Medellín, en las cuales se visualizaban notables indicadores de desarrollo industrial debidos a las infraestructura de producción y comercialización de bienes y servicios (Arboleda, 1998).

Desde la iniciativa de algunos dirigentes políticos del departamento de Valle del Cauca, a finales de 1890 se implementó una serie de estrategias mediante las cuales el departamento pudo superar ciertos obstáculos que impedían el desarrollo de una mayor infraestructura productiva y de los servicios en la ciudad. Para citar un ejemplo, el mejoramiento de las comunicaciones entre Cali y Buenaventura se cristalizó en la construcción de tramos cortos del Ferrocarril del Pacífico, lo cual dio lugar a un auge económico que dependía del comercio mayoritario de tabaco palmirano y, a inicios de 1900 aproximadamente, de café producido en las tierras planas del Valle del Cauca.

Junto a ello se evidencia que la reactivación económica del departamento del Valle del Cauca obedeció al desarrollo del comercio y la potenciación de las haciendas como unidades de producción en las cuales coexistían la ganadería y el cultivo de caña con trapiche para producir mieles, panela y azúcares. A finales de siglo XIX y comienzos del XX emergió un proceso de transformación en algunas grandes haciendas tradicionales, dado que sus propietarios (extranjeros residentes) se vincularon a procesos de expansión comercial en búsqueda de la acumulación de capitales que les permitiesen, a su vez, la transformación de sus haciendas (Vásquez, 1990:5).

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, se creó en el norte del Valle toda una importante zona cafetera que jugó un papel categórico en el desarrollo económico del

departamento y de su capital. Esta zona cafetera se levantó con base en economías parcelarias y se fortaleció con la exportación del grano durante las primeras décadas del siglo XX.

El movimiento del café desde la zona cafetera del norte del departamento y desde las laderas de otros municipios a los cuales se extendió el cultivo (Tuluá, Candelaria, Pradera, Yotoco,) hacia el Puerto de Buenaventura y las trilladoras posibilitó la creación de un entramado de actividades complementarias, con lo cual los ingresos se canalizaban a su paso y se promovían demandas no concentradas espacialmente.

En un inicio, el "*camino del café*" recorría el río Cauca, desde la Virginia hasta Cali, y luego el grano se transportaba hasta el Puerto (Vásquez, 1990. En: Arboleda, 1998); sin embargo, la gama de productos comercializados en Cali y Buenaventura era más amplia e incluía la quina producida en el departamento del Cauca, el caucho de las selvas del Pacífico, el oro de las regiones bajas del sur del Valle del Cauca y los cueros producidos por ganaderías en el mismo departamento (Arboleda, 1998:54). No obstante, el desarrollo portuario de Buenaventura era incipiente, pues sólo agrupaba para finales del siglo XIX una parte muy pequeña del comercio exterior del país; la mayor parte del flujo comercial se desviaba a la Costa Atlántica dado que los costos eran considerablemente más bajos en relación con los porcentajes que se debían pagar en el Puerto de Buenaventura (Arboleda, 1998; Posso, 2008:50).

Desde la perspectiva de los autores, en 1914 acaecieron una serie de acontecimientos que favorecieron el desarrollo de vías de comunicación, específicamente del Ferrocarril del Pacífico, que para esa época alcanzó a cubrir la totalidad de la ciudad de Santiago de Cali, luego Palmira, hasta encontrarse con el Ferrocarril de Caldas. Entre los dos permitieron de manera progresiva el fortalecimiento del comercio agenciado desde el puerto de Buenaventura.

Según lo referido por la Contraloría General de la Ciudad de Santiago de Cali¹⁸ (2005), la llegada del Ferrocarril desde Buenaventura y la terminación del Canal de Panamá facilitaron la dinamización de la actividad comercial, la cual se complementó

¹⁸ Se hace alusión al apartado No. 1 del texto "*Diagnóstico del Municipio de Santiago de Cali*", contenido en el informe sobre el estado de los recursos naturales, medio ambiente y aseo en la ciudad de Santiago de Cali, publicado en el año 2005 por la Contraloría Municipal de la ciudad.

gradualmente con la prestación de servicios públicos como el de energía, acueducto, telefonía, el tranvía y, posteriormente, con la extensión de las redes ferroviarias y de carreteras hacia el norte, el sur y el oriente, con lo cual la ciudad se conectaba con Palmira, Buga, Cartago, Sevilla, Armenia, Florida, Pradera, Candelaria, Popayán, entre otras.

En este marco, la ciudad se consolidó como un centro urbano que dinamizaba actividades de exportación e importación, al igual que una amplia gama de oferta y demanda de servicios de indiscutible importancia en el país, todo ello como resultado de que el puerto de Buenaventura captaba de manera significativa las actividades de comercio más importantes. Ello contribuyó, además, a que la ciudad se configurara como un centro de acopio, procesamiento y una de las “casas de exportaciones” de café de la nación; prueba de ello es que en la ciudad se instalaron compañías extranjeras de exportación, entre las que se destaca la *American Coffee Corporation*. Es importante señalar que la participación de la región en sector cafetero no se limitó al procesamiento, almacenaje y comercialización, sino que tuvo un alto impacto en la producción al existir una amplia zona productora de café; ejemplo de ello es que en el periodo comprendido entre 1943 y 1980, el Valle del Cauca ocupó, a nivel nacional, el tercer y cuarto puesto de producción a escala nacional.

Las exportaciones y los movimientos económicos generados (comercio, finanzas, hotelería, transporte) se vieron favorecidos por la construcción de la carretera Cali-Buenaventura, que inició a finales de 1927 y finalizó por completo en 1950. La vía de comunicación se comparó con el Ferrocarril del Pacífico dada su eficacia en términos de su capacidad de comunicación, transporte de productos y de movilidad humana (Agudelo, 1998).

Fue en el siglo XX cuando se produjo un conjunto de hechos que habrían de transformar radicalmente la vida apacible en la aislada región y, particularmente, en Santiago de Cali. Su designación como sede del gobierno seccional le llevó a contar en su estructura de municipio y ciudad, además de su sede de Gestión Administrativa Municipal, la alternación de ésta con la Sede Administrativa Departamental. Lo anterior, desde luego, le proporcionaría en el tiempo ventajas de diferente índole, entre ellas las de orden tributario, administrativo, político y cultural (Contraloría General de Santiago de Cali, 2005:5).

Retomando a Arboleda (1998:60), se podría decir entonces que el desarrollo económico del puerto de Buenaventura fue un elemento fundamental en el crecimiento económico e industrial de Santiago de Cali. Ello también da cuenta del relativo proceso de atraso que vivió la ciudad en relación con ciudades como Bogotá, Medellín y Barranquilla.

En relación con el proceso de industrialización que experimentó la ciudad en el siglo pasado, es preciso mencionar que éste tuvo dos facetas interesantes, divididas por la coyuntura económica y social generada después de la Segunda Guerra Mundial (Arboleda, 1998; Vásquez, 1990).

Entre 1940 y 1980 se produjo una amplia concentración de las tierras¹⁹ en la zona plana del Valle del Cauca, con lo cual desapareció la producción campesina de alimentos, la cual es desplazada por el establecimiento de la agroindustria y monocultivo de la caña de azúcar. Este hecho condujo a que el Departamento dejara de ser autosuficiente en relación con la provisión de alimentos, por lo que éstos debían ser traídos de departamentos cercanos como Cauca, Nariño y Putumayo. En este mismo período la agroindustria de aceites adquiere cierta relevancia, así como la adquirió también la proliferación de cultivos de soja, sorgo, semilla de maíz y algodón, destinados a la producción de grasas y alimentos para la avicultura (Posso, 2008:50).

La evolución del sector industrial se da de forma progresiva, lo que se evidencia en el crecimiento de la ocupación y demanda laboral y en el valor agregado en la industria. Datos estadísticos ilustran esta situación, pues en el periodo comprendido entre el 1965 y 1969, el empleo aumentó en un 15.4%; el área de Cali-Yumbo dio un valor agregado del 28.4%. De acuerdo con Vásquez (1990:12), en pocas décadas el área metropolitana de Cali-Yumbo se convirtió en la más importante del país en términos demográficos y productivos.

Las expectativas frente al crecimiento demográfico de la ciudad de Cali y el acceso a servicios públicos fue un tema central a mediados de 1940; no obstante, el abastecimiento de agua para la ciudad, aunque aún no era el adecuado, no constituyó

¹⁹ Dicha situación trajo consigo episodios de marcada violencia y desplazamiento hacia Cali en 1940 aproximadamente.

un obstáculo para su expansión industrial. Con la construcción de la Central Hidroeléctrica de Anchicayá en 1974 y desde la creación de la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC) en 1954 y sus programas de electrificación a largo plazo, se prometió a la ciudad mejores condiciones energéticas al tiempo que ampliaba el panorama para los proyectos de inversión de infraestructura (Agudelo, 1998:53), con lo que podría decirse que a mediados de la década de los años cuarenta se habían superado las tradicionales carencias en la misma.

Durante este mismo periodo, la confluencia de las condiciones infraestructurales y la situación generada por la Segunda Guerra Mundial en el sector externo del país configuraron una coyuntura económica particular que dio lugar a cambios significativos en la estructura industrial de Cali y a una importante aceleración en el proceso de industrialización de la ciudad y del departamento (Vásquez, 1990).

Además de ello, la expansión industrial en términos absolutos se asoció a una disminución relativa de la población ocupada en las actividades primarias (agricultura, caza, pesca, silvicultura y minería) y al impulso de las actividades terciarias, dando lugar a un aumento en la participación de la población ocupada en el comercio y las finanzas, en los servicios y en el transporte. De otro lado, la expansión demográfica de Santiago de Cali amplió el tamaño de su población económicamente activa, lo cual estuvo directamente relacionado con el crecimiento de la oferta de trabajo y de mano de obra relativamente barata frente a la productividad y el valor agregado por trabajador. Tales factores propiciaron el aceleramiento del empleo en la ciudad, especialmente en la década de los sesenta. Paralelo a ello, se dinamizó la demanda de bienes de consumo en la ciudad y se visualizó un descenso del sector agrícola, por lo que se apeló a que la ciudad se abasteciera desde afuera.

POBLACION TOTAL Y P.E.A CALI			
	Población Total	P.E.A.	Tasa Particip. PEA/PT
1951	284.186	112.280	39,5
1964	618.215	205.437	33,2
1973	893.252	314.825	35,2

Cuadro No.2 Población Total y Población económicamente activa en Cali. Fuente: Vásquez (1990) citando a Alberto Bayona y Jimena de Bayona (para1951). En "Alguna información sobre la población Colombiana" Cimed-1973. Estudio sobre la industria en el área metropolitana Cali-Yumbo 1965-74. DANE (1964 y 1973).

Para 1945 y atendiendo a la lógica de los procesos de industrialización, urbanización y modernización de la región, se posibilitó la construcción de la Universidad del Valle, cuya finalidad se centró en suplir las demandas educativas de la población vallecaucana, específicamente respecto a la formación de profesionales demandados por los sectores industriales, de servicios y comercialización (Vásquez, 1990 y Arboleda, 1998).

Todo esto indica que el proceso de industrialización de la ciudad y su diversificación productiva y poblacional propiciaron la demanda de instituciones educativas con cierto grado de especialidad en la formación de profesionales y el fomento de la educación en una ciudad que día a día se configuraba como polo de desarrollo al interior del departamento y, en general, en el resto del país.

2.2.1.2 Santiago de Cali en el siglo XX: Una ciudad que crece, se transforma y se expande simultáneamente.

En la mitad del siglo XX, Santiago de Cali contaba con menos de 25.000 habitantes y cerca de 100 hectáreas de superficies; era un poblado tradicional con construcciones de bahareque, adobe, tejas de barro o paja. Las edificaciones de dos plantas se levantaban en la plaza central del barrio San Pedro como eje simbólico y político de estructuración de la ciudad. El movimiento de urbanización, cuyo despegue en los años 1930 coincidió con la crisis del modelo agrominero exportador y el proceso de

industrialización por sustitución de las importaciones, fue alimentado en un principio por la migración, especialmente la de origen rural.

En este contexto, la migración se constituyó en uno de los componentes que más incidió en el crecimiento de la población del municipio debido a la búsqueda de mejores condiciones en la calidad de vida a través de mejores fuentes de empleo, mejores ingresos, educación y acceso a la salud, entre otros. Sin embargo, la migración ha fluctuado en el tiempo de acuerdo a las condiciones económicas, disminuyendo en épocas de recesión y aumentando en el auge. Al respecto, se encuentra que la tasa de migración presentó un ascenso entre los censos de 1985 y 1993, al pasar de 10.9 migrantes por cada mil habitantes a 15.5 migrantes por cada mil habitantes; no obstante, se produce un descenso al 2005 al situarse en 0.7 migrantes por cada mil habitantes (Escobar, sin año). De igual manera, las oleadas migratorias de inicios de la décadas del cuarenta y cincuenta que recibió la ciudad explican, en cierto sentido, su proceso de urbanización y la concentración de capitales en el comercio, los servicios generales y la industria. A pesar de ello, a partir de los años sesenta estas tasas decrecieron a niveles relativamente bajos, dando inicio a la transición demográfica.

Por otro lado, y en relación con los límites urbanos de la ciudad, Urrea y Murillo (1999) plantean que en la década del cuarenta éstos estribaban en las direcciones sur y oriente, y llegaban a lo que hoy en día se conoce como la carrera 15 y la calle 25.

A partir de la década del cincuenta, la ciudad inició una gran expansión hacia el oriente en un proceso de urbanización de sectores populares que paulatinamente se acercaron más al río Cauca. En contraste, se encontró que la presión ejercida para lograr la urbanización de nuevas tierras ante el rápido crecimiento demográfico de la ciudad en la década del cuarenta, así como el control histórico de la tierra “rural” alrededor de lo que era la cabecera urbana del municipio de Santiago de Cali por parte de las familias de hacendados de la élite vallecaucana, se constituyeron como factores determinantes en el desarrollo del patrón de urbanización de la ciudad hacia el oriente en las décadas siguientes.

En este sentido, dos eventos marcaron la apertura de las tierras “rurales” hacia el oriente de la ciudad para su urbanización: el primero emergió con la legislación urbana sobre el nuevo perímetro urbano, expedida el 28 de agosto de 1948. Segundo, la Ley 41 de 1948, dos meses después, o Ley Barberena, por la cual se establece la imprescriptibilidad de los ejidos²⁰ o tierras comunales alrededor de los centros urbanos. Se daba entonces un conflicto social entre los terratenientes, quienes lograban de esa manera convertir sus predios rurales en urbanos, aprovechando la demanda por tierras para expandirse a la ciudad y trasladando la renta agraria hacia la renta urbana (Urrea y Murillo 1999:3).

En síntesis, la década del cuarenta presentó una gran agitación social urbana en Santiago de Cali y en otras ciudades del país, la cual se relacionó con el fenómeno de expansión urbana y el monopolio de tierras alrededor de los cascos urbanos.

En el plano demográfico, la dinámica urbana de la ciudad estuvo marcada por el paso de un índice de crecimiento que había alcanzado tasas muy elevadas en los años 1960, a una disminución del crecimiento, en simultánea con la aparición de formas de movilidad espacial cada vez más complejas que se desviaban del modelo de la migración rural-urbana dominante en otro tiempo. Estos cambios incidieron en la renovación del proceso de urbanización y concentración urbana.

²⁰ El término ‘ejidos’, o tierras comunales, es una figura que proviene de la legislación colonial mediante la cual todo asentamiento poblacional de ley debía conservar una superficie de tierras alrededor del asentamiento para satisfacer demandas de predios futuros a familias sin recursos que requerían construir sus viviendas o para construcciones de obras públicas que beneficiaran a la municipalidad y a las gentes que en ella residían. Casi todas las tierras que rodeaban la ciudad de Cali en los años cuarenta, después del paso del ferrocarril hasta el río Cauca (además de otras áreas hacia el sur y el norte) eran ejidos, aunque esas tierras ejidales estaban en manos de las mismas familias de los grandes hacendados del Valle del Cauca desde tiempo atrás (Urrea y Murillo 1999:2).

Año	Tasas de crecimiento poblacional		
	total	migratoria	%
1915	6.57	4.53	68.9
1922	5.43	3.29	60.6
1928	4.62	2.40	51.9
1933	3.37	1.08	32.0
1945	7.99	5.45	68.2
1958	6.13	3.36	54.8
1970	3.83	1.49	38.9
1983	3.25	1.56	48.0
1993	3.20	1.45	45.3
2005	1.18	0.07	5.9

FUENTE: Retrospectiva Urbana y Servicios Públicos en Cali 1900-1993/ EMCALI, Migración en el Municipio de Cali /Univalle-IEP/DAP. Indicadores del estado de salud 1995-2008/ Silvio Dunne, Cálculos Guido Escobar M.

Cuadro No.3. Tasas de crecimiento poblacional, total, vegetativa y migratoria en Cali 1915 – 2005. Fuente: Escobar, Guido (sin año) “La población en Santiago de Cali: siglo XX y primera década del siglo XXI”.

Ahora bien, al indagar sobre la aceleración de los procesos de migraciones del Litoral Pacífico a contextos del interior del país, así como a Santiago de Cali, autores como Vanin et al (1999), Arboleda (1998), Posso (2008) y Urrea (1999) documentaron que, en el siglo XX, las primeras oleadas migratorias de afrocolombianos ribereños a la ciudad se presentaron en los años cincuenta y sesenta, y su principal objetivo era la búsqueda y el acceso al trabajo remunerado. En dicha época, los polos de mayor atracción fueron los cañaduzales del Valle, con lo cual se propició la emergencia de algunos conglomerados de afrocolombianos en barrios o pueblos específicos como Candelaria, Florida, La Paila, Zarzal, Tuluá y Puerto Tejada. Este tipo de migraciones emergieron en un contexto en que principalmente los hombres asumían el reto de migrar en busca de mejores posibilidades de ocupación laboral y remuneración económica.

Igualmente, la modernización agraria en el Valle del Cauca, los procesos de cambio en la estructura de la tenencia de la tierra y, en particular, el fenómeno de la violencia²¹, son factores que influyeron de manera contundente en el proceso de inmigración experimentado por la ciudad respecto a su comportamiento demográfico.

²¹ Según el análisis ofrecido por Sánchez (2008:6) la violencia se constituyó en un factor expulsor de población. Para la autora, las disputas desatadas en el país a mediados del siglo XX, antes de estar ligada a pugnas políticas partidistas, tuvieron su origen en los conflictos por tierras entre campesinos colonos y latifundistas, iniciados desde finales del siglo XIX en la región central de Colombia. Asimismo, esta autora refiere, retomando a Aprile-Gniset y Mosquera (1978:173) que a principios de siglo XX persistía el uso de la violencia en el campo, constituyéndose de esta manera como el medio implementado por los poderes económicos para la apropiación y recuperación de las zonas de colonización agraria popular y como una estrategia de defensa por parte de los colonos pioneros para conservar las tierras trabajadas.

Frente a ello, Vásquez (1990:21) ofrece un panorama estadístico pertinente para dar cuenta de dichos procesos: la distribución por "lugar de nacimiento" de la población censada en 1964 muestra que sólo el 42.3% era nativa de Santiago de Cali y que el 57.7% eran no nativos; en estos términos, la ciudad recibe un número importante de migrantes, siendo éstos últimos los de mayor peso demográfico.

2.2.3 Crecimiento y transformaciones urbanísticas de la ciudad.

La ciudad de Cali se extendió físicamente para dar acogida a sus pobladores, cuya proporción mayoritaria son migrantes de otras ciudades y municipios del país. Para Vásquez (1990:22), durante las tres primeras décadas del siglo XX, la industrialización, la modernización y el crecimiento demográfico de la ciudad posibilitaron que barrios enteros de la ciudad se fueran extendiendo: el barrio de San Nicolás se amplió de la calle 22 a la 25, Santa Rosa se prolonga hacia el sur y se forman los barrios de la Loma de la Cruz con extensión hacia San Cayetano, sólo por citar algunos ejemplos.

De acuerdo con este mismo autor, barrios como Sucre, Obrero, San Pascual (Fray Damián González) y San Bosco emergieron como prolongación de la Plaza del Calvario. La urbanización del Peñón se inicia hacia 1920 y dos años más tarde se forma el barrio Jorge Isaacs y se urbaniza el barrio Granada; el primero traspasa la barrera de la vía férrea al nororiente, y el segundo se construye al otro lado del río Santiago de Cali hacia el norte, como zona residencial de sectores sociales altos. Para ese año, sólo estos dos barrios han traspasado el marco constituido por el perímetro de la calle segunda (en las estribaciones de la cordillera occidental en San Antonio), la carrera primera, la calle segunda y el río Cali. Paralelo a ello, se da una configuración urbana que sobrepasa el marco perimetral y de continuidad cuadriculada de una ciudad tradicional predominante.

De igual manera, se produjeron desarrollos urbanos, entre los que se destacan la avenida Roosevelt (que sirvió de acceso al Templo para el Congreso Eucarístico Bolivariano entre 1946 y 1948), los barrios Libertadores, San Cayetano, Bellavista, inicios de Miraflores, Santa Isabel, El Cedro, y la ampliación de Alameda y Bretaña, y comienzan a constituirse los barrios Guayaquil, Belálcazar y Sucre. Se traspasó ampliamente la vía férrea colindante con los barrios Saavedra Galindo, Villanueva,

Industrial, Porvenir (ampliación), Santander, Las Delicias, Villa Colombia (ampliación), Ignacio Rengifo, y al lado del río Cali se amplían Versalles y Juanambú, con extensiones a Santa Rita y Santa Teresita (Vásquez 1990:26).

No obstante, en el proceso de urbanización de la ciudad emergieron dificultades en torno a la obtención de vivienda por sectores poblacionales con bajos recursos; de ahí que se constituyeran movimientos y acciones populares en torno a la revisión de los títulos de tierra, la recuperación de ejidos y organizaciones populares, con lo que se propició la consolidación de los asentamientos informales El Hoyo, El Piloto, Pueblo de Lata en el centro; Terrón Colorado al occidente; Evaristo García y Fátima al nororiente; Primitivo Crespo al oriente y Siloé al sur (Agudelo, 1998).

Para la década del setenta, el número de asentamientos informales proliferó pese a que el crecimiento poblacional fue lento. Ante el crecimiento de la demanda de espacio urbano para vivienda de sectores de ingresos muy bajos, se reactivó la oferta de terrenos no aptos para urbanizar, promovida en buena medida por sus propietarios. Lo anterior dio lugar a urbanizaciones ilegales fuera del perímetro urbano que no se ceñían a las normas de planeación (Vásquez, 1990 y 2007).

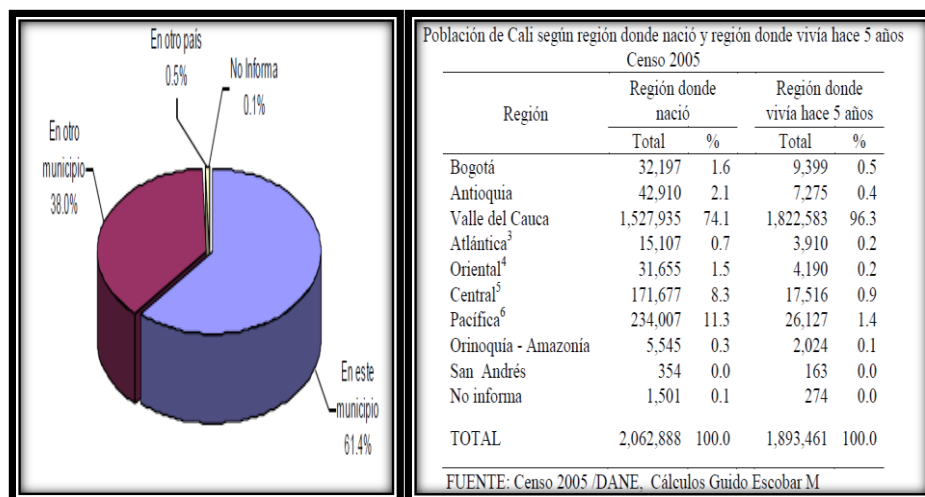
Es en este contexto emergente en el cual se visualiza la consolidación de procesos de *colonización popular urbana*, asumidos desde el carácter solidario y organizativo y los medios y estrategias que implicaba: el desmonte de pastizales y de terrenos de cultivo sin las condiciones básicas de salubridad, es decir, no aptos para el desarrollo de la vida humana, para transformarlos en barrios. De ello devino la implementación de trabajos colectivos para adecuar las laderas y pendientes inclinadas, abrir zanjas, construir calles y escaleras valiéndose de herramientas y materiales en desuso o reciclados, gestionar el acceso al agua potable, extender mangueras, cavar pozos, canales de aguas negras, instalar lavaderos, baños colectivos, conectarse a redes de energía y construir espacios de interacción y socialización para la comunidad, tales como los salones para la escuela y para las reuniones comunales. Por su carácter ilegal, el proceso se desarrolló de forma clandestina, bajo la amenaza tanto del riesgo natural como de la represión del Estado (Aprile-Gnisset, 1992).

De este modo, se analiza la colonización urbana como una realidad dotada de significados y vivencias de aquellas personas que asumen el reto (o son forzados a dejar el campo) y toman la decisión de establecerse en la ciudad. Dicha cuestión se encuentra relacionada con las concepciones y vivencias frente a la construcción de territorios, entendido éste como un proceso en el cual emergen ciertas lógicas e interrelaciones en las que factores asociados a la convivencia, hibridación, sumisión, asimilación, exclusión y eliminación convergen de manera paradójica y simultánea.

Frente a este panorama, entre 1973 y 1980 se cristalizaron una serie de restricciones expedidas por parte del Instituto de Crédito Territorial frente a la oferta de viviendas legales para los grupos de bajos ingresos. El número de viviendas clandestinas no alcanzó a 10.000 unidades, lo que generó la acumulación del déficit habitacional de manera tal que, ante el crecimiento de la demanda producida entre 1980 y 1987, se dio una gran expansión clandestina a través de ventas de terrenos no aptos, lo cual conllevó a la construcción de 50.000 unidades de vivienda aproximadamente (Vásquez, 1990).

Ante la presión de la demanda se incorporaron cerca de 1.100 hectáreas al espacio urbano, localizadas en la parte oriental, suroriental y nororiental de la ciudad, fundamentalmente en el Distrito de Aguablanca, en el cual se alojaron en gran parte inmigrantes internos de Santiago de Cali. Este fenómeno incidió en la disminución de la densidad de población de la ciudad.

Para 2011, Santiago de Cali presenta la siguiente composición de población según el lugar de nacimiento, de acuerdo con la actualización del Censo realizado por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística en el año 2005:



Izquierda: Gráfica No.1. Distribución de la población de Cali según lugar de nacimiento.

Derecha: Cuadro No.3. Población de Cali según región donde nació y región donde vivía hace cinco años de acuerdo al Censo de 2005. Fuente: Escobar, Guido (sin año) La población en Santiago de Cali: siglo XX y primera década del siglo XXI.

De acuerdo con la gráfica No. 1 y el cuadro No. 3, el 61.4% de las personas que habitan en Santiago de Cali nacieron en este municipio, el 38.0% en otro municipio de Colombia y el 0.5% en otro país. Además de esto, el 74% de la población residente en la ciudad nació en el departamento del Valle del Cauca, el 11% en el Litoral Pacífico y el 8% en la región central. Este panorama ratifica la presencia de patrones de multiculturalidad en la ciudad dada la confluencia de pobladores con diversos patrones culturales.

A modo de cierre de presente apartado y con el propósito de ofrecer una respuesta al interrogante inicial del mismo, es preciso reiterar que la ciudad de Santiago de Cali no escapó de la tendencia colombiana de crecimiento de las áreas urbanas en detrimento de la población rural, tanto así que la ciudad (y su área metropolitana) duplicó su participación en la población vallecaucana y del país; ejemplo de ello es que más del 60% de la población del Valle del Cauca habita en la capital del departamento y su área metropolitana, de acuerdo con los cálculos del Departamento Nacional de Estadística, 2005.

Además de ello, el crecimiento demográfico y el proceso de industrialización experimentados por la ciudad estuvieron íntimamente relacionados con la demanda de mano de obra por parte de los sectores productivos de la ciudad. Tal situación

favoreció la llegada de personas (inmigrantes en su mayoría) a ofertar su mano de obra, lo cual dio paso a la reestructuración laboral de la ciudad. En ese sentido, desde finales de los años cuarenta, los flujos migratorios (especialmente de poblaciones afrocolombianas provenientes del Litoral Pacífico colombiano) incidieron de manera contundente en el crecimiento demográfico y urbano de la ciudad; de ahí que Santiago de Cali se haya constituido desde mediados de la década del cincuenta en una ciudad que cautivaba, pues abanderaba procesos de envergadura desarrollista y de modernización²².

Los migrantes que llegaron tenían un ideal, implícito o explícito, de acceder y experimentar las mieles de un desarrollo económico e industrial y, por consiguiente, tener una vida digna; la migración se constituye entonces en una alternativa real para quienes habitan en las regiones menos prósperas, donde las oportunidades para mejorar la calidad de vida son coartadas. Sin embargo, en otros casos, la migración a esta ciudad se constituyó en un medio para preservar la vida y refugiarse de la adversidad; la ciudad como un lugar del cual difícilmente podrían ser “expulsados”.

La configuración de Santiago de Cali no fue ajena al modelo económico imperante en la región vallecaucana finales del siglo XIX, en el cual se exaltaba la importancia de generar procesos de industrialización y modernización agropecuaria en el marco de un sistema capitalista. De ahí que la historia de esta ciudad sea un fiel reflejo de dichas intenciones; la ciudad aparece como una expresión sociocultural de sus pobladores. En consecuencia, su consolidación como polo de atracción respondió a una lógica racional de solucionar una necesidad histórica particular: vincular a la región vallecaucana con el océano pacífico y, posteriormente, con el puerto de Buenaventura como epicentro de comercialización y distribución de la producción industrial y agrícola de índole local y regional.

En relación con los procesos de expansión y poblamiento popular en la ciudad, vale la pena destacar que éstos no obedecieron a lógicas planificadas o prediseñadas desde entidades político-administrativas que garantizaran, en cierto sentido, la tenencia de

²² Con dicha noción se hace alusión a políticas emergentes en el ámbito internacional y nacional con sus respectivas incidencias a nivel local, las cuales son concebidas como un medio para alcanzar óptimos niveles de industrialización y prosperidad económica; de ahí la pertinencia de los cambios en prácticas políticas, sociales y económicas.

predios para la edificación de viviendas; de ahí que la dinámica de invasiones u ocupaciones de tierras en Santiago de Cali se constituyó en un antecedente del surgimiento acelerado de la franja oriental²³ de la ciudad en el que una gran parte de sus pobladores son afrocolombianos. La ocupación de dicha franja da cuenta de procesos de segregación socio-espacial²⁴ configurados a partir de la privación del acceso a la tenencia de tierras y de recursos económicos. Además de ello, como bien lo plantea Barbary (1999), la segregación socio-espacial coincide con un notorio nivel de segregación racial, en particular para la población llamada externamente como negra. Este fenómeno se nota tanto a nivel residencial, por la concentración de la población afrocolombiana en las zonas más pobres de la ciudad, como a escala local, por el fenómeno de la creación de ciertos barrios considerados como ‘negros’.

Para finalizar, es importante mencionar que en la configuración de los espacios urbanos coexisten elementos que proporcionan materialidad a procesos sociales, así como componentes simbólicos de la acción y reivindicaciones urbanas. Asimismo, las diferentes formas de apropiación y reivindicación de los espacios en la ciudad, las dinámicas culturales internas que se recrearon (y se recrean) a partir de la recepción de marcados flujos migratorios y de la puesta en juego de los distintos significados, motivos y funciones otorgados a los espacios por sus pobladores, dan cuenta de la consolidación de Santiago de Cali y su espacio urbano como procesos sociales inacabados y en permanente relación dentro de una estructura social y contextual que direccionan modos diferenciados de ser, estar y significar la ciudad y sus habitantes.

²³ Allí se encuentran los barrios que actualmente conforman las comunas 4, 5, 6, 7, 8, 10, 11, 12 y 16 de la ciudad.

²⁴ Con este concepto se hace alusión al sistema de convenciones mediante el cual se asigna un valor positivo a ciertos espacios, mientras que a otros se asigna un valor negativo. El análisis de tales convenciones posibilita la representación de las desigualdades sobre la dotación de infraestructuras y servicios urbanos, que en últimas determinan los precios del suelo (Parias, 2001 y Jaramillo, 1994 en: Bohórquez, 2008). Es importante destacar que dicho sistema de convenciones es cambiante y su dinámica se encuentra vinculada con lógicas y estrategias de los agentes que intervienen en el mercado del suelo. Asimismo, dichas lógicas y estrategias obedecen a procesos históricos particulares de cada lugar, país, región, así como a la dimensión simbólica otorgada a un espacio específico. Por lo tanto, guardan períodos de cambio y transformación de largo plazo y están sujetas a ser aceptadas e incorporadas por las reglas colectivas de asignación del uso del espacio urbano.

CAPÍTULO 3. MIGRAR A CALI: ENTRE PÉRDIDAS Y GANANCIAS

“Es posible afirmar que toda la historia de la humanidad se ha construido sobre oleadas migratorias, desde los tiempos de los primitivos recolectores hasta los actuales y grandes desplazamientos creados por las guerras internas o entre Estados. No hay cultura que no exprese en sus mitos a un antepasado dejado atrás en el camino o el que llegó primero a fundar el territorio. Y las mitologías sobre extraterrestres creadas por las transnacionales de la ficción y por la conciencia de zozobra del Planeta, van en el mismo camino. De todos modos se emigra porque colapsó el paraíso en el que se vivía o porque el espacio fue invadido” (Vanin et al, 1999:5).

A continuación se ofrece un panorama analítico de las diferentes motivaciones, circunstancias, redes de parentesco y expectativas de los migrantes afrocolombianos habitantes de los barrios Charco Azul y Mójica II, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense de la ciudad Santiago de Cali frente a su decisión de migrar. Lo anterior tiene la intención de dilucidar la conexión existente entre el proceso migratorio y las formas de apropiación de espacios para el desarrollo de la vida y la interacción con los otros consolidados por dichos migrantes en la ciudad. En consecuencia de ello, se retomarán aspectos referidos al contexto socioeconómico e histórico de las zonas de origen (el Litoral Pacífico y el Valle del Cauca) de los migrantes y los factores incidentes en la configuración de la ciudad como polo de atracción del suroccidente colombiano.

Teniendo en cuenta lo anterior, es indispensable hacer referencia en un primer momento al contexto social, económico y político de la migración interna en Colombia, además de precisar los diferentes discursos asentados sobre ésta como posibilidad de acceder a un progreso económico y social y su incidencia en los procesos de urbanización que acontecieron en el país desde el siglo XX hasta hoy.

Como bien lo plantea Sánchez (2008), los fenómenos migratorios han marcado la configuración del espacio nacional al igual que las formaciones urbanas colombianas. Junto a ello, desde mediados del siglo XX, las migraciones internas del campo a la ciudad dejaron históricos efectos sobre la malla urbana del país.

Desde tal perspectiva, el autor plantea que la acelerada acumulación urbana emergente en Colombia a mediados del siglo XX tuvo que ver, en parte, con un rápido crecimiento demográfico producto de variables asociadas a las altas tasas de fecundidad y el descenso de las tasas de mortalidad en las zonas urbanas, además de una fuerte movilidad poblacional traducida en las migraciones internas del campo a la ciudad.

No obstante, la construcción de ciudades en Colombia tiene su origen no sólo en la emergencia de conflictos bipartidistas y las violencias derivadas de éstos, sino que alude a procesos que dan cuenta de las consecuencias a nivel social, económico y cultural de los conflictos bélicos y políticos que se han agudizado desde mediados de la década de los ochentas del siglo XX hasta la fecha (Naranjo, 2004; Sánchez, 2008). Asimismo, da cuenta de los diferentes procesos socioculturales emergentes de las diferentes nociones de desarrollo económico y social impulsadas en el país.

En consecuencia de ello, se entiende que:

“(…) Los procesos migratorios de ayer y los éxodos masivos de hoy no se deben de pensar desde la forma como han impactado la demografía de la ciudad, los efectos que ha tenido en el deterioro de la estructura urbana y la manera como han desestructurado los referentes de identidad que se supone eran los que otorgaban la idea de coherencia y armonía a las ciudades del país. Tampoco resultan suficientes aquellos enfoques sociológicos y antropológicos que ponen al campo y la ciudad como polos adversarios, como portadores de referentes antagónicos entre la tradición y la modernidad, entre el arraigo al terruño y el desarraigo total en la ciudad, cuando lo que en realidad hemos tenido es la proliferación de expresiones del país rural coexistiendo y entretendiéndose con las expresiones, espacios y tiempos de la urbanización moderna” (Naranjo, 2004:1)

Así, la migración interna en Colombia da cuenta de dinámicas correlacionadas con los procesos de cambio en las configuraciones sociodemográficas y espaciales de las ciudades con sus antiguos y nuevos habitantes. De la misma manera, permite entender cómo se replican viejos modelos o surgen nuevas formas de mirar y de ser mirados, de interacción con estructuras sociales y la emergencia de nuevos contextos en donde subyacen diferentes modos de apropiación, resignificaciones, préstamo y circulación de imaginarios, sentidos y relaciones sobre el territorio habitado y las tensiones de sus habitantes.

Paralelo a ello, los procesos de urbanización²⁵ en el país obedecieron tanto a factores internos como externos, por lo que éstos deben de ser analizados en sus interrelaciones de manera tal que se aborde la complejidad del fenómeno y, de esta manera, se evite caer en reduccionismos que de nada sirven al conocimiento sobre éste en la contemporaneidad.

Desde lo referido hasta el momento, se intentan hacer evidentes las conexiones entre los procesos de migración interna acaecidos desde el inicio de la década del cincuenta y su relación con los procesos de urbanización del país. Teniendo en cuenta tales aclaraciones, a continuación se refieren algunos acontecimientos históricos que particularizan las oleadas migratorias provenientes del Litoral Pacífico a la ciudad de Cali, y los entramados relacionales emergentes de dicho proceso.

Retomando a autores como Vanín et al (1999), Urrea y Murillo (1999), Barbary, Bruyneel, Ramírez y Urrea (1999), Cali se constituyó como el principal contexto de llegada para migrantes afrocolombianos desde los años de los setenta en adelante, siendo el distrito de Aguablanca el principal entorno de acogida en la ciudad. En éste se conformaron barrios enteros con migrantes provenientes de departamentos como Chocó, Valle del Cauca, y de municipios como Barbacoas, Tumaco, Magüí y Roberto Payán, pertenecientes al departamento de Nariño. Para esta época se observaron patrones de migración asociadas a decisiones o iniciativas femeninas así como de hombres jóvenes.

Por su parte, Arboleda (2000:5) ofrece un rastreo histórico que da cuenta del proceso de migraciones del Litoral Pacífico colombiano hacia Santiago de Cali, destacando cuatro grandes momentos y las dinámicas emergentes de dichas migraciones en la ciudad, que datan desde el siglo XX hasta hoy:

²⁵ Para Aprile-Gniset y Mosquera (1978:69) (citado por Sánchez, 2008:66), el término *urbanización* denota una fase posterior a la etapa de concentración urbana, generada a partir de la acumulación de flujos humanos, bienes, dinero y productos en un lugar centralizador. Dicha concentración involucra y exige la adecuación y transformación del centro y es una fase subsiguiente en la cual la aglomeración urbana se convierte en ciudad. Sánchez (2008) refiere que las guerras rurales y las crisis que desde finales de los años cuarenta afectaron la *colonización popular agraria* posibilitaron la emergencia de una *colonización popular urbana*, que entró a sustituir a la agraria, en tanto que se dio un salto cualitativamente diferente a la colonización de tierras baldías de la nación a la colonización de terrenos públicos municipales.

Primer Momento (Décadas 1950 y 1960)

Este lapso tuvo como antecedentes, de un lado, fenómenos de violencia política acontecidos en la segunda mitad de los años cuarenta, y en el cincuenta con las plantaciones de caña. A partir de esta época, las procedencias se matizan y se estimulan en gran medida, la llegada de pobladores provenientes de los límites con departamento del Cauca y en menor número, gente proveniente de Nariño, específicamente de Barbacoas y Tumaco.

Dicha oleada migratoria se caracterizó por el patrón de residencia de los emigrantes, quienes se establecían de manera fluctuante en el campo o pueblo (casco urbano regional) con pequeños periodos de residencia, sobre todo en temporadas con altos índices de demanda laboral por algunas empresas como la *Timbiqui Gold Mines*, así como en labores de servicio doméstico y servicios varios, hasta finalmente emigrar a Buenaventura o a Cali. Luego de ello, la migración se orientó en una mayor medida a Cali y sus alrededores, antes del setenta; una vez Buenaventura se saturó laboralmente, se dio la salida de población que ofertaba su mano de obra.

Para Arboleda (2000), resultó interesante el hecho de que en primera instancia las migraciones provenientes del Litoral Pacífico se orientaran hacia Buenaventura, atendiendo las buenas condiciones económicas por las que atravesaba el puerto marítimo como resultado de su ampliación y modernización, con lo cual se captaban flujos migratorios que superaban la cobertura de la oferta laboral existente en ese momento.

Además de ello, es importante destacar que en los retornos y llegadas de migrantes a Cali, la ciudad se dotó de múltiples características por parte de los migrantes quienes, con sus ideales de progreso económico, ascenso social y acceso educativo, vieron la ciudad como polo de atracción; de ahí que extensos segmentos de población que interiorizaron la idea de *andar-andando* como la experiencia que los diferenciaba de pobladores rurales, les permitió constituirse como sujetos urbanos en búsqueda de mejores condiciones económicas e incorporarse a las dinámicas educativas, económicas, laborales y culturales de la ciudad.

Segundo Momento (Década de 1970)

En este periodo, la población rural joven formó unidades familiares y sus hijos fueron quienes partieron hacia epicentros urbanos, motivados por la potencial consecución de mejores condiciones económicas y laborales. En este tipo de migraciones (de centros urbanos menores a centros urbanos mayores) los emigrantes tuvieron alguna preparación vivencial que les permitió desenvolverse con más facilidad en las grandes urbes. Éstas son típicas migraciones por etapas, en las cuales las mujeres migraron, en mayor volumen, a distancias cortas (fundamentalmente a Santiago de Cali), mientras que por lo general, los hombres solteros recorrieron mayores distancias sin fijar definitivamente su residencia hasta después de un buen tiempo de sucesivos viajes durante los cuales iban en busca de trabajos y experiencia.

Este segundo momento de oleadas migratorias coincide con el desarrollo de largos períodos de acompañamiento a algunas redes de migrantes que tenían su residencia permanente en la ciudad, desde los cuales se puso un poco entre comillas el carácter espontáneo y confuso que le habían endilgado al fenómeno migratorio como tal, para dar paso a la comprensión de las estrategias de inserción o adaptación y, con ello, la reconfiguración de algunas tradiciones culturales de pobladores del Litoral Pacífico en Cali.

Tercer Momento (Décadas 1970 a 1980).

Este período se vinculó directamente con el anterior. Su impacto se manifestó a finales de los setenta por el desastre natural generado por el maremoto que sacudió a Tumaco en 1979. Para este caso, se vislumbraron migraciones con retornos mucho más esporádicos en la medida en que las familias habían consolidado raíces en la ciudad de Cali, flujo que engrosó el contingente migratorio. Los lugares de llegada de los migrantes estaban ubicados mayoritariamente en la periferia de la ciudad, en donde residían algunos familiares o amistades con varios años de residencia.

En términos generales, la presencia de migrantes afrocolombianos en la ciudad se hace más visible a través de continuos procesos de migración intraurbana, de lo que se derivó la ampliación de la ciudad hacia el oriente y la consolidación del Distrito de

Aguablanca como espacio receptor de migrantes afrocolombianos en la ciudad. Todo ello se da en el marco de variadas formas de poblamiento, que implicaron procesos de recuperación de tierras, ocupaciones ilegales, asentamientos informales o barrios legalizados por medio de las relaciones establecidas con los políticos de turno, lo que evidencia (en cierto sentido) la inserción social de los migrantes afrocolombianos desde el acceso a un equipamiento colectivo y la pertenencia a determinadas comunidades barriales.

Cuarto Momento (1980 a 1995).

Para esta época se presentaron migraciones esporádicas provenientes de algunas zonas rurales del Litoral Pacífico. Dichas migraciones estuvieron suscitadas, principalmente, por el auge de la construcción y la consecuente ampliación de la ciudad hacia el sur, producto de las inversiones de algunos sectores de la economía ilícita derivada del narcotráfico con una notoria presencia en la capital del departamento. Esta circunstancia se volvió la posibilidad latente de conseguir vivienda propia en la ciudad, uno de los factores con mayor peso a la hora de migrar. Lo anterior dado el incremento de la ciudad hacia el oriente, además de la creciente oferta escolar por la cual pasaba Cali en ese momento.

En relación con los factores que propiciaron la migración de los pobladores del Litoral Pacífico a esta ciudad, se debe citar la saturación de algunos ciclos productivos como el de la madera, especialmente las zonas centro sur del Litoral; la incursión de actores armados y los efectos generados en la calidad de vida; la ampliación de zonas de cultivos ilícitos y la explotación intensiva de la palma africana por industrias nacionales y multinacionales.

Estas circunstancias configuraron el ambiente en que se presentó una lenta, aunque ininterrumpida, llegada de los pobladores del Litoral Pacífico a la ciudad. La situación se relacionó, de otra parte, con el proceso de abandono de las actividades agrícolas “tradicionales” en esta región del país.

De las oleadas migratorias reseñadas, en un primer momento se deduce que la ciudad de Cali (particularmente el distrito de Aguablanca) sufrió una serie de cambios diversos; no sólo físicos (en términos de su prolongación, es decir, en su crecimiento espacial y demográfico) sino también cultural por los ritmos, contrastes y

experiencias derivados de la llegada y permanencia de migrantes y su incorporación a las dinámicas de la ciudad.

Bajo esa óptica, la migración a contextos urbanos se entiende como resultado de múltiples causas, pues supone diferentes modalidades, estrategias y características de los actores involucrados (en este caso afrocolombianos), así como de los lugares de destino; las estrategias de cruce, los vínculos y redes que se establecen entre la comunidad de origen y la de destino son distintas. Igualmente, ofrece posibilidades para la construcción de identidad con lo cual se posibilita la diferenciación con los otros.

De ahí que la ciudad de Cali, se constituyera como polo de atracción dado su desarrollo económico e industrial; por ello se plantea que la migración no dependía sólo de las circunstancias y el contexto en el que emergía el evento migratorio como tal, sino más bien de las condiciones del lugar de destino, es decir, la oferta de bienes y servicios a los cuales podrían acceder los migrantes.

Frente a este panorama, la migración se asocia a un ideal de progreso que se presenta como una alternativa real para quienes habitan en las regiones menos prósperas, en donde las oportunidades de mejoramiento de la calidad de vida son limitadas, con lo cual puede decirse que la migración se da, en mayor medida, como un ideal de progreso social. Al respecto, se enuncia lo siguiente:

“(...) Que Cali era chévere para vivir, que tenía buenas fuentes de trabajo, y que, pues dependiendo de los barrios que tenían como todo, más era la gente buena que gente mala (...)” (migrante proveniente de Buenaventura, habitante del asentamiento Cinta Sardi, cuarenta años).

“No, pues que acá era muy bueno, y que acá uno conseguía buen trabajo, y acá uno progresaba más, salía más adelante, ¿no cierto? Pues sí, yo me vine y en esa época pues sí había mayor trabajo, y conseguía mejor plata, conseguía al menos, pero de todas maneras era duro, fue muy duro... Fue muy duro porque uno viene de un campo, que uno no tiene ninguna especialidad ni nada, y es lo mismo, viene uno a rebuscarse, y también a pasar trabajo” (Migrante guapireña, cincuenta años, habitante de La Platanera, Charco Azul).

“(...) Pues yo cuando salí de mi casa, salí de mi casa, cómo le digo, por experimentar, porque, imagínese, yo de la edad de doce años, entonces yo veía que llegaban y decían: ‘eh que, yo pensaba que cuando uno no está’, cómo que yo veían que llegaban hablando así, dizque así con la nariz, y yo decía: ‘hay no que difícil ir por allá, y cambiar de hablado,

bueno, dije yo tengo que irme', y inclusive que yo no me vine con consentimiento de mis padres, me vine, me escapé de mi casa a la edad de doce años (...)"(Migrante de Magui-Payán, habitante de Mójica II, cuarenta y ocho años).

De acuerdo con Vanin et al (1999), se suma que la migración se constituye como uno de los fenómenos socioculturales más importantes para entender la construcción de imaginarios y identidades culturales, así como las lógicas de desarrollo imperantes en el siglo XX. Desde este punto de vista, se enfatiza la importancia de comprender los discursos y las estructuras sociales en las cuales se exalta y legitima la migración como un medio de progresión social, pues de ésta se derivan la creación y recreación de ciertas aspiraciones y alianzas, con lo cual se propicia la construcción de espacios para la llegada de amigos y parientes lo que garantiza, en cierto sentido, la continuidad de olas migratorias y la incorporación de los migrantes, sus amigos y parientes a las dinámicas de la ciudad.

Al respecto se presenta un comentario realizado por una migrante guapireña (habitante de *La Platanera*, Charco Azul), quien refiere sus motivaciones para migrar a Cali:

"(...) El motivo de mi venida es porque, en realidad, en la época en que yo me vine ya allá no había nada que... Pues, como te dijera... No nada que hacer, no, porque si había que hacer, pero, no avanzaba la vida como un poquito más. Todo estaba como ahí, estancado, y pues yo veía que uno allá no iba como a prosperar, como a conseguir, porque en realidad allá no es que uno consiga un trabajo que uno pueda superarse o así no. Entonces hablaban mucho que aquí en Cali estaba bueno y que era bueno venirse acá y todo... Entonces por eso nos venimos" (Migrante guapireña, habitante de la Platanera, Charco Azul, cincuenta años).

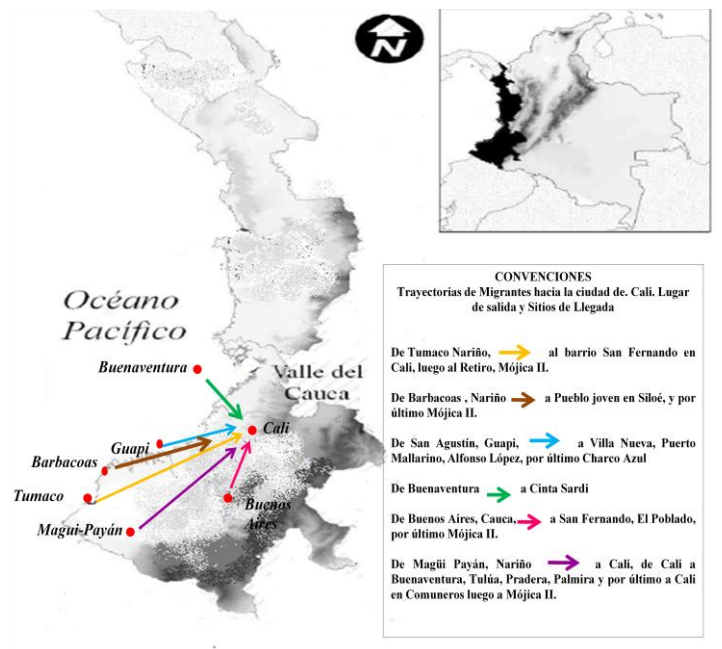
En el contexto de llegada, territorio con múltiples significados y relaciones, es donde emergen y se consolidan redes de solidaridad, jerarquías, tensiones y conflictos. De otra parte, allí se recrean los nombres de los pueblos y personas lejanas, se desgastan los álbumes familiares y se juran retornos que poco se cumplen.

Mientras tanto, en los lugares de origen, familiares y retornantes configuran idearios y discursos que influyen fuertemente en sus vidas, en los ritmos y en las identidades que han forjado (Vanin et al, 1999:3).

En contraste, se observa que en los contextos de origen de migrantes afrocolombianos emergen ciertas lógicas en las que éstos se convierten en lugares estratégicos para la producción agroindustrial y la explotación de recursos minerales, con lo cual se

posibilita la incursión de otros actores; en otras palabras, retomando lo planteado por Vanin et al, (1999:12), así como sale gente, también ingresan otras personas, especialmente europeos, paisas y vallunos, quienes han llegado a plantar industrias y negocios que alteraron significativamente las relaciones y las prácticas de producción y el entramado social, causando desplazamientos y conflictos en algunas de la regiones del Litoral Pacífico.

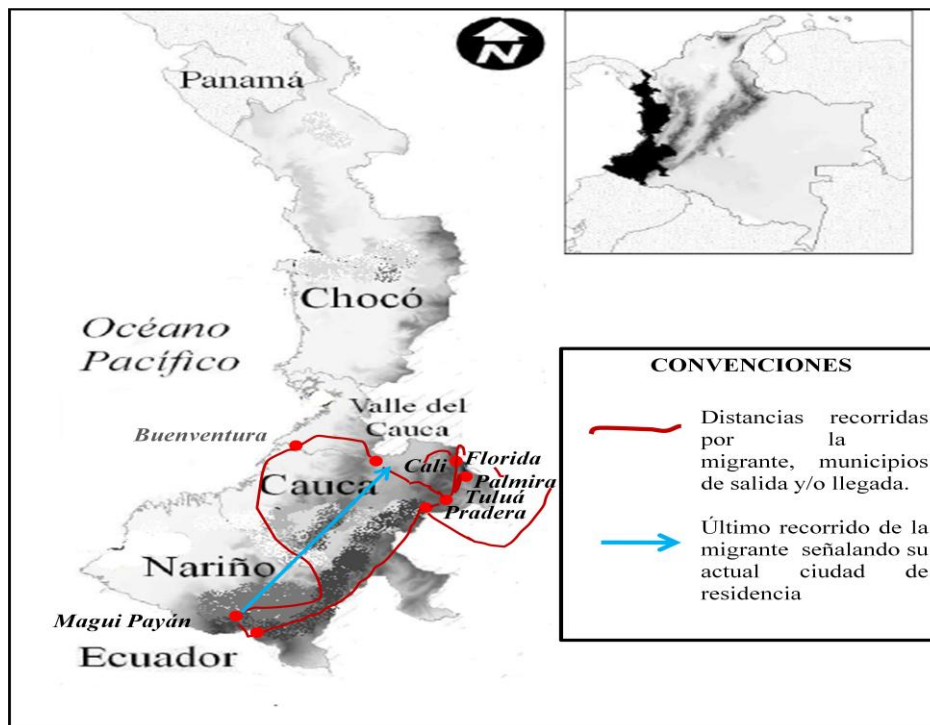
3.1 De los caminantes y sus trayectos al andar



Mapa No. 2 Trayectorias de migrantes afrocolombianos hacia la ciudad de Cali. Adaptado de: Geografía económica del Pacífico colombiano (Romero, 2009).

En las motivaciones y expectativas forjadas en torno a la migración está presente el ánimo de *transitar*, actividad dotada de múltiples sentidos y entre los que se destacan la posibilidad de construir conexiones con el mundo del otro lado de la cordillera (en este caso, la ciudad de Cali) para cambiar de vida, para emular a otros o para seguir la pista de amigos, parientes o enamorados (Vanin et al 1999). Como ejemplo de ello puede citarse lo siguiente:

“(...) Yo tenía una hermana que ella era... Mi hermana mayor. Ella se enganchó con una familia muy adinerada de allá, unos médicos, y se la llevaron a trabajar a Bogotá. Entonces esa gente, tenía casa aquí en Cali, en Bogotá. Entonces ya sí, ella, eh, habló con mi mamá y todo eso, que me trajeran acá a Cali, a cuidar una niña de la misma patrona. Entonces me trajo, pero como que no me llamó mucho la atención, no me gustó mucho la cuestión (...)” (migrante tumaqueña, habitante Mójica II).



Mapa No. 3. El Litoral Pacífico y las trayectorias de una migrante de Magüi-Payán. Adaptado de: Geografía económica del Pacífico colombiano (Romero, 2009).

Al observar el mapa No.3 se evidencian los múltiples eventos de movilidad de una migrante proveniente de Magüi- Payán, quien refiere lo siguiente para dar cuenta de su movilidad:

“(...) El primer día que llegué aquí a Cali llegué adonde mi hermana. Ella me llevo a conocer la ciudad, a subir allá por el ascensor, y todo eso, y ella me iba diciendo: “esto es así, esto es asa”. Bueno, entonces por ese día, estuve donde mi hermana, al otro día, llegó mi tía de Buenaventura, entonces me dijo: “ay, yo me llevo mi sobrina”. Yo me fui pa’ Buenaventura con mi tía, y allá estuve un año (...) Cogí el transporte y me fui a dónde mi tío que vive en Juan XXIII, en Buenaventura. Ya llegué allá y sí, ahí estuve donde mi tío, donde mi tío viví que... Viví un año en Buenaventura, y mi tío no me dejaba trabajar ni nada, pues él me daba todo, pero no me dejaba trabajar, y dije: “yo no, yo tengo que irme a trabajar,

porque yo tengo que ayudar a mi papá y a mi mamá”, y sí, me vine aquí en Cali, y bueno, aquí estuve otra vez dónde mi hermana, y bueno llegue donde mi hermana, y mi cuñado tampoco me dejaba trabajar, y bueno. Cuando en eso empecé a subir a Tuluá, y ahí fue donde me conocí con el papá de ellas, ya con él empezamos a salir, a los tres años me fui a vivir con él, y sí, él trabajaba en una empresa. Bueno, y pues ya las cosas como que no empezaron ese, y sí, y me fui otra vez pa' mi tierra, con mi papá. Mi papá vino y me fui, y allá él llegó, teníamos un niño, el mayor, y llegamos allá y otra vez volvimos, luego me vine yo primero, y atrás se vino él, y ahí empezamos otra vez, y ahí ya empezamos a tener más hijos y todo (...). Eh, estuvimos viviendo aquí, luego, nos fuimos a Florida, de Florida, nos fuimos a Palmira, de Palmira, nos venimos aquí, y de aquí nos fuimos a Pradera. Cuando vendimos la casa, nos fuimos a vivir a Pradera, entonces cuando nosotros nos venimos de Palmira aquí a Cali”

En estas vivencias emergen sentidos de solidaridad y mutuo apoyo: jamás se migra solo y siempre hay la esperanza de encontrar a alguien "allá" o de “mandar” por alguien que se queda en el lugar de origen (Vanin et al, 1999:12). En relación con este aspecto, es indispensable mencionar la importancia que adquieren las redes familiares²⁶ en el proceso migratorio, pues es a través de éstas que se construyen y desarrollan relaciones que permiten el acceso a capitales no sólo de orden económico sino social y cultural.

Las redes de parentesco se presentan como facilitadoras del proceso migratorio, especialmente por las ventajas que proporcionan el compartir vivencias y el adquirir capacidades para enfrentar y superar los riesgos y circunstancias emergentes en dicho proceso. Al referir que las redes de parentesco posibilitan o viabilizan la migración de afrocolombianos a la ciudad, se está haciendo alusión tanto a los procesos de acceso y transmisión de recursos económicos o materiales como al lado de otro tipo de relaciones, siendo estas últimas las de mayor importancia en cuanto permiten la

²⁶ De acuerdo con Urrea, Arboleda y Arias (2000:5), “las redes familiares pueden entenderse como el sistema de relaciones existentes entre personas que reconocen y establecen entre ellos, a través de varias generaciones y ciclos de vida, nexos de parentesco de diferente tipo y grado, ya sea consanguíneo, ritual, de vecindario o sentido de pertenencia a una misma localidad de origen, por adopción, por identidad religiosa, entre los más destacados. Debido a ello desarrollan prácticas de filiación y adscripción de unos individuos respecto a los otros, vinculadas a su vez a mecanismos de socialización y conformación de los egos de los individuos, de distribución y manejo del capital doméstico y a veces extra-doméstico entre los miembros que se identifican por tales nexos, el cual ha sido producido por la propia dinámica del conjunto de parientes de una generación a otra y en el transcurso de los ciclos de vida de los individuos que conforman la misma red. El parentesco no es otra cosa que el sentido de pertenencia a un grupo de origen, según las prácticas de filiación y adscripción que operan en el orden sociocultural. Es útil la idea de red en el sentido de grupos fluidos de parientes que en términos émicos se autorreconocen unos a otros, aceptando lazos de reciprocidad bajo la modalidad de distintas unidades domésticas en varias generaciones y ciclos de vida que, sin compartir un espacio sociogeográfico próximo, están unidas por alguna clase de nexo de parentesco aceptado en común alrededor de uno o más egos. Por lo mismo, estos últimos son quienes articulan alrededor los lazos de reciprocidad entre uno o más hogares.

pertenencia a un espacio y a ciertas estructuras de reconocimiento social (Hoffmann, 1999).

Como ejemplo de ello, se encuentra la vinculación de los migrantes afrocolombianos a contextos barriales y el acceso a equipamientos colectivos ubicados en el contexto inmediato de sus familiares o personas allegadas.

Tal situación da cuenta de los diferentes procesos de mediación sociocultural e inserción a estructuras de relaciones ajenas para los migrantes recién llegados a la ciudad, con un mínimo de conocimiento sobre las formas de relacionarse y desenvolverse en el ambiente citadino. Al respecto, un comentario que ilustra lo referido:

“(...) Yo vine con mi tía aquí a Cali. El primer día que llegue aquí a Cali, llegué a donde mi hermana, mi hermana en esos momentos que yo llegaba a su casa, ella salía a trabajar para la Clínica Uribe. Me dijo: “báñese, organícese pa’ llevarla a conocer la ciudad”. Y sí, yo me organicé, y ella me llevo a conocer la ciudad, a subir allá por el ascensor, y todo eso, y ella me iba diciendo, esto es así, esto es asa...”(migrante nariñense, proveniente de Magüi-Payán, cuarenta y ocho años)

De ello deviene, además, la emergencia de ciertos contrastes experimentados tras el evento migratorio:

“(...) En mi tierra, vea la diferencia a vivir en mi tierra y vivir en la ciudad, porque, si uno sabe bien que en su tierra uno no paga servicios, eh la alimentación es muy poca la que se compra, entonces ahí es una diferencia, ¿sí? Pero uno todo el tiempo no puede estar allá, porque, porque uno viviendo allá, uno sale al tiempo y viene acá y uno es como un tonto, como un, hablándolo así, como un montañero, que todo ah, y ya usted está en una reunión y le van a preguntar algo, y va hablando cualquier cosa, y no mira, no capta lo que hacen las demás personas, sino que ahí se cree uno que uno sabe, y no sabiendo que las otras personas que tienen un grado más que uno, lo están analizando... Entonces uno tiene que salir del campo a la ciudad a aprender, porque la ciudad le enseña a uno, le enseña mucho a uno, ¿es así o no es así? La ciudad le enseña a uno, entonces uno tiene que salir a aprender, y que si uno tiene sus hijos que también no se críen como lo criaron a uno, por allá como con esa eh... Entonces por eso, esa es la diferencia que le hace a uno salir de su tierra a la ciudad, y porque la ciudad tiene muchas oportunidades, tanto como para uno como para los hijos. Por esa parte, bien...” (migrante nariñense, proveniente de Magüi-Payán, cuarenta y ocho años).

“(...) Uno se iba pal’ monte, iba y cogía sus chontaduros, cogía sus pepépán, iba a los cultivos que mi mamá tenía de papa china. Uno, a la hora que uno iba, bajaba allá en el terreno, cogía su papa china, mejor dicho hacia de todo... En cambio acá uno no tenía esas costumbres, acá tenía uno que esperar a que mi mamá fuera a la galería, comprara y ahora sí pa’ uno poder comer lo que a uno le gustaba... Otra cosa, los arrullos. Cuando se muere un bebé, eso le bailan, le cantan, eso es muy lindo... En cambio aquí en Cali, es muy diferente

aquí. Ponen el muerto ahí, y eso se sientan allí, y eso no más... Coge carta, bingo, dominó, se sientan es a jugar parqués, y hace escándalo, y los borrachos a peliar, en cambio, en Buenaventura es diferente, allá todo es diferente” (migrante proveniente de Buenaventura, habitante de Cinta Sardi, treinta y ocho años).

De este modo, se interpreta que las migraciones (voluntarias o forzadas) arrastran consigo un sinnúmero de repercusiones, entre las que podemos resaltar las de tipo cultural (Arboleda, 1998; 2000), atendiendo a las características espaciales de la ciudad de llegada, la cual supone cambios y negociación entre ella y sus habitantes en el tipo de relaciones que se establecen, los ritmos de trabajo y la construcción de nuevos lugares, entendidos como espacios dotados de sentido por los migrantes en el continuo proceso de aprender y aprehender lo de la ciudad, sin dejar u ocultar lo de sus lugares de origen.

Sumado a ello, se evidencia que la migración puede entenderse como todo proceso de redefinición de identidad, re-conceptualización del territorio y re-contextualización de los significados de las múltiples combinaciones de estos dos conceptos básicos (Ardila, 2006:258). Aquí se encuentran elementos como la tradición oral y la solidaridad, las cuales generan formas de convocatoria que posibilitan la emergencia de ciertas estrategias de poblamiento potencial de algunas zonas de la ciudad (específicamente del distrito de Aguablanca) y desde allí resignificar ciertas pautas y repertorios de actuación incorporadas en el contexto de origen de los migrantes. Así, se entiende la emergencia de un proceso dialéctico donde se aprehenden ciertas formas de interacción con otros pobladores y migrantes en la ciudad.

De otro lado, en los procesos de migración interna existe, de manera implícita, la necesidad de ampliar las relaciones sociales y de acceder a los estándares de una modernidad promulgada por el Estado y por los medios de comunicación, que en cierto sentido no es cercana a algunos territorios, dado que ésta se cierne a una lógica de adquisición y acumulación de bienes materiales y recursos económicos.

No obstante, la migración en sí misma no garantiza mejores condiciones para la calidad de vida, sino que la apreciación de los “costos” no sólo económicos, sino emocionales y culturales que hay que pagar al tomar la decisión de vincularse o incorporarse a las dinámicas de vida urbana, permanece latente.

Todo esto se encuentra vinculado a las posibilidades potenciales de convertirse en víctimas de explotación, discriminación y racismo, pues en cierto sentido, algunas de las condiciones (en especial las asociadas a la marginalidad de sus lugares de origen) pueden convertirse en referentes para su proceso de inserción económica y social la ciudad, lo que puede derivar en oportunidades desiguales en el acceso a los bienes materiales y simbólicos ofrecidos por ésta.

Pese a este panorama, la migración es también un medio de distinción valorativa. En palabras de Bonnewitz (2003), la migración se traduce en el reconocimiento de los otros y en la conquista de visibilidad e importancia, fenómeno que genera reconfiguraciones de la identidad los agentes; de ahí que el consumo y el acceso a bienes culturales sea un medio de distinción social, de estatus.

En este sentido, el consumo y el acceso a dichos bienes se constituyen además en elementos de clasificación, lo que da lugar la emergencia de jerarquías.

En la experiencia migratoria se rompe con espacios y tiempos con los cuales las personas se sienten inconformes, de manera tal que ésta se vuelve un medio para acceder a la transformación de patrones de vida poco satisfactorios para las expectativas de vida de los migrantes (Salcedo, 2006). De este modo, desde lo propuesto por Vanin et al (1999), los actos de "caminar" en busca de un futuro promisorio (y con ello una mejor vida) exigen "*zapaticos de hierro*"; si se va más lejos o con mayor categoría, "*zapaticos de oro*". Además, debe tenerse mucha astucia, paciencia e inteligencia, poseer alianzas o estar protegidos por seres poderosos para llegar y triunfar "en la ciudad". Porque se emigra, en última instancia, con el bagaje que se tiene y lo que se perderá y ganará, para dejar de ser invisibles, para acceder a la modernidad y para dejar de ser desarraigados a diferencia de sus *paisanos*²⁷, así llegue a sectores urbanos marginados.

De otro lado, la migración es un medio de movilidad social ascendente; no obstante, los inconvenientes que se presentan en la ciudad ratifican que no es fácil hacerse a un lugar en ésta, es decir, lograr el tan anhelado ascenso social e inclusive tener prestigio.

²⁷ Con este término se alude a la interiorización de algunos rasgos o elementos de identidad territorial, por medio de los cuales las personas se convierten en miembros de una colectividad y orientan recíprocamente sus actitudes adquiriendo la conciencia de una común pertenencia a un mismo territorio, nación, etc.

Esta última acotación nos acerca a vislumbrar las posibilidades que tienen migrantes de retornar a sus lugares de origen, opción contemplada como última instancia; pese a todos los obstáculos que puedan surgir para establecerse en esta ciudad, la significación del retorno a sus lugares de origen se liga a la imposibilidad de superar escollos que impiden prosperar en la ciudad, aunque también puede deberse a situaciones personales y familiares que así lo ameritan (Vanin et al 1999). A continuación se refieren algunos comentarios de los migrantes respecto a esta idea:

“(...) No, no, no a mí no, no me parece sabroso. Yo pasé mucho trabajo por allá y no me parece sabroso... La verdad que no, pues la gente que se crio y nació allá sí (refiriéndose a Barbacoas), pero a mí no me parece bueno. Mejor vivo aquí, paso trabajo pero vivo mejor aquí. Yo me quedo aquí (...)” (migrante proveniente de Barbacoas, Nariño, habitante del barrio Mójica II, cincuenta años).

“(...) No, pues ya no, porque eso por allá está muy distinto (...) Por lo regular para la plata ya no hay donde trabajar, eso por allá lo ha adueñado mucho la guerrilla de eso, entonces la gente ya no sale más para las fincas, tan sólo es en el pueblo, y por lo regular allá en la Costa yo no tengo, mi papá ya murió, mi mamá también (...)” (migrante guapireña, habitante del sector La Platanera, Charco Azul, sesenta y dos años).

Al hacer alusión a los retornos de los migrantes desde situaciones personales o familiares, es preciso destacar que estas visitas o retornos esporádicos se constituyen como mecanismos y momentos de concreción y regularización de las relaciones sociales, pues desde allí se facilita el reconocimiento tras la ausencia en sus lugares de origen (Augé, 1995). Sin embargo, con dichas formas de reconocimiento no se agotan las posibilidades de invención o transformación de las relaciones que se tejen alrededor de sus lugares de origen, sino que los dotan de sentidos y de una cierta estabilidad; no se limitan a facultar el reconocimiento de los sucesos reiterados o ya previstos, sino que ofrecen un escenario de intercambio vivencial y permiten conexiones con un territorio añorado, o en su defecto, mantener las distancias frente a éste.

A modo de cierre, es preciso reiterar que los procesos de migración traen consigo la transformación de los espacios urbanos, lo cual se presenta a través de las diversas dinámicas culturales, derivando nuevas concepciones de éstos. De otra parte, se evidencia en las miradas y posturas asumidas por los caleños hacia los migrantes (a veces de rechazo, a veces de aceptación), las estigmatizaciones alrededor de este nuevo grupo poblacional apreciable para los pobladores de la ciudad. De esta manera, el migrante (visto como el “otro”) genera lugares de encuentro mediados por una

relación en permanente tensión con aquellos que se reclaman como parte de la tradición urbana de la ciudad (Arboleda, 2000:5).

Es preciso mostrar la importancia que adquiere la noción de territorio para comprender las luchas y relaciones de poder que emergen en los procesos de negociación de los migrantes y los pobladores de un contexto urbano como la ciudad de Cali. Con ello se hace alusión a la cuestión de que los seres humanos tenemos una historia incorporada, unas tradiciones, experiencias y prácticas que dan cuenta de una concepción de territorio y de unas formas de organización de las relaciones con los otros y la naturaleza; de ahí que se construyan ciertas áreas, lugares de pertenencia común, con sus respectivos paisajes, sistemas de ordenamiento y significación con las que se retoman, en cierta medida, las vivencias de los migrantes en sus lugares de origen: se rememoran sus lugares de origen en la ciudad (Ardila, 2006).

CAPÍTULO 4. BUSCANDO UN LUGAR EN DÓNDE VIVIR

En las líneas que se plasman a continuación, se presenta el análisis de las configuraciones territoriales de Charco Azul y Mójica II (barrios ubicados en la comuna trece y quince de la ciudad de Cali) mediante la reconstrucción histórica de su formación y consolidación de origen informal. En un primer momento se realiza una sucinta caracterización histórica del distrito de Aguablanca dado que las comunas 14, 13 y 15 (al igual que los barrios Charco Azul y Mójica II que pertenecen a estas comunas) hacen parte de dicho distrito, de tal modo que sus procesos de poblamiento estén íntimamente relacionados. A continuación se presenta su ubicación geográfica para luego hacer alusión a las formas de apropiación y legitimación de sus espacios, límites, procesos de convivencia, negociación y, con ello, los significados, estrategias, vivencias, sentidos de pertenencia e identidad que han construido sus habitantes. Asimismo, se retoman aspectos referidos a las representaciones frente al conflicto, la violencia y convivencia como elementos constitutivos de su configuración socioterritorial.

4.1. La historia del Distrito de Aguablanca en Cali²⁸

La zona que actualmente se conoce como distrito de Aguablanca (mapa No. 4) fue utilizada a finales de 1960 para la agricultura como parte de la llanura de inundación del río Cauca. Desde los años setenta emergió en esta región un proceso de poblamiento acelerado en precarias condiciones de habitabilidad urbana.

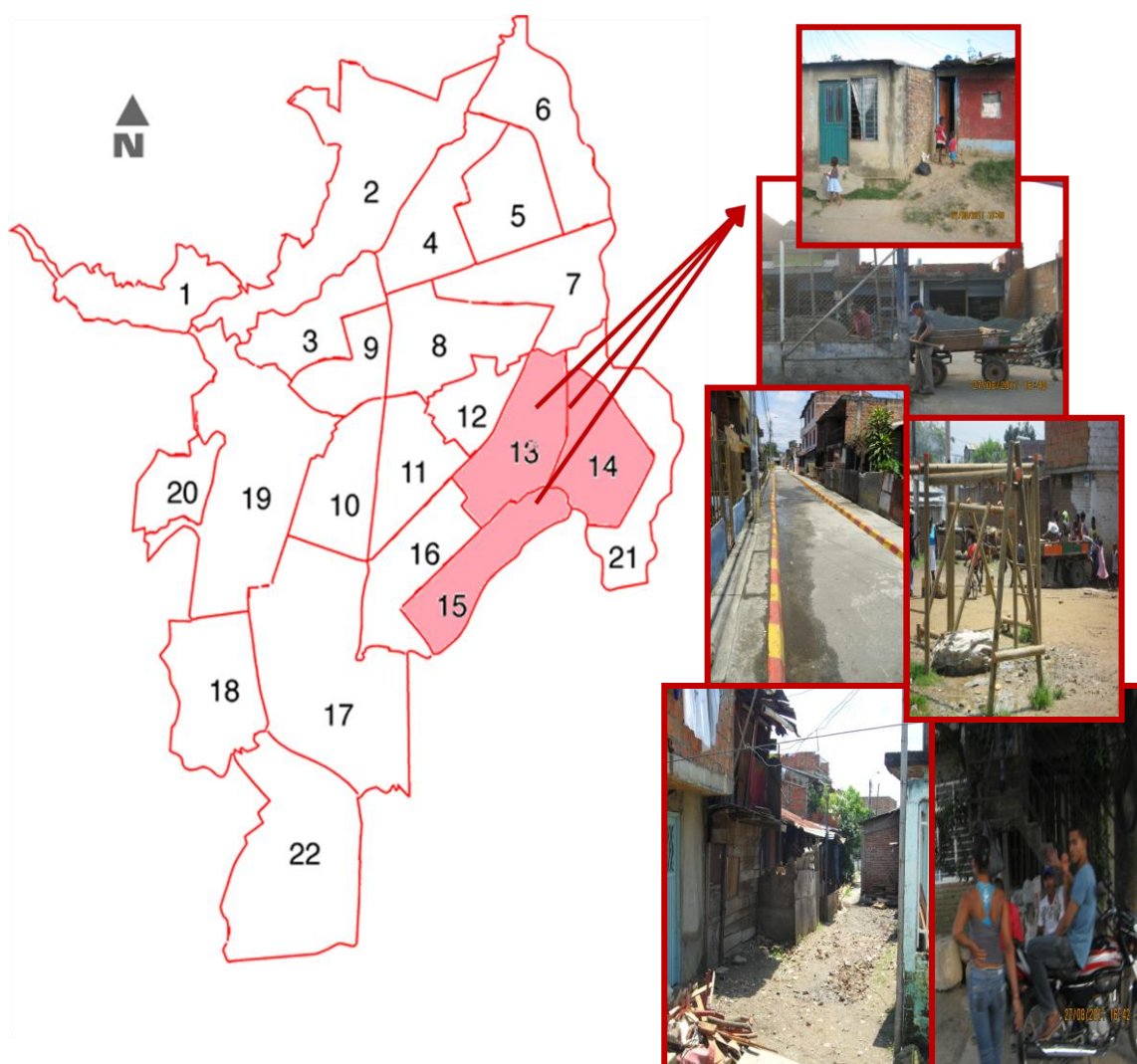
Al realizar un rastreo con el fin de conocer aspectos históricos del distrito de Aguablanca, entre los diferentes relatos de las personas entrevistadas se obtuvo el de una migrante afrocolombiana, habitante del barrio Charco Azul, quien llegó esta ciudad en 1965, proveniente de Guapi (Cauca):

“Cuando yo llegué acá al Valle, llegué al barrio Puerto Mallarino. Todos estos locales de Andrés Sanín para acá, de Marroquín... No, de Andrés Sanín para acá, eran lotes de cultivo.

²⁸ En una considerable proporción, las ideas aquí expuestas han sido retomadas textualmente o parafraseadas de autores como Tovar (2008) y Vásquez (1990), quienes han abordado de manera exhaustiva las dinámicas de poblamiento de la ciudad de Cali y del distrito de Aguablanca.

Todos estos lotes Villa del lago, todo estos eran lotes que sembraban cultivos, maíz, soya, millo (...) No más había. Yo llegué al barrio de Puerto Mallarino, y estaba el barrio de Puelto Mallarino, y de allá Alfonso López, pero eso era de para allá, para acá, todo eran lotes... ¡Ah! el Siete de Agosto, sí estaba... Las casas eran de guarua, casitas de guarua y de tablas, cerquitos de esterilla, que eso picaban la guarua, y la abrían y hacían la parecita así, y así las tejas de zinc, tejas de barro, así, cuando no unas tejas de cartón, así eran las casitas.

En varias casas habían luz y agua, nada más, en las otras no. En las otras no había ni luz ni agua, tenía uno que salir a perir (sic), o bajar al río Cauca, a recoger agua allá y lavar la ropa allá, así es que era”.



Mapa No. 4. Ubicación geográfica del Distrito de Aguablanca en la ciudad de Cali (comunas trece, catorce y quince). Adaptado de: Alcaldía Municipal de Santiago de Cali.

El origen del distrito se remonta a la década de 1960, caracterizada por las coyunturas de migración y violencia en el país. Su aparición se da en un fenómeno de poblamiento urbano con características imprevistas, que surgió a grandes velocidades. Para este lapso, la ciudad de Cali estuvo marcada por la aparición de formas de movilidad espacial cada vez más complejas que se desviaban del modelo de la migración rural-urbana dominante en otro tiempo. Estos cambios incidieron en la renovación del proceso de urbanización y de concentración urbana, además de la apertura de las tierras “rurales” hacia el oriente de la ciudad para su urbanización.

En la publicación *Cali: 21 Asentamientos*, realizada el 18 de julio de 1994 en el periódico El Tiempo, se alude a la situación y se precisa lo siguiente:

Cali no ha escapado todavía del problema de los asentamientos subnormales e invasiones que le ha tocado cargar desde décadas anteriores. Al contrario, sigue enfrentando el crecimiento de tugurios que se dispersan en forma desordenada y cuya causa radica en las migraciones de otras regiones que ven en Cali una luz de esperanza para mejorar su estilo de vida. Los emigrantes que provienen de la Costa Pacífica, del Cauca, Antioquia y Nariño, deja grupos humanos en las zonas planas, en las laderas o en los terrenos baldíos que no han sido urbanizados. Son, en la actualidad, 21 asentamientos los que hinchon a la ciudad.

El problema se remonta a la década del 60, cuando se produjo un rápido proceso de urbanización que tuvo como características algunos brotes de violencia y el éxodo de campesinos. En esta época 2.860 hectáreas de tierra se anexan al territorio caleño, principalmente en los sectores nororiental y suroccidental con una saturación de las áreas libres disponibles. Un total de 350 mil inmigrantes llegaron y develaron el déficit de vivienda que se estaba generando. Así aparecieron cien barrios populares.

En los ochentas se intensifica el impulso de la zona sur con un incremento en la construcción de vivienda. Cali deja de ser una ciudad concéntrica y comienza a ensancharse hacia el sur. Según datos obtenidos del Instituto Municipal de Reforma Urbana y Vivienda (Invicali), actualmente Cali se desbordó de su perímetro urbano hacia los municipios vecinos (publicación del periódico “El Tiempo”, 18 de julio de 1994)

Simultáneamente, dificultades en torno a la obtención de vivienda por parte de sectores poblaciones con bajos recursos económicos emergieron; de ahí que se constituyeran movimientos y acciones populares en torno a revisión de títulos de tierra, recuperación de ejidos y organizaciones populares, lo que propició la consolidación y posterior legitimación de asentamientos informales. Ante la presión de la demanda de vivienda, se incorporaron cerca de 1.100 hectáreas al espacio urbano, localizadas especialmente en la parte oriental, suroriental y nororiental de la ciudad, fundamentalmente en el Distrito de Aguablanca, en donde se alojaron predominantemente inmigrantes provenientes del Litoral Pacífico colombiano.

Desde este punto de vista, la urbanización ilegal de los años cincuenta y sesenta tuvo un peso significativo en la expansión de la ciudad; en estos años la ciudad formal creció en el eje norte-sur, mientras que la informal crecía hacia el oriente y, en parte, hacia los cerros de occidente (Vásquez, 1990; Tovar, 2008).

Durante la década de los setenta, la saturación de los barrios del oriente de Cali y el aumento de número de hogares por reagrupaciones familiares generaron una presión sobre el suelo tanto para la vivienda como para otros usos en el marco de ciertas condiciones económicas y de oferta de tierras, lo cual terminó por expandir la frontera urbana por fuera del perímetro legal, con viviendas inundables y carentes de servicios públicos. La ocupación urbana (y en lo que a su formación se refiere) fue determinada por las modalidades que asumían la satisfacción de las demandas de vivienda. En gran medida, dicho proceso fue el resultado de las fuerzas que actuaron sobre la oferta y la demanda de espacios urbanos destinados a ésta (Hernández et al, 2004 en: Tovar, 2008).

Siguiendo a estos mismos autores, pese al crecimiento de las inversiones industriales o comerciales en la ciudad y la recepción de migraciones campesinas, quienes no pudieron incorporarse al mercado laboral de la industria y el comercio tuvieron que optar por ocupaciones de baja remuneración y, en consecuencia, acceder a la vivienda por vías alternativas como la invasión y el mercado clandestino. Frente a este panorama, en la ciudad de Cali la capacidad para pagar un lote y construir una vivienda en los sitios urbanos costaba más de lo que permitía el poder adquisitivo de sus pobladores, teniendo en cuenta el salario mínimo de ese entonces.

Para 1977, en el Plan Integral de Desarrollo de Cali se demostró cómo estas modalidades de asentamiento²⁹ se constituyeron hasta finales de los sesenta en las

²⁹ Con base en esta definición conviene distinguir dos tipos de asentamientos: piratas y de invasión. Los asentamientos piratas son aquellos en los cuales sus moradores han hecho una transacción de compraventa en los lotes que ocupan. Éstos se localizan generalmente en zonas periféricas de la ciudad, en muchos casos, fuera del perímetro urbano. Por el contrario, los de invasión son aquellos que surgen de la ocupación de hecho de un predio ajeno, público o privado. Las invasiones pueden ocurrir en terrenos centrales, preferencialmente de propiedad estatal, que por alguna razón no han sido desarrollados. Ambas tipologías de asentamiento terminan por ser reconocidos en forma legal por las autoridades con el transcurso del tiempo, con la diferencia de que los piratas lo logran en un tiempo relativamente más corto (Castillo y Torres, 1997:1).

principales formas de ocupación de espacios urbanos ilegales³⁰, los cuales determinaron en gran medida su configuración.

No obstante, en la década de los setenta el desarrollo del proceso clandestino informal se mantuvo, aunque los espacios urbanos destinados a la oferta de vivienda eran bastante limitados. Bajo condiciones muy restringidas, las modalidades de lo clandestino e informal se orientaron casi exclusivamente hacia las tierras de las laderas, en las cuales se continuó con el proceso de ocupación por parte de los grupos en condiciones de precariedad económica durante el período de 1973 a 1978 (Tovar, 2008).

En el lapso comprendido entre 1980 y 1987, el proceso de ocupación del suelo urbano sufrió transformaciones significativas. El hecho más sobresaliente lo constituyó la urbanización dentro de la zona plana de la ciudad de Cali, de suelos no aptos para la vivienda, con lo cual surgieron las demandas representadas en lo que hoy se denomina el distrito.

Con el siguiente testimonio se ofrece un panorama vivencial de lo acontecido en dicha época:

“(...) Trabajábamos aquí sadoniando. Nosotros trabajábamos en el campo y arrancábamos soya, maíz, frijol... De todo. Esto era un campo bueno, y yo era amiga de todos los dueños de los terrenos, y yo pasé por un bordo, por allá donde yo vivo, yo pasé por un bordo, por ahí pasaba un caño, y pues yo me voy a hacer aquí, y voy a clavar aquí, pero no le dije a nadie, ni a ellos, tampoco, sino que vine calladita, limpié y, bueno, yo me meto aquí, porque yo iba a hacer lo de mi piecita, con puro plástico, con plástico (...) Yo me metí aquí a Charco Azul, y al otro día llegó don Vicente Montaña, me trajo a una jueza y a un juez, yo dije: “Don Vicente, ¿y esto qué? ¿Es que usted me trae aquí la ley? No, si usted quiere yo me voy pa’ su casa, con mucho gusto me voy pa’ su casa, pero si mis hijos quiebran un plato, una taza, no vaya a decir nada, porque, usted sabe que yo no tengo con que pagar (...)” (migrante guapireña, sesenta y dos años de edad, habitante del barrio Charco Azul).

Las demandas de pobladores en condiciones de precariedad económica encontraron en estos espacios urbanos el medio adecuado de satisfacer sus necesidades de vivienda, ajustadas (en cierto sentido) a su capacidad de pago y la relativa cercanía

³⁰ Estos sectores se constituyen como las principales expresiones de dicho fenómeno: Siloé, Terrón Colorado, El Rodeo, Puerto Mallarino, Fátima, San Francisco, Berlín, Primitivo, Crespo, El Poblado, Marroquín, Manuela Beltrán, entre otros.

para desplazarse a sus lugares de trabajo (Vásquez, 1990; Tovar, 2008). De ello se infiere que muchos de los barrios del distrito de Aguablanca se formaron por procesos de ocupación de terrenos y urbanizaciones ilegales cuando se presentó el proceso más amplio de urbanización no formal de Cali, cuyo crecimiento desde los años cincuenta se vio dominado por este fenómeno.

Según el reporte *El Concejo pide freno a las invasiones* (emitido el 6 de febrero de 1997 en el periódico El Tiempo), se advierte lo siguiente respecto a la emergencia de procesos de ocupación ilegal de terrenos y la edificación de viviendas en éstos:

(...) La Personería Municipal ha advertido que más de 11.000 zonas verdes de propiedad del municipio, que suman 77.176 metros cuadrados, fueron loteadas, vendidas y ocupadas sin control alguno en el corregimiento de Montebello. El concejal conservador holguinista Ricardo Cobo dice que levantó la vista el fin de semana pasado y encontró que están cercando a las Tres Cruces: “no es una crítica a Planeación, pero me parece que es necesario establecer inspecciones para un control más directo a este crecimiento desbordado en las laderas”. El director de Planeación, Francisco José Lloreda, respondió que está de acuerdo en la necesidad de planificar como está previsto en el proyecto de expansión urbana. Por competencia, los controles deben ser asumidos por la Secretaría de Gobierno. El Concejo está estudiando el proyecto de extender la ciudad, especialmente en el suroccidente, pero existen inquietudes sobre cómo se manejarán los programas de vivienda en zonas donde el costo de la tierra resulta elevado como Pance, Los Cristales, Lili, Cascajal y las mismas Tres Cruces. El concejal liberal Didier Ospina dice que ya hay más de 2.000 viviendas en las Brisas del Vallado y Comuneros. Los programas de vivienda del municipio no alcanzaron el año pasado los objetivos esperados porque gran parte del tiempo se debió destinar a la liquidación del Instituto de Vivienda de Cali (Invicali), advierte el concejal conservador humbertista Adolfo León López” (Periódico El Tiempo, 6 de febrero de 1997)

En estos términos, la consolidación de Aguablanca emerge como un modo de creación de ciudad por parte de una importante proporción de pobladores de Cali, cuya precariedad no les permitió acceder a viviendas formalizadas.

A continuación se describen algunos comentarios reseñados en el reporte “*El Concejo pide freno a las invasiones*”, en los cuales se hace explícito el panorama general de la situación de ocupación ilegal de terrenos en la ciudad en la década del noventa:

(...) El 60 por ciento de las familias de esos sectores (de invasión) en Cali son emigrantes del Cauca, Chocó y toda la costa Pacífica, mientras que en los municipios del norte, el 70 por ciento provienen de sus mismos corregimientos y veredas. Del total de asentamientos de Cali, 34 pertenecen al distrito de Aguablanca. En esta capital, según el Inurbe, el 24 por ciento de

viviendas están en áreas subnormales. La Fortuna, Los Chorros, La Isla y Brisas de Comuneros afrontan un nivel tugurial.

Los más antiguos asentamientos tienen 26 años de existencia. El 10 por ciento están en ladera, el 24 por ciento en zonas inundables y el 9 por ciento en áreas erosionables. El 44 por ciento del total tiene origen legal, el 42 por ciento fueron invasiones y el 15 piratas (...) (Periódico El Tiempo, 6 de febrero de 1997)

Múltiples estrategias fueron implementadas por pobladores en Cali para movilizarse en ésta y construir sus viviendas. Bajo este panorama, la desigualdad social y la debilidad de las políticas públicas de construcción de vivienda y de urbanización básica para esta época propiciaron que la consolidación de asentamientos informales, ubicados en la periferia de la ciudad, se constituyera como una respuesta efectiva de dichos pobladores, quienes con limitados recursos materiales y económicos construyeron de manera continua sus viviendas, además de aportar a la formación de la ciudad, con la influencia de límites entre lo legal y lo ilegal, lo formal y lo informal, las ocupaciones de hecho, los derechos y la ley (Naranjo, 2004).

De otro lado, es preciso destacar el impulso a nivel económico y social que desde la administración de Jorge Iván Ospina y el Plan de Desarrollo Municipal “Para Vivir Dignamente”, se le ha dado al Distrito de Aguablanca, concebido como un importante sector de la ciudad y en el cual se reflejan en el 2011 dos grandes obras planeadas de manera articulada para el beneficio de la comunidad y su derecho a disfrutar de una vida digna. Por un lado, la troncal de Aguablanca, una obra desarrollada por Metrocali para el sistema de transporte masivo MIO; de otra, la ciudadela educativa “Nuevo Latir”, en la cual se formarán los niños y jóvenes de los sectores más populares de la ciudad. Ambas tienen elementos comunes: generación de empleo para la mano de obra proveniente del sector; renovación urbana con la transformación de antiguos focos de basura e inseguridad en ambientes agradables que valorizan la propiedad y generan riqueza; nuevo espacio público para los caleños y dinamismo de la economía.

“Los desarrollos para nuestra gente de Aguablanca deben ser integrales. Por eso, en la esquina de la Avenida Ciudad de Cali, que antes representaba desorden, escombros e inseguridad, hoy se erigen dos obras que significan progreso, empleo, educación y movilidad digna para los caleños”, aseveró el alcalde de Cali, Jorge Iván Ospina Gómez (9 de agosto de 2011, Noticias, Metrocali “*El MIO llegará a la ciudadela educativa Nuevo Latir*”).

Ahora bien, después de ofrecer una breve caracterización sociohistórica de la conformación del distrito de Aguablanca, es preciso especificar que en esta investigación se trabajó con migrantes afrocolombianos habitantes de los barrios Charco Azul, Mójica II y los asentamientos informales Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, ubicados en el oriente de la ciudad. La incorporación de dichos asentamientos da cuenta de la pertinencia de incorporar al presente análisis de la configuración territorial de los barrios Charco Azul y Mójica II, las relaciones que se establecen entre barrios y asentamientos (estereotipados o estigmatizados), y cómo desde allí se entretajan un sin número de representaciones, imaginarios, sentidos de pertinencia e identidad frente a espacios sociales dotados de sentidos y significados.

4.2. Reconociendo una historia vivida. Antecedentes de conformación del barrio Charco Azul

Charco Azul fue fundado aproximadamente en 1980. Inicialmente fue un asentamiento donde las casas fueron construidas por sus habitantes, quienes se dedicaban a la realización de labores domésticas, trabajos de construcción y ventas ambulantes como medios para devengar dinero. Para la construcción de las primeras viviendas, se utilizaron materiales tales como plástico, barro, esterilla, guaduas y tejas de cartón. Desde sus inicios, la ocupación ilegal de terrenos de la que emergió el barrio Charco Azul, contaba con habitantes provenientes principalmente del Litoral Pacífico (Nariño, Cauca y Buenaventura); por ende, la población que predomina en el barrio es afrocolombiana, quienes llegaron a este sector con la esperanza de tener una casa propia.

Según lo referido por los fundadores de este barrio, los terrenos en los que iniciaron la construcción de sus viviendas eran lotes de cultivo en donde se sembraban especies como el millo, la soya y el plátano, entre otros. Al respecto, se puede citar lo referido por dos mujeres migrantes guapireñas, quienes nos ilustran el panorama en el que se da la consolidación del barrio:

“Esto era monte. ¿No le digo que este era un cultivo donde nosotros sadoniábamos? Sembraban maíz, sembraban fríjoles, millo, de todo sembraba aquí, nosotros cogíamos eso” (migrante guapireña habitante del sector La Platanera, Charco Azul, sesenta y dos años).

“Esto era una platanera, puro sembrado de plátano, y había una sola casita en medio de todo ese poco de matas de plátanos de un señor que le decían Catalino, me acuerdo, y él era el único que vivía para acá... Pues las casas de Ulpiano sí estaban, de resto todo esto para acá era una platanera, y ya esto se fue llenando de gente, se fue llenando, llenando... Y mate zancudos que daba miedo, mate culebras, ¡ay, Dios mío! Cuando se subía el caño, que llovía por allá en el centro, ay, eso era toda la noche matando culebras. No dormía la gente pensando en esos animales, y eso que una culebra, gritaba el uno, gritaba el otro, yo me acuerdo. Este barrio al principio, cuando fue invasión, esto fue tenaz, eso fue tremendo, duro, le toco duro a como todo, una invasión. Ya esto se fue poblando, poblando y nos dieron la energía de acá del Siete de Agosto, de Ulpiano, ya nos fueron dando energía y todo... Esto se fue organizando, ahí ya más gente” (Migrante guapireña, habitante del sector La Platanera, Charco Azul, cuarenta y nueve años).

En sus inicios, los terrenos no contaban con los servicios básicos y, por ende, sus pobladores debían cargar el agua desde el Lago y otros barrios cercanos como el Siete de Agosto y Ulpiano Lloreda. Para esta época, se contaba con un lavadero comunitario ubicado en la Laguna de Charco Azul, en el que los habitantes del sector lavaban sus ropas, e inclusive servía de baño público.

De otra parte, la construcción de alcantarillados provisionales se dio por la iniciativa de los pobladores del sector; ello implicó la adecuación de tubos, la apertura de zanjás y la compra de latas de zinc para que las aguas desembocaran en los dos caños que rodeaban el sector.

La energía eléctrica era reemplazada por leña, ACPM³¹, petróleo y gasolina, y en las noches se alumbraba con mecheros y velas. Las calles del sector eran precarias en tanto que los “ranchos” fueron construidos alrededor de sembrados de millo, sin dejar espacio para calles u otros sitios. Tales sembrados eran cuidados por los habitantes para que los dueños del terreno (el señor Vicente Montaña³² para la época) les permitieran edificar sus casas allí. Desde la perspectiva de una migrante guapireña, en términos del acceso a servicios públicos domiciliarios, las condiciones que experimentaron los pobladores de Charco Azul fueron las siguientes:

“(...) No, los servicios públicos yo me acuerdo que cuando era invasión, como estaba el caño, hicieron letrinas hacia el caño. Nosotros hicimos letrinas, agua no teníamos, teníamos que venir a pedir agua a los del Ulpiano; entonces uno llenaba galones, sus tres, cinco galones diarios de agua y uno de acá los cargaba hasta el ranchito donde vivía, y del Siete de Agosto, uno iba y traía agua de allá, pero los de la vía más cerquita eran los del Ulpiano que uno pasaba por allí, por un puentecito. Porque eso por donde están esas casitas era un caño, donde estaban esas casitas era un caño y ese caño salía y se encontraba con el caño que era a lo largo así, ¿no cierto? Entonces como uno no tenía paso, entonces hicieron un puentecito y por ahí uno pasaba y llenaba agua, y ya pa’ lavar uno se iba a donde los familiares que vivían en Andrés Sanín, otros que los tenían en el Siete, o otros aquí en Ulpiano (...)

(...) Porque acá no había nada de esas cosas, así pasamos llevando el agua mucho tiempo, y la energía... Al principio uno se alumbraba con mechones. Yo me acuerdo que esos mechones que uno echaba el petróleo en un tarro de leche klim y hacia el mechón, eso no, o si no con

³¹ Aceite combustible para motores.

³² Fue la persona encargada de controlar un amplio sector (aproximadamente desde 1970) que incluía a las lagunas de Charco Azul y el Pondaje, y el norte de la comuna trece, específicamente en donde se ubican en la actualidad los barrios Charco Azul, Villa del Lago, Marroquín, El Pondaje, Ricardo Balcázar, Sardi y Belisario Betancourth. Estos dos últimos barrios se consideran asentamientos informales.

velas, yo me acuerdo, y mate zancudos que daba miedo, mate zancudos, mate culebras, ¡ay, Dios mío! (...) ya esto se fue poblando, poblando, y nos dieron la energía de acá del Siete de Agosto, de Ulpiano, ya nos fueron dando energía y todo, esto se fue organizando, ahí ya más gente, y ya después uno mismo metió el agua, uno mismo metió el agua con tubos con mangueras, con todo, y esto duro así muchos años, así duramos hartos años, uy como unos, seis, siete u ocho años (...) (Migrante guapireña habitante de La Platanera, Charco Azul, cuarenta y nueve años).

Posterior a ello, los habitantes del sector agenciaron el establecimiento de un proceso organizativo del que surgieron comités de trabajo, desde los cuales se gestionó y se logró el acceso a servicios públicos de energía, acueducto y alcantarillado. Todo ello se obtuvo a partir de la realización de varias reuniones con representantes de las Empresas Municipales de Cali (Emcali) y la comunidad en las cuales se llegaron a acuerdos de cómo pagar los servicios; de esta forma se instalaron los contadores, postes y transformadores, y se adecuó un alcantarillado para el barrio. Asimismo, se gestionaron las líneas telefónicas, aunque no todos los habitantes fueron beneficiados con este último servicio.

En relación con la nominación del barrio, el nombre que recibe el sector estuvo estrechamente relacionado con el proceso de asentamiento originado a orillas de la laguna de Charco Azul³³, pues alrededor de ésta se ubicaron asentamientos que más tarde dieron origen a la consolidación del barrio.

Ahora bien, al iniciar la conformación del barrio Charco Azul, los habitantes del sector se vieron afectados en varias oportunidades por los operativos de expulsión agenciados por la policía, como una forma de represión ante la invasión de los terrenos propiedad de la familia Borrero; no obstante, ello no fue obstáculo para que se continuara con la consolidación del barrio. Luego de la situación de represión policial, a mediados de la década de los noventa, se ejecutó un proceso de legalización de los predios existentes en el sector liderado por comités organizativos, conformados principalmente por individuos, líderes de la comunidad y representantes de la Secretaría de Vivienda Municipal, para entonces Invicali³⁴.

³³ Como dato histórico se encuentra que esta laguna fue creada en 1969 como sistema de regulación de bombeo de aguas de los sectores ubicados en el suroriente de la ciudad.

³⁴ Instituto de Reforma Urbana y Vivienda del Municipio de Cali.

En este proceso se contó con el apoyo de algunos dirigentes políticos³⁵ quiénes, a cambio de apoyo electoral a sus campañas, emprendieron acciones de negociación con Invicali y los habitantes del sector para la entrega formal y legalización de los predios. El costo de los lotes oscilaba entre los quince mil y treinta y ocho mil pesos como máximo, y para acceder a éstos se tenía que dar una cuota inicial; el costo restante debía ser pagado en cánones programados. En este mismo período, se dejaron espacios para que se construyera una iglesia, un puesto de salud, guarderías y lo que hoy se conoce como Centro de Desarrollo Comunitario.

En el proceso de consolidación del barrio intervinieron también las juntas de acción comunal como una forma de participación política; ello dio lugar a la gestión de proyectos sociales y, con éstos, a la construcción de la infraestructura vial de la zona y el sellamiento de uno de los canales de aguas residuales del barrio, dado que éstos llegaron a propiciar la emergencia de problemas de salubridad y contaminación en el barrio.

En cuanto a la infraestructura vial, el barrio cuenta con la Avenida Ciudad de Cali como vía de acceso principal, con lo cual se facilita el tránsito de vehículos particulares y de servicios de transporte urbano. Una considerable proporción de las carreras y calles del barrio se encuentran pavimentadas. En relación con las rutas de transporte (que llegaron al barrio aproximadamente en el año de 1987), la *Azul Plateada* fue la primera ruta en transitar por el barrio dada su cercanía al puesto de control de dicha empresa. Paralelo a esto, en el 2011 se presentan las siguientes rutas de transporte público: Rio Cali 2 Ptar, Verde Bretaña 6, Crema y Rojo 2, Trans Urbanos 1, P14A, P24, P47A, P47B, P43, P40B, A44, T47A y T47B. Las últimas hacen parte del Masivo Integrado de Occidente (MIO).

En materia educativa, se encuentra la institución pública Humberto Jordán Mazuera que ofrece cobertura en educación preescolar, básica primaria, básica secundaria y media vocacional a los niños, niñas y adolescentes habitantes del sector. La oferta educativa en el barrio es suplida, en cierto sentido, en barrios aledaños como Villa del Lago y Ulpiano Lloreda.

³⁵ Se hace alusión específicamente al concejal conservador Humberto Pava y el Movimiento de Acción Social liderado por el señor Gustavo Balcázar Monzón, dirigente liberal de la época.

Por otro lado, aproximadamente en 1999 algunos habitantes del sector fueron beneficiados de un proyecto de mejoramiento de vivienda (agenciado por Invicali) denominado *Plan Internacional*. El plan les permitió la reestructuración de sus viviendas y la obtención de materiales como cemento, ladrillo, láminas de zinc y baldosa, entre otros (cuadro de fotografías No. 1).

En relación con los espacios comunes para los habitantes del barrio, la construcción de la iglesia (que en principio fue una choza ubicada en la parte oriente del barrio, y donde se congregaba toda la comunidad católica) emergió por las inquietudes de algunos de sus habitantes y del párroco Alcides Botero, quien aportó la imagen del Sagrado Corazón y otros elementos utilizados por la congregación católica en sus celebraciones litúrgicas.



Cuadro Fotografías No.1: Plan Internacional, mejoramiento de viviendas en Charco Azul. Fotografías tomadas por la autora (2011).

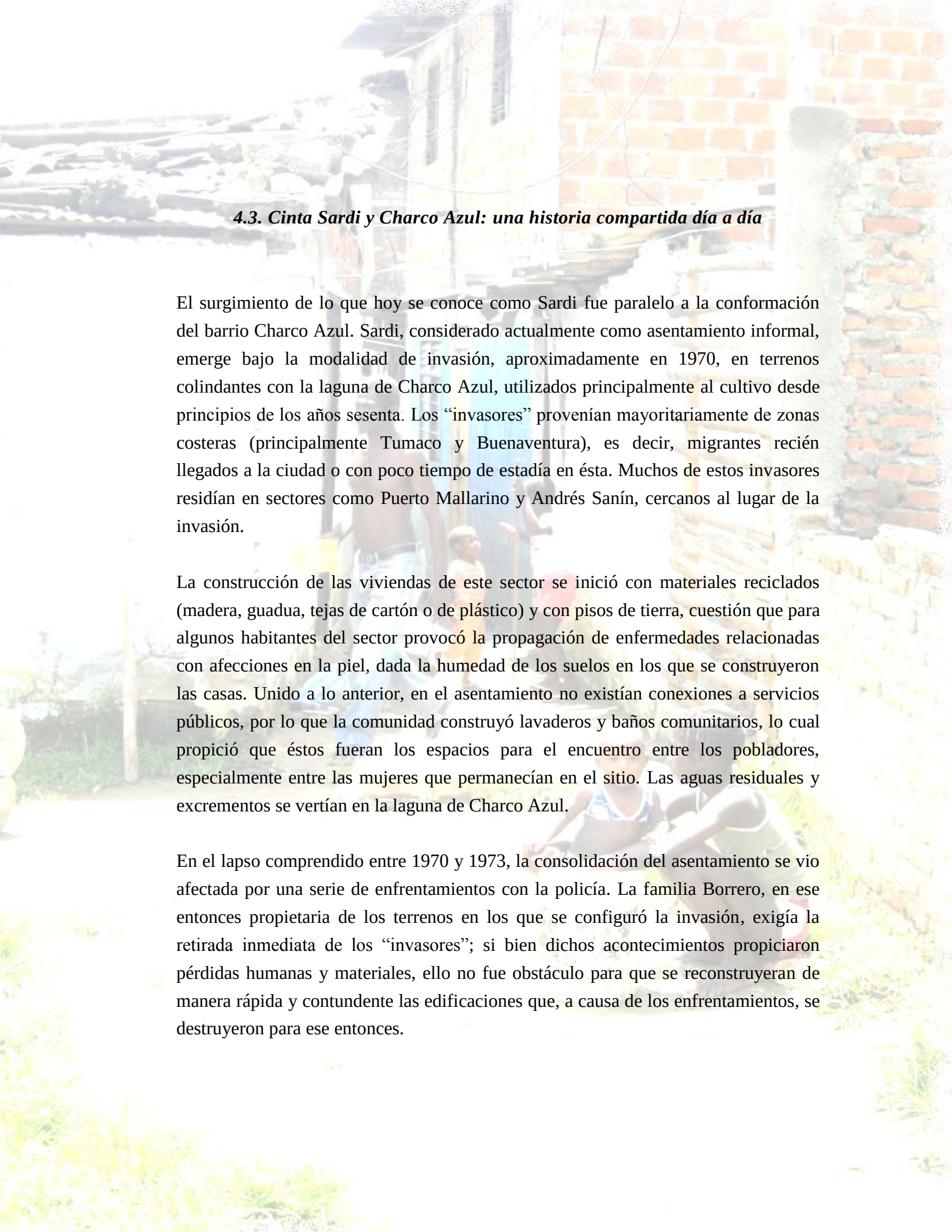
En un primer momento, existieron tensiones frente a la ocupación del espacio en donde actualmente está ubicada la iglesia del barrio, pues para algunos habitantes era primordial la ocupación de dicho espacio en pro de la construcción de un colegio que

diera cobertura a las necesidades de educación (básica primaria y secundaria) para los pobladores del sector, especialmente los niños, niñas y jóvenes; en contraste, otros habitantes planteaban que era necesario construir una iglesia para el desarrollo de las reuniones de la comunidad católica. Los argumentos de una y otra parte generaron varias disputas, lo que derivó al final en que se tuvo que acudir ante las directivas de Invalci para que en el diseño urbanístico del barrio quedara consignada la existencia de una iglesia para la congregación de creyentes católicos, lo que implicó la unión de voluntades en torno a la consecución y gestión de recursos para la edificación de una capilla que, posteriormente, se convirtió en la única iglesia católica existente en el barrio.

Paralelo a ello nació la iniciativa de construir un centro comunitario por algunas madres de familia que compartían el interés de consolidar una guardería que les permitiera salir a trabajar y, que al mismo tiempo, no privaran a sus hijos de la vigilancia y cuidado permanente de un adulto. Dicha idea fue acogida por la religiosa María Patricia, quien en ese entonces estaba a cargo de la dirección general del Hogar Infantil Personitas. De ello surgió un grupo de voluntarias que, tiempo después, recibirían una serie de capacitaciones con el fin de que aprendieran estrategias pedagógicas para el cuidado de los niños y niñas que serían vinculados a la guardería.

En el espacio que estaba junto a la iglesia del barrio Charco Azul y donde inicialmente fueron construidos tres quioscos, se encuentra en la actualidad un espacio dotado de salones múltiples que cuenta con la infraestructura necesaria para suplir las necesidades de cada uno de los programas y proyectos que operan en éste. Dicho espacio se consolidó gracias al trabajo de la comunidad y el apoyo una agencia de cooperación internacional. El sitio fue escogido para el funcionamiento de la guardería comunitaria, que tiempo después recibió apoyo logístico y técnico por parte del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Asimismo, el espacio del Centro de Desarrollo Comunitario fue aprovechado para desarrollar una serie de actividades socioculturales, en el que además se permite la presencia de programas sociales en pro de la calidad de vida de los habitantes del barrio Charco Azul, especialmente niños y adolescentes. El espacio sirve también de instalación para el restaurante comunitario del sector.

De otro lado, existen varios grupos de tercera edad (*Brillar de las Estrellas, Delegación Caleña*) que tiempo atrás no contaban con un espacio y una infraestructura adecuados para la realización de actividades lúdicas, deportivas y recreativas. Frente a este panorama, se gestionó el apoyo de la alcaldía de la ciudad para la construcción de lo que se conoce como el *tertuliadero* de la tercera edad, ubicado en la parte posterior del Centro de Desarrollo Comunitario. Este tipo de espacios han sido legitimados por la comunidad como escenarios de encuentro en los cuales se propician las actividades ludorecreativas, la charla y, en general, la puesta en escena de diferentes actividades construidas en pro del bienestar de sus habitantes.



4.3. Cinta Sardi y Charco Azul: una historia compartida día a día

El surgimiento de lo que hoy se conoce como Sardi fue paralelo a la conformación del barrio Charco Azul. Sardi, considerado actualmente como asentamiento informal, emerge bajo la modalidad de invasión, aproximadamente en 1970, en terrenos colindantes con la laguna de Charco Azul, utilizados principalmente al cultivo desde principios de los años sesenta. Los “invasores” provenían mayoritariamente de zonas costeras (principalmente Tumaco y Buenaventura), es decir, migrantes recién llegados a la ciudad o con poco tiempo de estadía en ésta. Muchos de estos invasores residían en sectores como Puerto Mallarino y Andrés Sanín, cercanos al lugar de la invasión.

La construcción de las viviendas de este sector se inició con materiales reciclados (madera, guadua, tejas de cartón o de plástico) y con pisos de tierra, cuestión que para algunos habitantes del sector provocó la propagación de enfermedades relacionadas con afecciones en la piel, dada la humedad de los suelos en los que se construyeron las casas. Unido a lo anterior, en el asentamiento no existían conexiones a servicios públicos, por lo que la comunidad construyó lavaderos y baños comunitarios, lo cual propició que éstos fueran los espacios para el encuentro entre los pobladores, especialmente entre las mujeres que permanecían en el sitio. Las aguas residuales y excrementos se vertían en la laguna de Charco Azul.

En el lapso comprendido entre 1970 y 1973, la consolidación del asentamiento se vio afectada por una serie de enfrentamientos con la policía. La familia Borrero, en ese entonces propietaria de los terrenos en los que se configuró la invasión, exigía la retirada inmediata de los “invasores”; si bien dichos acontecimientos propiciaron pérdidas humanas y materiales, ello no fue obstáculo para que se reconstruyeran de manera rápida y contundente las edificaciones que, a causa de los enfrentamientos, se destruyeron para ese entonces.

Para 1973 aproximadamente, aparece en la escena de consolidación de la invasión un dirigente político conservador y concejal de la ciudad, el señor Octavio Sardi, quien a cambio de apoyo electoral en su campaña política, logró agenciar ciertas medidas con las que se contrarrestaron las presiones policivas de las que fueron objeto los pobladores de la invasión e incluso llegó a ofrecer la reubicación de otros los pobladores (a quienes debía cumplir con deudas políticos) en este mismo espacio. Cabe anotar que lo ofrecido por el político no contemplaba la legalización de los predios, ni muchos menos de los servicios públicos. La intervención realizada por el político permitió la consolidación del asentamiento y el aumento de sus pobladores, aunque no ofreció las garantías para el acceso de éstos a unos estándares de vida mínimos.

Además de ello, a mediados de los años setenta el acceso a servicios públicos de los habitantes de Sardi se dio a través de conexiones piratas; la energía fue traída por los habitantes del sector desde el barrio Marroquín I, por medio de un cableado construido de manera ilegal y con conocimientos técnicos incipientes sobre ello. Lo anterior produjo una serie de cortos circuitos, quema de cableado, y la explotación de varios transformadores de energía que derivaron en reiterados incendios en el sector. De manera similar se obtuvo el acceso al agua desde el barrio Siete de Agosto; para ello, los pobladores del asentamiento instalaron una serie de mangueras de poliuretano a la red de acueducto de dicho barrio, lo cual fue visto por los habitantes del Siete de Agosto como un abuso, pues la presión con la que les llegaba el líquido era muy baja, lo que generó pugnas entre los pobladores de ambas zonas. En la historia de conformación de este asentamiento ocurrieron pérdidas humanas ocasionadas por una serie de incendios originados en el sector, las cuales dejaron un panorama de desolación y tristeza por lo acontecido. Al respecto, en la edición del noviembre 29 de 1997 en el periódico El Tiempo, se detallan las circunstancias en las que ocurrió un incendio devastador para los pobladores:

“En la madrugada de ayer ardieron diez casas de Cinta Sardi, sector de Charco Azul, en el oriente de Cali, donde seis miembros de una familia murieron sin lograr escapar de las llamas. Mujeres y niños fueron los principales afectados de esta tragedia. El incendio se desató a las 4:00 de la mañana de ayer en este populoso sector del oriente de Cali. Las autoridades investigan la posible intervención de manos criminales. Una explosión y los gritos de las niñas Hernández que pedían que las sacaran, sorprendieron a la población de Charco Azul, que todavía estaba dormida. Cerca de 30 personas lo perdieron todo y están a la deriva

esperando alguna solución. Algunas de ellas esperan respuesta del Gobierno municipal en el puesto de salud de esta zona del oriente de Cali”.

Todo ello implicó que los habitantes del asentamiento en ese entonces reestructuraran lo poco que les quedaba de sus “ranchos” e inclusive tuviesen que comprar enseres que se perdieron a causa del incendio, pues éste se fue aprovechado para efectuar robos; las pertenencias “rescatadas” por sus dueños fueron dejados a la intemperie, sin ningún tipo de vigilancia, con lo cual otras personas tuvieron la posibilidad de hurtarlos. Esto implicó la reestructuración de las viviendas del sector que quedaron a salvo y la obtención de los recursos materiales y económicos necesarios para ello. En este proceso, los habitantes de Sardi contaron con la colaboración de organismos gubernamentales y no gubernamentales, la Defensa Civil y la iglesia católica, desde las que se gestionaron una serie de ayudas (enseres, alimentos no perecederos, medicinas, entre otros) para las personas más afectadas por los incendios.

Por otro lado, vale la pena destacar que en Sardi se observan ciertas tendencias en cuanto a sus edificaciones se refiere. Por un lado, se visualizan viviendas construidas en cemento y ladrillo, pisos de cemento, baldosa y cerámica, y con acabados en sus fachadas; de igual manera existen viviendas cuyos materiales predominantes son madera, tejas de barro, zinc y cartones.

La organización de las viviendas está dada desde una estructura en “ele” (L); las casas están ubicadas en callejones estrechos que forman laberintos sin salida, no existen vías vehiculares, y en una considerable proporción sus calles se encuentran sin pavimentar, tal como se evidencia en las siguientes fotografías:



Cuadro Fotografías No. 2: Viviendas y calles de Cinta Sardi. Fotografías tomadas por la autora (abril de 2011)

La provisión de servicios públicos en algunas viviendas se da de forma ilegal. La recolección de basuras no se realiza en el sector, por lo que los desechos deben ser transportados hasta Charco Azul en donde tres veces por semana pasa el carro recolector de basuras.

Las calles de Cinta Sardi, como bien lo plantean Murillo y Urrea (1999) son el principal escenario de sociabilidad; en general presencian la crianza de los niños y la socialización de los jóvenes que la habitan.

Ello está directamente vinculado con el hecho de que se mantienen abiertas las puertas de las casas en el día y una parte de la noche, con personas del mismo vecindario que entran y salen. Adicionalmente, las calles del sector son el epicentro de juegos de dominó, cartas, bingo y todo tipo de acciones espontáneas de encuentros, como sentarse a conversar con los amigos, hacer bromas de los hechos cotidianos y compartir lo que la gente está viviendo. Son frecuentes las fiestas en las viviendas, como también hay participación en los bailes que se hacen en diferentes espacios abiertos o locales en el barrio y en barrios vecinos.

A modo de síntesis, en el proceso de consolidación de lo que hoy se conoce asentamiento informal Cinta Sardi, la presencia de estrategias de vinculación política o electoral de sus pobladores con algunos dirigentes políticos fue marcada, aunque ello no contribuyó a la legalización de los predios; por el contrario, posibilitó el

hacinamiento, la precariedad de sus viviendas y, en consecuencia, el detrimento de la calidad de vida de sus habitantes. No obstante, ello no fue impedimento para que la nominación del asentamiento estuviese compuesta por el primer apellido del político conservador que intervino en la escena de consolidación del asentamiento.

Desde este punto de vista, si bien las estrategias de vinculación política o electoral permitieron a los habitantes de Charco Azul y Cinta Sardi (desde su carácter eminentemente voluntario y gratuito) establecer nexos con dirigentes políticos que desde diferentes mecanismos posibilitaron que éstos logran el reconocimiento y visibilidad en la ciudad y en cierta medida, satisficieran algunas de sus necesidades básicas insatisfechas (en este caso, la adquisición de una vivienda), dichas estrategias tuvieron un trasfondo obligatorio e interesado: el tipo de prestaciones u beneficios otorgados a los pobladores de dichos sectores por parte de los dirigentes, revestidos casi siempre bajo la forma de regalo ofrecido generosamente, no obedeció a un carácter altruista; de fondo lo que existe es la obligación de retribuir, de alguna manera, los beneficios recibidos en la misma proporción que éstos fueron otorgados. De este modo, tanto pobladores como dirigentes políticos actuaron bajo una lógica de prestación-contraprestación: los primeros, con el acceso a un espacio para edificar sus viviendas; los últimos, con el incremento de sus adeptos a sus campañas políticas y electorales.

Para Mauss (1971:1120), este tipo de prestaciones son denominadas *totales*³⁶ en la medida en que comprenden no sólo la obligación de devolver los regalos o beneficios que se reciben, sino que suponen otras dos cosas importantes: por un lado, la obligación de hacer; por otro, la de devolver. De ello deviene, además, la emergencia de intercambios simbólicos y reglados, fundamentados en las posiciones que ocupan sujetos en la trama social.

Con lo anterior, se pretende evidenciar la diversidad de estrategias simbólicas y materiales en la relación con la apropiación de espacios para el desarrollo de la vida y los vínculos y redes que coexisten en éstos de manera simultánea.

³⁶ Implican intercambios no sólo de bienes materiales o de riqueza; son, fundamentalmente, intercambios de gestos de cortesía, de rituales, de fiestas, de servicios.

Las historias de conformación del barrio Charco Azul y el asentamiento Sardi se encuentran estrechamente vinculadas. Frente a ello, los procesos de legalización de predios y de servicios públicos en el caso de Charco Azul se dieron, en cierta medida, de forma más rápida dado que los terrenos en los que se consolidó el barrio tenían características que favorecieron su conexión a las redes de servicios públicos de la ciudad. De igual manera, como lo plantean Urrea y Murillo (1999) el proceso de poblamiento de Charco Azul posibilitó que éste tuviese un trazado relativamente ordenado. Asimismo, se evidencia que tanto Charco Azul como Cinta Sardi obedecen a procesos de poblamiento en los cuales se observa que migrantes del Litoral Pacífico tienen una marcada concentración poblacional en éstos, a diferencia de los pobladores que provienen de la región andina.

Por otro lado, la relación existente entre Charco Azul y Sardi excede su proximidad geográfica: comparten una historia que los conecta de manera directa con sus vivencias, sentimientos y opiniones en torno a la ocupación de terrenos, la “invasión” de éstos, las estrategias y procesos de negociación diseñados para el acceso a servicios públicos y, en cierto sentido, a un equipamiento colectivo que satisficiera necesidades sentidas por sus pobladores.

Otro factor de conexión entre Charco Azul y Sardi, desde lo propuesto por Urrea y Murillo (1999), serían las redes de parentesco entre los habitantes de ambos sectores, pues muchos habitantes de Charco Azul dieron aviso a familiares y paisanos acerca de los terrenos idóneos para ser invadidos, como una forma de ayudar a otros, además de contar con la presencia de familiares desde una mínima distancia espacial. De igual manera, antiguos pobladores de Sardi que por diferentes motivos y circunstancias lograron mejorar su posición económica y poder adquisitivo generaron cierta movilidad social que derivó en la compra de un lote o vivienda en Charco Azul, lo cual posibilitó la venta o el alquiler de su vivienda en Sardi, o la cedieran a otros familiares o paisanos en Cali.

Si bien la historia de conformación de Sardi estuvo enmarcada en la “invasión” de una zona colindante con una laguna (por lo que las inundaciones estaban a la orden del día), además de que el acceso a servicios públicos siempre ha estado limitado, el

barrio Charco Azul se configuró como “invasión” que tiempo después legalizó sus predios y accedió a las condiciones mínimas de un proceso de urbanización. No obstante, las notables diferencias en las infraestructuras físicas (especialmente en la cobertura de servicios públicos y equipamiento colectivo) y el tipo de legalidad y nominación que posee Sardi y Charco Azul ante entidades de regulación urbanística y de ocupación urbana, no alejan a estos dos sectores de problemas comunes (delincuencia, consumo de sustancias psicoactivas, empobrecimiento económico), lo que ha producido ciertos procesos de estigmatización bajo los cuales Charco Azul y Sardi son vistos como un mismo asentamiento. Dado que no existen límites entre estos dos barrios, el sector se piensa como “peligroso”, pues cobija un sin número de delincuentes y pandillas (Urrea y Murillo, 1999).

Respecto a este último aspecto, en el barrio Charco Azul:

“(…) Existe la calle caliente campeona de la violencia. Allí no se puede dormir. No dejan los pasos, carreras, gritos, balaceras. Al otro día, la gente se levanta a averiguar qué fue lo que pasó y muchas veces ve las huellas de la sangre, pero nunca se sabe. Lo cuentan varios vecinos anónimos, que están cansados de tanto miedo y silencio. Hablan de esa calle larga, de más de 200 metros, pavimentada. De día siempre hay alboroto y los viernes la música se oye más duro. Muchos sacan su tocadiscos a la puerta. En medio del ruido y del gentío hay voces y juegos infantiles. Y muchas riñas, pero nadie se mete en lo que no le corresponde. Esa calle figura entre las historias que sufren a diario los habitantes del sector conocido como Charco Azul. En realidad, Charco Azul es una parte del sector y resulta afectado por lo que ocurre en sitios vecinos como La Pajarera o la invasión Sardi” (“El miedo se anida en Charco Azul”, artículo publicado en el periódico El Tiempo, 9 de agosto de 1998).

En dicha publicación, se advierte que paralelo a la situación de violencia que emerge en el barrio, se han consolidado al menos tres pandillas que reúnen a más de cien integrantes, en su mayoría menores de edad. Una es conocida como la de la Torre, porque se reúnen cerca de una torre de energía de la calle 73, al lado del control de buses de la empresa *Azul Plateada*. En esta pandilla, la más numerosa (unos 60 integrantes aproximadamente), hay niños de 7 y 8 años que sirven de “campaneros”³⁷. También se encuentran vinculadas mujeres adolescentes, que son usadas como “gancho” para atraer potenciales víctimas.

³⁷ Personas que operan como informantes en el desarrollo de actividades delincuenciales, encargadas de brindar información acerca de circunstancias que puedan comprometer el adecuado desarrollo de actos delincuenciales.

La misma publicación se refiere a otra pandilla conocida como *Los Rapados*, por el estilo de corte de pelo de sus integrantes con el aparente fin de complicar su identificación. La pandilla cobra una “cuota” de la cual obtiene sus ingresos, con la cual pueden estafar a vecinos de la región. Se cita el caso de un vendedor ambulante que ya había sido herido en un atraco y que tuvo que abandonar la zona por no poder pagar la cuota mensual. Una tercera pandilla es integrada por adolescentes que visten en forma similar: jeans anchos, camisetas largas, blancas de día y oscuras en la noche. Muchas veces llevan doble camiseta a la hora de sus asaltos y cuando aparece la Policía se quitan la que visten encima.

Frente a este panorama y al indagar la percepción de futuro y las condiciones desfavorables que tienen los habitantes Charco Azul y Cinta Sardi, se evidencia lo siguiente:

“(...) Mira que es mi barrio amado yo lo quiero porque pues me crié, ¿no? En parte he vivido buen tiempo aquí, y mis hijos pues, pero mira que yo no le veo como si uno aquí también fuera a tener un futuro, ¿me entendés? Que, pongamos, hay muchas cosas que uno pues, pongamos, como Soñadores³⁸ pongamos, que Soñadores estuvo acá y los niños estuvieron ahí y aprendieron muchas cosas y a ellos se les abrieron muchas cosas también, pero sí, bueno, eso sucedió aquí en este barrio, y ellos de Soñadores yo sé que aprendieron muchas cosas, a ellos se les abrieron muchas puertas, sí, y eso es lo único que yo puedo ver de futuro para ellos, lo que aprendieron ahí, que se les abrieron mucha puertas fuera de aquí del barrio... Pero, el resto de aquí del barrio no (...) Aquí en este barrio hay mucha desunión, y este barrio no va a salir adelante por esa desunión, empezando donde la gente de la junta, cuando necesitan a la comunidad, pa’ ellos subir allá a los puestos que ellos quieran, pa’ eso mejor dicho... Pero cuando ellos ya están allá, ellos no hacen por el barrio, ellos hacen es por conseguir pa’ ellos, vivir pa’ su bienestar pa’ ellos, más ellos no hacen por el barrio. Entonces por eso es que yo choco con muchos de aquí del barrio, es por eso, yo sí choco (...) (migrante guapireña, cuarenta y nueve años, habitante de La Platanera, Charco Azul).

“Lo más malo de lo que hay es lo de los raponeritos, que ya ahora no le tiran a los que son extraños, sino que a los mismos de aquí, porque ya no saben a quién le tiran... Eso sí, sí, porque ratero, porque los rateros buscan donde hay, y los raponeros viven donde no hay. ¿No ve que la rata anda es en el basurero, buscando que grano de arroz podrido consigue por ahí? Eso es lo que a ellos les gusta, acá esos... Aquí en Charco Azul no hay seguridad, aquí no hay seguridad, cuando uno oye es que pin, pin, bueno” (Migrante guapireña, sesenta y dos años de edad, habitante de La Platanera, Charco Azul).

³⁸ Programa del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar que desde el 2005 hasta el 2010 trabajó en el sector con el objetivo de mejorar la calidad de vida tanto de los niños y adolescentes en situación de vida en calle, como de sus familias, a través de la restitución de sus derechos y de su participación activa en procesos de protección integral y desarrollo local.

Como bien lo plantea Osorio et al (2002), la configuración del tejido socio-territorial emergente en Charco Azul y Cinta Sardi alude en dichos contextos barriales a las relaciones de afectación, lazos de confianza, solidaridad y poder existentes, caracterizadas por su debilidad en términos de la primacía del sentido individualista; en palabras de Garay (2002), lo anterior se debe a la precaria convivencia ciudadana, a la pérdida de confianza y a la exclusión social.

Con base en esta breve acotación, y de acuerdo con Osorio et al (2002) citando a Berger y Luckman (1999), la configuración del territorio y del espacio social donde las personas desarrollan su vida cotidiana imprime sentido a la vida social de éstas, quienes con sus actuaciones le dan uso al espacio público y le dan significado a la actividad individual y comunitaria; visto así, la vida cotidiana se entiende como una realidad compartida con otros, articulada a partir de interacciones cotidianas. Asimismo, se entiende que el contexto sociocultural es un referente permanente en las diferentes modalidades de ocupación de los territorios, así como en las expresiones simbólicas y significativas con las que interactúan hombres y mujeres en la sociedad de hoy.

En este sentido, la configuración socio-territorial de Cinta Sardi y Charco Azul se ha construido a través de manifestaciones de contacto y de diferenciación con el otro; en el devenir histórico de este barrio y asentamiento coexisten aspectos de una historia de luchas, aprendizajes y relaciones compartidas en pro de la calidad de vida de sus habitantes. No obstante, se aprecian interacciones en las que están implicadas las diferencias entre sus pobladores, los cuales simultáneamente se acercan y distancian.

4.4. La laguna de Charco Azul: entre el mito y la realidad

Desde que se inició el proceso de poblamiento del área adyacente de la laguna de Charco Azul, han emergido una serie de historias y relatos que dan cuenta de la imaginación y vivencia de sus pobladores ante la existencia de un monstruo en la laguna. Los relatos de algunos pobladores anuncian un fabuloso monstruo, similar a una gran culebra eléctrica o a un gigantesco pulpo que dejaba en sus víctimas dos mordeduras y hematomas visibles en cuello y piernas. Asimismo, se planteaba la existencia de una hermosa mujer que deambulaba en horas de la noche por el barrio para capturar a hombres desprevenidos que estuviesen cerca a las orillas de la laguna; los seducía y les atraía hacia ella con el único propósito de arrancarles los genitales. Sin embargo, los cuerpos de personas ahogadas en la laguna se encontraban encogidos y sin indicios de ahogamiento; estaban disecados en lugar de estar hinchados por la ingesta de agua. Las víctimas, ya sea de la mujer que habitaba el pantano o de los otros monstruos de la laguna, no eran habitantes del barrio sino gente foránea, quienes muy seguramente tenían personas allegadas en el sector. En contraste, para otros habitantes, los únicos hechos verídicos estaban asociados a la muerte de aproximadamente sesenta y ocho personas, en su mayoría hombres y niños.

Laguna y mito³⁹ se entrelazan en discursos colectivos, con lo que posibilita el surgimiento de imaginarios, de tertulias entre vecinos. De acuerdo con Vanin et al (1999), ello puede estar asociado a la presencia de visiones en el barrio que se reducen y se concentran en la laguna, como una huella de naturaleza en este espacio. Esta interpretación emerge del sentido otorgado por habitantes del Litoral Pacífico y de la selva, según quienes las visiones desaparecen a medida que avanzan las grandes plantaciones, la tala de árboles, el trazado de caminos con bulldozer y, en general, la urbanización.

³⁹ Para Mauss (1976) con este término se hace alusión al surgimiento de historias que tratan de explicar la emergencia de ciertos acontecimientos en cierta medida incomprensibles, protagonizados por seres sobrenaturales o extraordinarios. El mito consiste siempre en el relato de una “creación”; se relata el surgimiento de algo, cómo se efectuó, cómo comenzó a ser. Su función es otorgar un respaldo narrativo a las creencias fundamentales de las comunidades. Sin embargo, como bien lo señalan Sánchez y Escobar (2009:171), en ciertos contextos la palabra mito se ha cargado de un significado peyorativo, pues se le asigna el significado de creencia falsa o de relato cuya finalidad es convencer distorsionando la realidad.

No obstante, como bien señala Páramo (1989:51), las "experiencias" míticas están siempre a medio camino entre el mundo del sueño y el de la realidad objetiva. Como ocurre en los sueños, en el pensamiento mítico las representaciones se interpenetran: no hay fronteras claras entre la vigilia y el sueño, entre la vida y la muerte. En consecuencia, en los mitos puede ocurrir que, al lado de pasajes incongruentes, haya pasajes congruentes con plena capacidad asertórica; pasajes no triviales. Este mismo autor (citando a Cassirer), invita a interpretar esa interpenetración de contenidos como "simbólica" y a buscar un sentido escondido detrás de lo que el mito dice. El mito se ve entonces como misterio; sus verdaderos significados parecen estar en lo que oculta, no en lo que revela. Así, con frecuencia se ha buscado la interpretación de los fenómenos míticos en su relación con algo distinto de ellos, en la alegoría.

Los muertos encontrados en la Laguna de Charco Azul correspondieron con un período de violencia en la ciudad, estrechamente vinculado con el poder y conflictos del narcotráfico (el cartel de Cali en dicha época). Los cadáveres encontrados fueron en realidad víctimas de la violencia tirados a la laguna durante varios años. Los "monstruos" que habitaban la laguna se constituyeron entonces en una defensa formada en el imaginario de los habitantes del barrio frente a los asesinatos en serie y cadáveres abandonados en este lugar.

Respecto a ello, una migrante bonaverense habitante de Cinta Sardi, refirió lo siguiente:

"Yo nunca fui a bañar por allá [refiriéndose a la laguna]. Que si sacaron muertos de ahí, sí, pero yo nunca me llegué a meter ahí... A raíz de lo que escuché nunca me metí... Vea, bastante gente mataron en esa laguna, tanto hombres como mujeres y niños que sacaron de ahí ahogaos. El último niño que sacaron de ahí tuvieron que sacarlo en una chuspa porque se le desbaratada la pielecita, así, solita. Estuvo mucho tiempo ahí en el agua, ya estaba casi que deshecho. A los tres días sacaron también a un señor que lo habían machetiado, que lo habían cogido, mejor dicho... Y lo habían tirado ahí, y mi marido, que en ese tiempo estaba aquí, fue que se metió allá y lo sacaron y lo echaron en el puente y con una manguera lo bañaron, lo lavaron y se le veían esas heridas así, todo cortado, así como si fueran salpresado un animal, horrible..."

Retomando lo planteado por Páramo (1989:51), el mito (en este caso sobre la Laguna de Charco Azul) emerge como un lenguaje de signos a través de los cuales se manifiestan alegatos a los derechos y al estatus de los habitantes de Charco Azul,

Cinta Sardi y sectores aledaños, estigmatizados por las problemáticas de violencia, exclusión social y empobrecimiento económico.

Dicho lenguaje se asocia a la discusión; el lenguaje de los mitos, como sistema de ideas, no se construye a partir de reglas o testimonios históricos unánimes, sino que en éste confluyen diversas versiones (coherentes, incoherentes, subjetivas, objetivas) que giran en torno a la comprensión de lo incomprensible o doloroso.

De otro lado, el agua se constituye en un elemento natural apreciado por ciertas visiones, lo que se podría entender desde la metonimia⁴⁰ (el pantano, como universo de las visiones del Litoral Pacífico especialmente). El monstruo sería menos urbano que étnico: la mujer del pantano representaría una memoria étnica o regional, *residual*, de los negros del Pacífico, asociándola con un rastro ecológico y provisional. Ello estaría asociado a la configuración de una figura territorial: la laguna de Charco azul se presenta con un ícono de reconocimiento e identificación para sus pobladores y puede dar cuenta de la emergencia de lazos territoriales, es decir, de sentidos de apropiación o aceptación, de agrado y hasta afecto por el territorio circundante (topofilia). No obstante, como bien lo plantea Quezada (2007), dicha figura territorial puede representar a su vez sentimientos de rechazo o desagrado por los vínculos que se establecen directamente con el espacio territorial y todo lo que hay en él, aunque ello no es obstáculo para la construcción de sentido de pertenencia e identidad frente al territorio, es decir, una identidad socioterritorial.

De igual manera, la laguna de Charco Azul no sólo se constituye como una unidad de representación desde el punto de vista geográfico para los pobladores y agentes externos del sector, sino que se concreta desde el punto de vista histórico, con la conformación y consolidación del asentamiento y sus habitantes como tal; ello se evidencia en las formas de nominación y representación que éstos acogen en su cotidianidad. Al respecto, Vanin et al (1999:17) destacan lo siguiente:

⁴⁰ Con dicha noción se hace alusión a una de las formas de semantización del territorio propuestas por José Luis García (1976), quien refiere que lo metonímico se define desde los significados del espacio que se dan en una estructura contextual, en un tiempo diacrónico. Por tanto, lo metonímico no sólo considera elementos del código social desde el que se denotan los espacios, sino que da cuenta del conjunto de relaciones que se establecen con los términos contextuales con que se combina.

“..El río, como unidad de asentamiento, sigue marcando la vida. Fue así como un día, siguiendo la pista de emigrantes en Aguablanca, descubrieron que si bien en circunstancias diferentes y bajo la presión del espacio y ahora la marginalidad urbana, en el sector de Charco Azul, poblado por gente del Pacífico, las casas se alineaban a lo largo del caño, como este si fuera el río dejado atrás...”

En este sentido, la laguna es la referencia simbólica de identidad de los individuos y de los grupos que viven en sus orillas (Oslender, 1999:35) de tal manera que se recrea una identificación hacia un espacio; no importa qué problemas internos tengan, hacia el exterior son pertenecientes a la laguna de Charco Azul.

Igualmente, se plantea que la laguna como referencia simbólica permite la emergencia de ciertas diferencias respecto a otros asentamientos y ciertas estigmatizaciones que van en detrimento de los pobladores del sector.

Siguiendo la perspectiva de análisis propuesta por Vanin et al (1999:25), no se podría plantear que las visiones míticas mueren porque su medio natural tiende a desaparecer; por el contrario, los espíritus migran también en la medida en que la imaginación urbana los solicite a su vez. En términos territoriales, se plantearía entonces que los pobladores de estos barrios llegan con una historia incorporada, repertorios de actuación previamente legitimados, lo cual les permite relacionarse de manera más o menos diferencial en los espacios a que éstos llegan. De ahí que en el contexto de la ciudad los pobladores resignifiquen ciertos usos y prácticas de manejo territorial asociadas a sus lugares de origen.

Además de esto, como ejemplo se podrían citar la consolidación de cultivos que se ubican en pequeños espacios que van desde solares o patios de las casas o propiedades hasta huertos comunitarios como una forma de acceder a recursos económicos y la satisfacción de necesidades alimentarias; de ello se infiere la significación que adquiere el espacio urbano para sus pobladores. En éste no sólo se resuelve la estructura física de sus casas, por el contrario, se accede a un recurso natural (la tierra) indispensable para garantizar de alguna manera la producción de alimentos que suplan necesidades de alimentación e, inclusive, para devengar dinero.

Retomando lo propuesto por Páramo (1989:62) los mitos son referentes de identidad socioterritorial en tanto que describen, de un lado, las condiciones de vida de sus pobladores, las esperanzas y temores de varias generaciones de habitantes, y de otro, las construcciones de sentido de éstos, frente a los eventos inexplicables, y la estigmatización de la que han sido portadores.

De igual manera, como bien lo señalan Sánchez y Escobar (2009:177) los mitos en general definen relaciones, establecen modos de actuar e interpretar, suministrando premisas básicas al señalar lo permitido, lo aceptado, lo rechazado, lo deseable, lo esperado. A través del mito se transmiten y se fijan reglas que prefiguran formas de “ser” y “hacer”, de relacionarse con los otros y con el mundo. Así pues, el mito de la laguna es una carta geográfica relatada, pues se plasman y evocan los paisajes circundantes a ésta, siendo capaz de describir y explicar cada detalle, las relaciones entre habitantes, los colores, especies silvestres, e incluso, los olores de la laguna (Páramo, 1989).

Si bien Charco Azul y Cinta Sardi son un claro ejemplo de cómo se han configurado poco a poco los territorios “desde abajo”, otro de los ejemplos evidentes y paradigmáticos nos lo presenta el Barrio Mójica II y el asentamiento Colonia Nariñense, cuyos procesos de consolidación, aunque con marcadas diferencias históricas, se presentan en la coyuntura de estrategias del gobierno municipal para incidir en la superación de la problemática de vivienda de interés social en la ciudad.

4.5. Entre reubicados y autoconstructores se consolidó el barrio Mójica II⁴¹

Aproximadamente en el año de 1986, llegaron los primeros pobladores provenientes principalmente del Cauca, Nariño y el Pacífico Colombiano al barrio Mójica II. En su mayoría, fueron personas reubicadas y trasladadas de otros sectores de la ciudad tales como los Andes, la parte alta del Bosque Municipal al oeste de la ciudad, las laderas del control de la Verde Plateada sobre la avenida Simón Bolívar, Pueblo Joven, El Valladito, Cinta Larga, los asentamientos de La Paz que estaban sobre la orilla del canal oriental hacia el Retiro, los barrios El Vergel, Alfonso Bonilla Aragón, Siloé, El Retiro, El Poblado y la Cinta de Navarro.

La transacción se dio a través de Invicali, entidad gubernamental que en esa época accedió y compró los terrenos a la familia Mójica, personas muy adineradas de la región, dedicadas principalmente a la producción agrícola y al manejo de haciendas; tiempo atrás, en los terrenos comprados por Invicali, existían diversidad de sembrados, entre ellos de arroz, algodón, soya y millo, así como fincas de cacao.

El origen del barrio Mójica II estuvo marcado por condiciones desfavorables para la supervivencia de sus habitantes. Al respecto, un habitante y líder comunitario del barrio expresa lo siguiente:

“(...) El barrio ya estaba diseñado, pero no existían las comodidades que hay hoy en día, porque nosotros recibimos un barrio sin agua y sin luz, sin servicios públicos perdón. Prácticamente, la Secretaria de Vivienda (que anteriormente se llamaba Sociedad Pro-Vivienda El Bosque), cuando entregaron a Mójica, la Unión en el año sesenta, después pasó a ser la razón social Invicali, después se cambió de razón social y en este momento la conocemos como Secretaria de Vivienda... Bueno, el barrio nos lo entregaron sin agua y sin luz, sin servicios públicos. Yo llegué aquí, fui fundador del sector, apena’ se había entregado Mójica Visa segunda etapa. En aquel tiempo no existía la ciudad de Cali, no existía ni la troncal de Aguablanca; era un barrio completamente, era un hueco, y nosotros lo llenamos a punta de volquetas con tierra, nosotros la comprábamos y la hacíamos vaciar. Era inhumano la forma de vivir aquí, porque el zancudo aquí lo levantaba a uno, lagunas, que dejó las reservas de Invicali de los lotes vacíos, donde está la iglesia católica, donde está la Niño Jesús de Atocha, que es un colegio, y muchos sectores que dejaron aquí por urbanizar, y

⁴¹ Reubicados y autoconstructores, se constituyen como categorías de análisis que dan cuenta de las formas de construcción de territorios, a partir, de la apropiación de espacios sociales y con ello, los significados y vivencias que sus habitantes construyen frente a éstos.

resulta de que eso, había muchas epidemias por los zancudos y por las lagunas, que sonaban los sapos y todo eso de noche (...) Era completamente difícil la entrada a Mójica, cuando llovía, bueno estando una vez en reunión aquí, y yo me pase aquí al barrio, por ahí en el noventa y había ahí por donde hay un sector de la mata de guadua, así se conocía anteriormente, hoy se conoce como el barrio Chino (...)” (líder comunitario, habitante del barrio Mójica II, sesenta y dos años).

Dada la ausencia de servicios públicos, especialmente de agua y alcantarillado en el barrio, existían letrinas; el agua era trasladada desde el barrio Poblado II o de los sembrados cercanos, y la energía era tomada ilegalmente del mismo barrio. El barrio quedaba a mucha distancia del centro de la ciudad y al principio sólo existía la vía a Navarro.

Los terrenos entregados por Invicali, no contaban con servicios públicos domiciliarios ni con infraestructura vial, lo que implicó a sus pobladores realizar diversas labores para rellenar los terrenos y, posteriormente, edificar sus viviendas. Frente a ello, encontramos los siguientes testimonios referidos por habitantes del barrio Mójica II:

“(...) De este barrio recuerdo que acá no habían rutas de buses, no había energía, alcantarillado, no había acueducto. Eh... nos metimos, se fue colocando por autoconstrucción, no había aquí a continuación donde se ve ese espacio de los árboles. Eh... luego se fue poblando y no existía este sector de acá, lo que es este Mójica, hacia abajo no existía, teníamos cultivos de soya, de aquí a dónde está la caseta comunal, hacia donde queda el puente que divide entre Mójica y el Poblado, hasta allá llegaba Mójica, luego se fue poblando y, lógico, fuimos haciendo los alcantarillados, por autoconstrucción. Nos tocaba traer la energía de abajo, cerca a Bonilla Aragón, lo que era la energía y el agua. Esto era una laguna, donde sacaban hasta pescaditos pequeñitos para vender en acuarios, sí, eso lo venían a pescar, y eso se fue rellenando. Los fuimos rellenando con Lucidia Toro, ella era una líder de Emcali, ella trabajaba en Emcali, y vivía en el Poblado, ella ya falleció, y con ella se trajo cualquier cantidad de escombros para rellenar lo que fue la laguna, y de ahí surgió la zona verde para ese sector (...)” (líder comunitario, habitante Mójica II, cincuenta y dos años).

“Esto cuando llovía era algo aterrador, porque esto era un barrial que le llegaba hasta por aquí (señalando las rodillas). Uno pa’ irse a trabajar tenía que llevar dos pares de zapatos, el que salía de aquí hasta donde iba a coger el bus, y allá tenía que quitarse esos zapatos embarrados y ponerse otros, y dejarlos donde alguna vecina. ‘Ay, vecina, guárdeme estos zapatos para cuando vuelva a salir’. Eso era bastante, era terrible, porque la salida siempre era por acá, o sino por acá, por ahí (...)” (migrante nariñense, proveniente de Magüi-Payán, cuarenta y ocho años).

El barrio Mójica II surgió entonces como un proyecto de mejoramiento a la problemática de vivienda de interés social en la ciudad. Mediante un convenio institucional que se realizó aproximadamente en 1985, se designaron cuatrocientos veinticinco lotes en la urbanización Mójica II para el reasentamiento de familias provenientes de otros sectores de la ciudad, caracterizados por la ocupación ilegal de terrenos en condiciones de salubridad muy precarias. A continuación un relato de la situación experimentada por los pobladores del barrio en dicha época:

“ (...) Esto era monte y como en una forma de chantaje, o sea, que para entregarle el lotecito a uno, esto no era un regalo, había que pagarlo. Pero había que coger machete y limpiar el pedazo que le daban a uno, los cuatro metros por quince de fondo. Había que limpiarlo para que se lo pudieran adjudicar a uno; eso lo vimos como un abuso, pero como necesitábamos... Yo era una madre soltera en ese tiempo, con cuatros hijos no podía ponerme a exigir, tenía que someterme a eso, pero este barrio empezó en muy, muy malas condiciones. Como le digo, no había alcantarilla, no había forma de meter un baño, un sanitario, de colocar una ducha, nos tocaba caminar como unas diez cuadras para traer un baldecito de agua, y con eso bañar los muchachos, bañarse uno, cocinar. Con ayuda pues de los vecinos hicimos como la especie de una junta, y nos organizamos, y metimos una manguera negra grande, y trajimos agua, compramos la posesión a un señor de acá, como unas diez cuadras atrás, la posición la trajimos y hicimos como una recámara, una especie de una tina. Entonces ya nos quedaba más cerca, y lavábamos, nos bañábamos, era como se dice la fuente de donde cogíamos el agua. Pero no teníamos energía, eso era feo, esto era muy feo... Y había mucha violación, se metían a violar a las personas, pues, que vivían solas en las casas a las mujeres, se metían a violarlas... Mucho robo, mucha matanza (...)” (migrante tumaqueña, habitante de Mójica II, cincuenta y tres años de edad).

La entrega de lotes se hizo bajo la modalidad de ahorro programado, siendo cincuenta mil pesos la cuota mínima para el acceso a éstos. El área promedio de los lotes entregados fue de cuatro metros de largo por quince metros de profundidad. En este marco, se evidenció el surgimiento de consideraciones legales, lo cual implicó un reconocimiento de los derechos de los ciudadanos en estrecha vinculación con el Estado, y políticas municipales relacionadas con la oferta de proyectos de vivienda de interés social, además de las obligaciones inherentes a los derechos adquiridos.

Desde lo referido por algunos habitantes del barrio, las condiciones en las que fueron entregados los terrenos no fueron las ideales; debían realizar actividades de limpieza de los lotes y acceder a servicios públicos desde sectores aledaños, pues no contaban con ellos. Lo anterior evidencia que, si bien la entrega de lotes se constituyó como una medida que le dio la posibilidad a muchas familias de acceder a una vivienda

legalizada, tal posibilidad no contaba con las condiciones mínimas para el desarrollo de la vida, es decir, el acceso a servicios públicos y a un equipamiento colectivo (escuelas, espacios deportivos, de recreación).

Frente a este panorama y desde la iniciativa de los habitantes de Mójica II, se consolidó un convenio con entidades gubernamentales denominado *Vivienda de Interés Social por Autogestión Asociativa (VISAA)*. De ello viene el proceso de autoconstrucción⁴² agenciado por los habitantes del barrio, que dio cuenta de la organización y capacitación para el trabajo. Por cada calle, los pobladores eligieron un comité de autoconstrucción encargado de asumir la vocería durante el desarrollo de las obras, además de ser veedores durante el suministro de los materiales de construcción.

Al respecto se refiere:

“Aquí el único que nos regaló, a mí personalmente, me regaló unos trescientos tubos, fue el padre Nacho. Fue el padre Nacho que nos regaló una tubería y tuvimos que ir a traer allá a continuación de la Universidad del Valle. El municipio nos prestó la cama baja, nosotros conseguimos el combustible, y así fue que trajimos la tubería (...)” (líder comunitario del barrio Mójica II, cincuenta y dos años).

Así, se ponen de manifiesto las labores de gestión y organización, es decir, los procesos de interacción social y dinámicas emprendidas por los habitantes del sector en pro de la construcción de sus viviendas y de un equipamiento colectivo.

La construcción del barrio emergió en una dinámica particular y heterogénea respecto al proceso de poblamiento experimentado en la ciudad y a las especificidades de otros sectores de ésta. La vida cotidiana se constituyó entonces como el resultado de múltiples realidades que configuran a su vez una realidad colectiva-pública, en la cual se comparten espacios y tiempos consolidados alrededor de la sobrevivencia y el establecimiento de unas condiciones de vida (más o menos) adecuadas a las necesidades humanas y a las exigencias del contexto social donde se vivía para dicha época (Osorio et al, 2002).

⁴² Como bien se menciona en el informe final “La casa de Justicia: un referente simbólico para la movilización de imaginarios de convivencia democrática comuna cinco Manizales” de Osorio et al (2002), los procesos de autoconstrucción de vivienda superaron la planeación inmediata y de corto plazo e incorporaron la racionalidad de la planeación a largo plazo.

Ahora bien, es pertinente delinear el proceso agenciado desde los Comités de Autoconstrucción del barrio Mójica II. Para ello, se debe mencionar los comités estaban conformados por hombres y mujeres, con o sin experiencia en construcción, lo cual no fue un impedimento para aportar la construcción del barrio. Dichos comités fueron el eje central en la obra: definían rutinas de trabajo, el orden en la entrega de materiales, se encargaban de distribuir y hacer seguimiento semanal a todas las solicitudes de materiales, además de vigilar la calidad de los mismos. Quien no trabajasen en dichas obras, debían asumir el costo monetario de una jornada laboral como forma de compensación.

El tiempo promedio de autoconstrucción fue de cinco meses y los avances no fueron iguales en todos los casos. No obstante, la mayoría de los pobladores terminó la cimentación y el techo de sus viviendas. El resto de la infraestructura de la vivienda dependió de la capacidad económica de sus propietarios y del referente de éstos sobre las mismas. Los materiales utilizados fueron cemento, arena, eternit, madera, ladrillo.

En relación con el acceso legal a los servicios públicos, específicamente al servicio de acueducto y alcantarillado, se realizó un “convenio social” con las Empresas Municipales (Emcali) que consistía en embargar la mitad del barrio como garantía para cubrir la totalidad de los costos de las obras necesarias para la construcción del alcantarillado. En consecuencia, la comunidad del sector debía pagar ciertos cánones incluidos en las facturas de servicios prestados por las empresas municipales.

En cuanto a la presencia de planteles educativos en el barrio, es preciso mencionar que las siguientes instituciones públicas: Escuela Miguel de Pombo, Institución Educativa Técnico Industrial Carlos Holguín Mallarino, y el colegio Niño Jesús de Atocha, las cuales atienden gran parte de la demanda educativa de los habitantes del barrio. Entre las instituciones no oficiales está el Colegio Nacederos, que oferta los niveles educativos de preescolar, básica primaria y secundaria.

Aproximadamente en el año 1992, los habitantes de Mójica II gestionaron la apertura del primer puesto de salud en el sector llamado *Azul Plateada* el cual, según la reseña publicada en el periódico El Tiempo en la edición del 2 de mayo de ese mismo año, contaba con consultorios médicos, odontológicos, sala de inyectología, sala de enfermería y salón de espera, y prestaría el servicio asistencial de lunes a sábado con precios módicos.

Dicho centro beneficiaría por lo menos a veinte mil familias y fue inaugurado por exalcalde Germán Villegas, Rodrigo Guerrero, el exgobernador Luis Fernando Cruz y directivos de la empresa de buses Azul Plateada, constituyéndose como una medida para facilitar el acceso al servicio de salud y apostar al mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes del barrio.

El siguiente testimonio puede ayudar a contextualizar los inicios del hospital:

“(…) Mire la historia del Duarte Cancino. Eh, hace por ahí unos dieciocho, diecisiete años, vino el doctor Gaviria, que era el presidente. Allí nosotros le decíamos polvo rojo porque era una cancha grandota donde habían aplanado, sí, habían hecho una aplanada ahí, y entonces a eso le llamábamos polvo rojo era porque ahí era la cancha donde nosotros jugábamos fútbol, ahí aterrizó el helicóptero ese donde venía el doctor Gaviria, y yo recogí una chuspita del suelo de esas en las que echaban el arroz antes que no eran plásticas sino de papel pergamino, de ese papel recogí esa chuspita y le dije doctor: ‘vea, esto es lo que yo necesito pa’ desembotellar el distrito de Aguablanca. ¿Ve está línea de tal parte a tal parte, y esto aquí así? Porque estos eran humedales’. Dijo: ‘de los pequeños humildes salen las grandes ideas’. Listo Medellín, se hizo la troncal de Aguablanca, y hoy en día los que se dan pecho y lujo son los demás, y yo diseñé la ciudad de Cali, y la troncal de Aguablanca...” (Líder comunitario, Vicepresidente de la Junta de Acción Comunal del barrio Mójica II, sesenta y dos años de edad, ebanista).

El Hospital Isaías Duarte Cancino⁴³ fue pensado en un principio como un centro de atención materno infantil que brindaría sus servicios especializados a la población habitante de la franja oriental de la ciudad y del suroccidente colombiano. Su proceso de construcción comenzó aproximadamente en el año de 1997, pero no fue hasta el 1 de Noviembre del 2003 que abrió sus puertas a la comunidad para responder a necesidades sanitarias y epidemiológicas, ofertando servicios de salud y desarrollo social en sus áreas de influencia, las comunas 7, 13, 14, 15, 16 y 21. Para 2003, el Hospital se transformó en una Empresa Social del Estado (ESE), que presta los siguientes servicios de mediana y alta complejidad: consulta externa, cirugías y urgencias ambulatorias, ayudas diagnosticas, entre otros.

En 1987 aproximadamente, aparecieron las primeras rutas de transporte público de las que se beneficiaron los habitantes del barrio Mójica II; primero fue la *Azul Crema*, luego la *Papagayo Nueve*, y así llegaron otras rutas de transporte. Todo ello,

⁴³ La nominación de este hospital se da en homenaje a Monseñor y arzobispo de la Arquidiócesis de Cali, Isaías Duarte Cancino (Q.E.P.D), quien desde su nombramiento como Arzobispo de la ciudad en 1995 trabajó en el sector de Aguablanca hasta su fallecimiento el 17 de marzo de 2002.

impulsado por la construcción de la avenida Ciudad de Cali y la Troncal de Aguablanca como las principales obras de infraestructura que beneficiaron al barrio, además de conectarlo con el resto de la ciudad. A la fecha (2011) en el barrio transitan las siguientes rutas de transporte: Montebello 1S, 2S, 3, 3S, Villanueva 1, Verde Breña 6 y 7, Azul Crema 2, 3, P47A, P47B, P43, P40B, A44; estas últimas hacen parte del Masivo Integrado de Occidente (MIO).

En relación con la apariencia física del barrio, en una gran proporción las viviendas del sector se han edificado con materiales como cemento, ladrillo, madera y tejas de zinc. Las fachadas de dichas edificaciones cuentan con acabados de obra blanca (estuco y cerámica principalmente), mientras que otras están repelladas o en ladrillo únicamente. Se evidencian ciertos rasgos en los que los límites de lo público y lo privado no están delimitados, en tanto que, el espacio privado se extiende al perímetro de lo público.

Ejemplo de ello es que en algunas de las viviendas se utilizan los antejardines para extender prendas de vestir, las cuales son ubicadas en ventanas y verjas principalmente. Asimismo, se escuchaba de manera reiterada envolventes sonidos de géneros musicales como la salsa y el vallenato en una considerable proporción de las viviendas del barrio y sus sectores aledaños.



Cuadro fotografías No. 3: Mójica II en sus inicios y en la actualidad. Fotografías tomadas por la autora (abril de 2011).

Respecto a las acciones organizativas⁴⁴ emprendidas por sus pobladores, uno de los puntos más importantes fue la creación de la Asociación Centro de Desarrollo Comunitario Arco Iris, el cual se fundó en 1994 aproximadamente y cuyo principal objetivo en sus inicios fue la creación de una guardería para el cuidado los niños del sector, permitiendo de esta forma que sus madres tuviesen tiempo para trabajar y ganar dinero. La idea fue acogida por la Secretaria Municipal de Vivienda, con lo cual se logró la adjudicación de un espacio para la construcción de una guardería; sin embargo, y a pesar de las limitaciones económicas para lograr el proyecto, el lote fue defendido por la comunidad, especialmente por la señora María Hernández (fundadora), quienes en muchas ocasiones lograron evitar la invasión del sitio por personas ajenas al lugar.

Pese a las dificultades, y después de haber realizado múltiples gestiones, se logró el apoyo del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) para el funcionamiento de la guardería y se recibieron una serie de aportes económicos de cooperación internacional, que sirvieron ampliar la sede, edificar dos pisos más y dotar de los primeros libros a la biblioteca al Centro de Desarrollo Comunitario. En la actualidad, su sede suministra el complemento alimenticio a más de cincuenta niños y niñas de escasos recursos, habitantes del barrio y sectores aledaños, y se impulsan iniciativas juveniles en torno a la música y la generación de espacios para la resolución de conflictos entre dos comunidades históricamente antagónicas: la llamada parte legal del barrio Mójica II y la invasión Colonia Nariñense.

Frente a este panorama y ante los continuos enfrentamientos entre la pandillas juveniles del sector en defensa de los límites territoriales⁴⁵ que imperan en éste (y en

⁴⁴ De las cuales se han estructurado las siguientes organizaciones: La Asociación de Vecinos (AVECO), Empresa Asociativa de Trabajo (E.A.T.), Comité Nuevo Milenio (Colonia Nariñense) y Afromójica (Fundación Nacederos), vigentes a 2011 en el momento de la investigación.

⁴⁵ Los límites territoriales dan cuenta de aquellas líneas simbólicas mediante las cuales se comunica a los demás la posesión de una porción de superficie terrestre. En ocasiones, dichas líneas no son tangibles ni observables en el territorio, pero existen. De este modo, y de acuerdo con Laurin (2001:3), se entiende que los límites territoriales cumplen una función de demarcación del ámbito de acción para afectar, influenciar y controlar la entrada, salida y permanencia de personas, fenómenos y relaciones en un territorio específico. Ello da lugar a

general en los barrios de la Comuna 15 de Cali), Arcoíris emerge como punto de encuentro para los niños, adolescentes, jóvenes y adultos del barrio Mójica II y la Colonia.

De otra parte, la Colonia Nariñense (llamada anteriormente la Laguna) es uno de los tres asentamientos informales existentes en el barrio, además de Brisas del Caracol y Brisas del Encanto. Las viviendas edificadas en la Colonia Nariñense se caracterizan por tener materiales como esterilla, plástico, guadua y cartón. Sus estrechas calles fueron hechas de manera tal que en éstas no puedan transitar automóviles. En el transcurso de veinte años en la Colonia, se visualiza el paso del tiempo y, con ello algunos cambios en las viviendas: pisos construidos con cemento, paredes en ladrillo, puertas de acero. No obstante, según la percepción de algunas personas, el hambre y las balas son las condiciones que tapizan sus calles y esquinas. Tal panorama es referido por algunos de los habitantes del barrio Mójica II:

“(...) En cuanto a la Colonia Nariñense, ese es un historial, porque, la Colonia comenzó aquí al pie de la Niño Jesús de Atocha. Un señor Fernando Valencia, que hoy en día está en la cárcel y que es muy conocido, eh, él fue uno de los impulsores de esa invasión, donde están prácticamente la Colonia Nariñense, que dicen que ha sido famosa por el acto delincuenciales más que todo... Eh, esa Colonia hubo que meterle una tutela, eh, la falló el contencioso administrativo en el cambio de Apolinar Salcedo con el doctor Tafur; se hizo ese arreglo, falló esa tutela a favor de nosotros, y esos señores fueron reubicados a Potrero Grande.

En estos momentos en ese sector se va a hacer (...) un balneario ahí, parecido a piscinas que tiene Comfandi (...)

(...) Ellos llegaron (refiriéndose a la Colonia Nariñense), nunca se sospechó que ellos iban a ser un punto de revolución. Ya ellos llegaron esta parte de aquí, y fueron llegando, y se acogieron porque no se veían revoltosos, y llegaron por limitado tiempo, y por limitado tiempo resulta que antes fueron trayendo, trayendo... ‘Hacete aquí, hacete aquí, hacete más allacito...’ Digamos que así fue que se pobló, ese fue el método, y como se creía que iba a ser por medio de la alcaldía que había en ese tiempo, que iban llegando a esos barrios, pero nunca se iban a quedar todo ese tiempo, y que iban a ser revoltosos... Pero lo que pasa es que esta es una familia, son familias todos, los que hay alrededor. Yo no sé si es la familia más humilde de Cali, porque nos aguantamos todo; todo es que, que te matan un hermano, y se vive con el asesino al lado, eh le roban a usted, el bolso, el celular, y vive con el ladrón al lado, entonces es algo... Se demostró demasiada humildad... Porque ellos ya no se percatan en decir: ‘ay, no, es que ella es vecina, de por mi casa, mi pareja...’, y entonces ahí es dónde empieza la vengancita, y entonces ya empieza, ¿no? Entonces yo me voy para no verlo,

operaciones sobre el territorio según lógicas establecidas que definen acciones, es decir, lógicas que contienen una intencionalidad y que son, por lo tanto, no neutrales.

mantiene aquí entonces mejor me voy lejos, entonces no hay quien haga, no hay quien haga por usted, ni por nosotros dos. Nosotros, como le dije yo a Polo cuando estaba de alcalde, es que nosotros ponemos los muertos para que ustedes quiten la colonia nariñense” (líder comunitario, habitante del barrio Mójica II, sesenta y dos años de edad).

Anteriormente habitada por más de cuatrocientas familias, es uno de los diecisiete asentamientos informales de la ciudad en donde se inició un proceso de reubicación de más de la mitad sus habitantes (277 familias en total), emprendido por la Administración Municipal tras la declaratoria de urgencia manifiesta anunciada en 2005 y 2006 debido al deterioro causado por el asentamiento de viviendas subnormales en el espacio urbano de la ciudad, específicamente en el Jarrillón del río Cauca.

De acuerdo con el *Avance informativo No. 203*⁴⁶ de la Alcaldía de Santiago de Cali, la finalidad de dicha reubicación fue la incorporación de las familias de la Colonia Nariñense a procesos regulares de la ciudad, con servicios públicos y otros aspectos de los que han carecido por años, producto de la ocupación ilegal que hicieron en los sectores perimetrales de la ciudad. No obstante, y pese a la reubicación de una considerable proporción de las familias residentes en la Colonia Nariñense, se evidencia cierto pesimismo frente al cese del conflicto que se experimenta entre los pobladores de Mójica II y quienes aún permanecen en la Colonia.

“(...) Es complicado vivir acá. O sea, uno paga el precio, realmente se paga el precio de vivir por acá, futuro por acá... Hay gente que quiere, se les ha metido, que Metrocali va a comprar esto, otros dicen que esa invasión la van a sacar y van a hacer un polideportivo, que van a hacer un Comfandi, que esto va a mejorar... Pero, le digo sinceramente que vendrán muchos alcaldes y con esa gente ahí no pueden; se van unos, desocupan este lote, pero como no los sacan en manada, entonces, usted que tiene su hermana y quedo aquí, trae a su cuñada que se meta en el lote que desocuparon. Entonces venden la que entregan y vuelven y se meten, ¿si me entiende? Con eso no acaban nunca, o la solución pa’ acabar con esa invasión es que venga un gobierno con pantalones, y bueno se van todos, o les compran, o les entregan pero a todos en manada desocupan ese lote... Así sí, pero, así que sacan a veinte, cincuenta familias quedan ahí...” (Migrante tumaqueña, cincuenta y tres años de edad).

No obstante, algunas personas como Jenny Alzate⁴⁷ consideran que la Colonia Nariñense representa un mosaico funesto en el que la precariedad económica, y el ser

⁴⁶ Dicho Avance fue emitido el 5 de agosto de 2009.

⁴⁷ Estudiante Licenciatura en Literatura de la Universidad del Valle, autora del artículo “La Colonia Nariñense y los portadores del olvido” publicado en el periódico La Palabra, edición 213 de marzo de 2011. Es preciso mencionar que algunos apartes del artículo han sido retomados en la elaboración de la presente reseña histórica de la Colonia Nariñense.

negro en esta ciudad fragua sin excepción cierto estigma social. De ahí que, en lo que queda aún de la Colonia, se visualiza la ironía del abandono y, pese a éste, se deslizan una y otra vez las sombras y las balas de “*Los Invasioneros*” que persiguen y se escurren de “*Los Chimbis*”, pandilla de Mójica II. Si bien los integrantes de estas pandillas, hijos de esta ciudad, reciben sin reparo alguno el rechazo de ésta que excluye al diferente, ello sólo los limita al olvido y a la marginalidad.

Para algunos habitantes del barrio Mójica II, los conflictos que emergen entre los habitantes del sector y los pobladores de la Colonia Nariñense se resume en lo siguiente:

“Lo que pasa es que, tradicionalmente, la gente de Mójica le achaca todos los problemas del barrio a la gente de la Colonia. Los adultos del barrio dicen que van a sacar a la fuerza a los de la Colonia, porque como es una invasión que se formó hace pocos años. Entonces dicen que las pandillas son de allá, si matan a un pelado en Mójica dicen que fueron los de allá, y así. Tanto es así que los pelados no pueden pasar de barrio a barrio” (líder comunitario, Asociación Centro de Desarrollo Comunitario Arcoíris).

Así, los entornos barriales se constituyen en referentes inmediatos de un colectivo. Para autores como Rivas (1999) y García (1992), son “*unidades aglutinantes de diversidad*”. La categoría de “vecino” ejemplifica la idea de pertenencia común; es desde la vecindad donde emergen las conductas que tienen como fin romper las fronteras espaciales y es allí, por tanto, donde se presenta la hospitalidad, la reciprocidad y la ayuda mutua. No obstante, desde esta visión idealizada de “vecindad” se encuentran latentes los imaginarios y percepciones frente a los espacios y lugares de interacción con los otros como objetos de división, de conflictos y tensiones (Rivas, 1999).

“Hay unos vecinos que son muy metiches, que les gusta meterse en la vida de los demás, muy vida ajena, como se podía decir... Y estoy preocupada porque mi niño me lo quieren matar, o sea, el prácticamente no puede pasar ni para Villa del lago, no puede salir de aquí, o sea un muchacho [amigo del hijo de la entrevistada] los llevo pa’ llá pal’ barrio el Rincón, pa’ una oficina dizque que trabajaba con ellos, y mi hijo se fue con un compañerito dizque a acompañarlo, y él dizque los presento allá que eran amigos de él, pues mi hijo no sabía en que él andaba. Hasta que lo mataron que se dieron cuenta que él era gatillero, entonces, desde ahí, desde que mataron al muchacho, los han mandado a amenazar, a todos los amigos del muerto los han mandado a amenazar, que no pueden pasar pa’ Villa del lago, mejor dicho, que no pueden pasar para esos lados de allá, no pueden pasar pa’ ninguna otra parte...” (Migrante de Buenaventura, habitante de Cinta Sardi)

En consecuencia, el entorno barrial se constituye como unidad de identificación o referente de disputa, de exclusión, jerarquías y diferenciación, en el cual confluyen mediaciones tanto ambientales como culturales, sociales y políticas.

Teniendo en cuenta lo anterior, en el siguiente apartado se pretende ofrecer un panorama analítico donde se priorice una visión ampliada de las disputas territoriales y el conflicto como expresiones de la configuración territorial de los barrios Mójica y Charco Azul y los asentamiento de Cinta Sardi y la Colonia Nariñense.

CAPÍTULO 5. CONVIVIENDO CON LOS OTROS. CONFLICTO Y DISPUTAS TERRITORIALES. UN ACERCAMIENTO A LAS EXPERIENCIAS DE LOS HABITANTES DE CHARCO AZUL, CINTA SARDI, MÓJICA II Y LA COLONIA NARIÑENSE.

Si bien el panorama evidenciado líneas arriba da cuenta de la emergencia de conflictos asociados a actos delincuenciales propiciados por agrupaciones juveniles (pandillas) de los barrios Charco Azul, Mójica II y los sectores de Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, dichos conflictos se encuentran estrechamente vinculados con la configuración de fronteras públicas, que de acuerdo con Larrahondo (2009) se constituyen como lugares de tensiones sociales y simbólicas cuyo sustento se encuentra en imaginarios urbanos acerca de los habitantes de un territorio específico. Explicaciones de carácter histórico, social y económico posibilitan la producción de dichos imaginarios y las tensiones que éstos generan entre los pobladores de los barrios y asentamientos en mención.

En la construcción simbólica de los imaginarios fronterizos, existen dos elaboraciones colectivizadas que los sustentan y que además legitiman las tensiones derivadas de éstos: el *miedo* y la *seguridad*. La elaboración de éstas se da en el marco de un dispositivo rumor-mito, fuertemente enraizado en el *imaginario fronterizo*, y que condiciona la sensación de miedo y la necesidad de seguridad frente a otro que se ve como peligroso y destructivo. De ahí que se legitimen acciones y estrategias mediante las cuales se le pueda doblegar o, en su defecto, aniquilar. La importancia que adquiere el estereotipo es fundamental, pues posibilita la construcción del otro desde el estigma, lo que deviene en prejuicios, formas de exclusión e invisibilidad.

Teniendo en cuenta lo anterior, se haría alusión a la emergencia de disputas territoriales en el marco de tensiones latentes entre los pobladores de un barrio y un asentamiento informal (en este caso Charco Azul, Mójica II y los asentamientos informales de Cinta Sardi y la Colonia Nariñense) con diferencias notorias en relación a la legalización de sus predios y el acceso un equipamiento colectivo que mejora, en cierto sentido, las condiciones de calidad de vida de sus pobladores.

Desde este punto de vista, se incluye una perspectiva de defensa de un hábitat⁴⁸ compartido, aunque con usos, prácticas y significados diferenciados. Esta situación de disputa territorial ofrece un panorama que remite a las características de apropiación del territorio y las diversas formas de inscribir sobre éste signos y marcas que se convierten en símbolos sociales de territorialización y territorialidad; ejemplo de ello son las diferentes delimitaciones geográficas que se trazan con el fin de dividir un territorio (en este caso, un entorno barrial) de tal manera que se restringe o viabiliza la circulación de pobladores en espacios delimitados dentro de éste.

Con esta última noción, desde lo planteado por García (1976) se hace alusión a las construcciones simbólicas de apropiación prácticas y significados que se le otorgan a determinados espacios. De ahí que dicha noción se vincule estrechamente con una idea de exclusividad que genera, en cierto sentido, el dominio o defensa de un espacio y las relaciones que en éste emergen. Este mismo autor define dos tipos de exclusividad: una positiva, que indica el sentido de posesión o dominio que corresponde a distintas entidades que configuran una comunidad; por otro lado, una exclusividad negativa, entendida como aquellas situaciones en que las unidades territoriales de exclusividad positiva de un determinado grupo proyectan, bajo algún parámetro normativo, la exclusión territorial de ciertos grupos o entidades sociales, bien sea a través de la confrontación violenta o de mecanismos de exclusión simbólicos.

Tanto la exclusividad negativa como la positiva posibilitan la emergencia de prácticas de territorialidad y con ello, de territorialización. De ahí que no se deben comprender como posturas antagónicas; por el contrario, representan la complejidad de las formas de apropiación, usos y prácticas territoriales. Ejemplo de ello es que a pesar de la emergencia de una exclusividad negativa que limita el acceso a determinados espacios, lo que genera conflicto interno entre sus pobladores y agentes externos

⁴⁸ Con este concepto se hace alusión al entorno geofísico en donde se asientan diversas comunidades humanas y especies de animales; dicho entorno es un elemento importante en la definición del espacio territorial y, por tanto, de la territorialidad de sus habitantes (Aceves, 1997). De este modo, se infiere que las características del suelo, la topografía del terreno, las cuencas hidrológicas, la vegetación, fauna, los factores climáticos, en fin, todos aquellos elementos que conforman el medio ambiente del hábitat, o más precisamente, el nicho ecológico de un grupo y conglomerado social determinado, contribuyen (en tanto recursos naturales) a establecer la delimitación territorial de un grupo específico.

propicia la configuración de unidades espaciales con unos límites previamente legitimados.

Si bien los que no están insertos en ese espacio son excluidos, es paradójico que los conflictos que puedan presentarse por el control del espacio se constituyan como una instancia de cohesión social. Como bien lo señala Rivas (1999), todos los sujetos cuentan con múltiples adscripciones territoriales que los vinculan (la casa, el parque, el parentesco, etc.) y que generan la emergencia de algún tipo de identificación aunque las rencillas no tiendan a desaparecer o a ser más fácilmente negociables.

Así entonces, la convivencia y el conflicto son hechos constitutivos para vivir y construir sociedad; pero estos hechos son legitimados por la cultura a partir de determinadas prácticas, pues tienen que ver con las normas colectivas establecidas para vivir en sociedad y que enseñan conductas y comportamientos. Por ello, el conflicto surge dentro de la convivencia no sólo cuando dichas conductas o comportamientos no van de acuerdo con las normas establecidas, sino que emerge en las formas como se expresan o manifiestan puntos de vista, opiniones y formas de actuación. De ello devienen, además, las prácticas legitimadas y desplegadas culturalmente para su perpetuación o no. Desde este punto de vista, la intervención realizada desde las instituciones privadas y públicas procura la regulación, asistencia, fortalecimiento o implementación de las normas que validan las variables de convivencia y conflicto (Osorio et al, 2002:167).

Al interior de los entornos barriales de Mójica II y Charco Azul, así como en los sectores de la Colonia Nariñense y Cinta Sardi existen múltiples espacios según las elaboraciones de las personas; asimismo, se crean múltiples identidades que pueden traducirse en conflictos. No obstante, la cercanía y el hecho de venir de una historia común hace que sea más lo que une a las personas que comparten un espacio y que los convierta en últimas como pertenecientes a un territorio (Rivas, 1999). Es en este marco donde emergen una serie de mecanismos que se usan no sólo para legitimar la utilización de espacios, sino también para fundamentar el poder, el liderazgo y la relación entre los vecinos.

En estos términos, el territorio siempre se mira desde las experiencias personales a través de las cuales emergen significados específicos sobre entorno y sus habitantes: se ama el lugar donde se ha sido feliz y donde se ha disfrutado la estancia de algún modo. Igualmente, las vivencias desagradables influyen en la forma de apreciar el territorio y desplegar diferentes estrategias para su defensa o conservación (Quezada, 2007). Al respecto, una migrante tumaqueña habitante del barrio Mójica II refiere lo siguiente:

“La violencia siempre es, es bastante dura. O sea, usted no puede salir con tranquilidad y pararse ahí a disfrutar un rato de una tarde, que tiene que estar con los ojos, viendo a ver de dónde vienen tiros. No es todo el tiempo, porque hay veces que está tranquilo, pero en eso uno no se confía. Entonces hay momentos en que uno como que se aburre de esa situación, me estresa, ¿no? Pues apenas tenga facilidad, tengo este ahorrito, me voy a estar un tiempo fuera de esa situación, cuando se le acaba el ahorrito, acá está la casita, me devuelvo... Pero sí ha habido esa dificultad de convivencia, siempre. Este barrio, usted lo ve así, pero fue muy difícil y, a pesar de que está mejorando la situación, todavía falta mucho y no tenemos la ayuda del gobierno (...)”

Lo anterior permite ver cómo las configuraciones territoriales de Charco Azul y Mójica II, y los asentamientos informales Cinta Sardi y Colonia Nariñense, dan cuenta de los diferentes espacios, como bien lo plantea Viviescas (1996), en donde el ser humano colectivo e individual es y actúa. Éste se refiere a una categoría abstracta en el territorio como un elemento concreto determinado físicamente a partir de la definición de límites geográficos; el ser humano contemporáneo se encuentra abocado a la construcción de espacios para la conversación, el intercambio, la interrogación de su pensamiento, de su opinión, para la confrontación de su criterio y de su interés con los de los demás, para lo social, la cultura, ideación de imaginarios colectivos, que surgen de estos enfrentamientos y de estos reconocimientos.

En consecuencia, desde las interacciones sociales se define la vida social en un marco histórico que comienza en el espacio familiar y el comunitario (barrio) hasta la definición de un macro contexto urbano (ciudad) en el que se desenvuelven las esferas económica, social y política. El barrio, como contexto inmediato, se entiende como un lugar que permite la elaboración de imágenes de significación valorativa, que pueden ser de carácter positivo o negativo para definir un marco propio donde se conjugan las visiones individuales y sociales (Palacio, 1999:78. En: Osorio et al, 2002).

Por otro lado, más allá de la delimitación fronteriza existente entre Charco Azul, Mójica II, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, lo cierto es que dichas fronteras determinan las oportunidades de autoconstruir territorios de lucha y disputas simbólicas dispersas. De ese modo, el territorio desempeña un papel simbólico relevante en el contexto de la acción y de las relaciones humanas, y no simplemente el papel de condición, de contenedor, de recurso instrumental, o de fricción. La misma territorialidad se integra en el simbolismo expresivo-evaluativo de la comunidad como uno de sus componentes o elementos (Giménez, 2000).

Así pues, la analogía que se observa entre la propia vida vivida y el escenario donde transcurre al territorio se convierte en un protagonista simbólico que adquiere sentidos específicos según las experiencias que ahí ocurren. La percepción subjetiva del territorio se realiza a través de los filtros de la propia vida. Frente a esto, una migrante habitante de Cinta Sardi, comenta:

“No, pues el barrio es bueno pa’ vivir, porque prácticamente yo aquí actualmente no estoy pagando servicios. Pues hasta ahora, ya nos pusieron el agua, pues, y ya ha cambiado bastante el barrio en eso de la matanza, ya ha cambiado bastante... Ya uno puede salir, porque uno antes no podía ni hacer una fiesta porque venían y se la dañaban. Pero ahora sí puede uno salir. Yo por lo menos me levanto a las dos, tres de la mañana, y me voy y me paro allá en la esquina, cuando no tengo sueño, cuando veo que mi muchacho está allá, por allá por esos lados de allá [señalando el barrio Charco Azul]. Una noche yo me amanecí y estaban tomando ahí los vecinos, no pude dormir en toda la noche, y me amanecí, y pa’ que, la gente la pasó bien... No hubo problemas en ese sentido.”

Igualmente, los lazos territoriales adoptan una diversidad de sentidos, pues un territorio puede percibirse de múltiples maneras, con lo cual crea múltiples significados subjetivos íntimamente relacionados con las vivencias personales, enmarcadas en las percepciones que de ese territorio tienen otros. En ese sentido, las construcciones simbólicas personales siempre tienen un fuerte componente intersubjetivo (Quezada, 2007). Desde lo expresado por una migrante tumaqueña habitante del barrio Mójica II, se ilustra la acotación referida líneas arriba:

“Lo malo de vivir en esta ciudad es la maldad como de la gente, porque yo tengo como treinta y dos años de vivir aquí en Cali, y me ha tocado gente buena, pero más he luchado con gente mala. Eso es uno. Otro, es que la gente no tiene como ese sentido humano, lo que le pase a usted como que a nadie le importa, no hay como esa solidaridad, ese amor por el compañero, por el vecino... Pues yo por aquí con los vecinos: ‘¡hola, que más!’ y recocho mi rato si es de compartir, pero no siento como esa conexión, esa... ¿sí me entiende?”

La violencia y el conflicto que caracteriza las prácticas de territorialidad (y con ello de territorialización) no son más que el eco de los gritos de pobladores y migrantes que tratan de hacerse al espacio urbano, de aferrarse reiterativamente al territorio y a un lugar de vida, tanto como lo hicieron sus parientes y paisanos en los años de invasión; un eco que corroe las paredes del muro, de la frontera íntima, para observar a los otros desde la diferencia, desde su intimidad secuestrada y en exilio (Larrahondo, 2009:72). En estos lugares se teatraliza la “socialidad” o la territorialidad barrial, a través de la particularidad de los sujetos quienes se reinventan y reinventan un orden de jerarquías sociales para su subsistencia. Este sería el caso de los sujetos marginados que están detrás del muro, los de la “invasión”.

Retomando las historias de conformación de Mójica II, Charco Azul, la Colonia Nariñense y Cinta Sardi, a diferencia de las unidades residenciales cerradas, este tipo de barrios y de asentamientos dan cuenta de un proceso de configuración en la calle, donde prevalece lo público; allí todo se sabe: desde los zapatos nuevos que adquiere el vecino, hasta la familia que recientemente se instala en el barrio, las discusiones entre padres e hijos o la separación de tal pareja. Los conflictos íntimos son de esfera social, ya sea por el chisme como control social o por comunicación directa de los involucrados para exhibir su adquisición o para socializar y recibir impresiones sobre sus pérdidas.

Si bien los desarrollos comunitarios en Charco Azul y Cinta Sardi (en términos de lograr el acceso a los servicios, la mejora de sus viviendas, la reivindicación de sus peticiones) no han estado mediadas por un proceso democrático en un sentido literal, el tener que construir sus territorios desde la categoría de “invasores” les hace tener una historia compartida, una lucha colectiva, y el establecimiento de una red de relaciones, de lo cual han emergido procesos de significación territorial y, con ello, diversidad de sentidos y significados para quienes lo vivieron. En ese sentido, estos lugares son sus lugares de referencia, de vida, de vivencialidad y de identidad, aunque ésta sea estigmatizada o estereotipada.

5.1.1 Entre el estigma y la exclusión.

El caso de Charco Azul, Mójica II, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense

Las líneas que se plasman a continuación pretenden extender el análisis de las configuraciones territoriales de los barrios Charco Azul, Mójica II y los asentamientos Cinta Sardi y Colonia Nariñense, todo ello a través de una visión analítica de los procesos de segregación socioespacial e inserción social de sus pobladores, especialmente de los afrocolombianos en Cali.

Antes de avanzar en el propósito del presente apartado, resulta conveniente abrir un breve paréntesis teórico en el cual se aborde el concepto de segregación y su utilidad en el cumplimiento de éste; se plantearán en un primer momento algunas referencias y discusiones conceptuales sobre la segregación socioespacial para luego consignar algunos referentes socio-demográficos de los barrios y asentamientos anteriormente mencionados. Por último, se ofrece una serie de conexiones analíticas en las cuales, de manera específica, se abordan los datos obtenidos en el trabajo de campo y la revisión documental previamente realizados, entrelazando así las realidades producidas y los referentes conceptuales que faciliten la comprensión de la segregación socioespacial e inserción social de los migrantes afrocolombianos en Cali.

Según Juárez (2006), Cabrales y Canosa (2001), Barbary, Bruyneel, Ramírez y Urrea (1999), la segregación, remite a una idea de separación o aislamiento. Para Pulido (2011), dicho concepto revela a su vez la emergencia de ciertas distancias, así como los impedimentos y restricciones que ciertos grupos sociales encuentran para acceder a espacios o condiciones de la vida social, lo cual se refleja indudablemente en las formas de ocupación social del espacio.

En relación con la segregación socioespacial, Cabrales y Canosa (2001) expresan que ésta se asocia en el mundo anglosajón con espacios culturalmente modelados por grupos étnicos minoritarios. Según algunas interpretaciones, dichos sectores

marginales tienen un carácter “residual” o “indeseable” y definen su territorialidad mediante la configuración de *ghettos*⁴⁹. Para estos autores, en el contexto latinoamericano, tal fenómeno se relaciona con indicadores de precariedad económica antes que con algún tipo de diferenciación étnica.

Desde el punto de vista de Bohórquez (2008) (citando a Parias (2001) y Jaramillo (1994)), con este concepto también se hace alusión al sistema de convenciones mediante el cual se asigna un valor positivo a ciertos espacios, mientras que a otros se asigna un valor negativo.

El análisis de tales convenciones posibilita la representación de las desigualdades sobre la dotación de infraestructuras y servicios urbanos, que en últimas inciden notablemente en los precios del suelo y su tenencia. Tal sistema de convenciones es cambiante y su dinámica se encuentra vinculada con lógicas y estrategias de los actores sociales que intervienen en el mercado del suelo. Asimismo, dichas lógicas y estrategias obedecen a procesos históricos particulares en cada lugar, país o región, y a las dimensiones simbólicas otorgadas a los usos del espacio urbano y las construcciones simbólicas sobre éste.

De este modo, las ciudades no se han configurado como respuesta a deseos meramente individuales, sino que surgen y conviven en circunstancias y perspectivas económicas, ambientales, sociales, culturales y políticas (Pulido, 2011:5), así como desde las racionalidades “técnicas” expresas en temas tales como los de conectividad y accesibilidad vial, la facilidad de acceso o uso de los equipamientos colectivos y los servicios urbanos básicos, a las diversas dinámicas y actividades de interés a los motivos sociales, culturales o políticos, o las preferencias de los habitantes urbanos que, a pesar de evidenciar permanentes contradicciones, determinan los procesos de la escogencia espacial para asentarse; allí entran en juego diferentes aspectos de carácter “social” y de división espacial (Ibarra, 2007).

Si bien hasta el momento se han referenciado algunas precisiones respecto al concepto de segregación socioespacial y su utilidad como referente de análisis en las

⁴⁹ Con esta noción se designan aquellas áreas geográficas en donde se ubican casi que exclusivamente las viviendas de un determinado grupo de origen étnico, cultural o religioso, voluntaria o involuntariamente, en mayor o menor reclusión. El término se empleó originalmente para indicar los barrios en los cuales eran obligados a vivir y a permanecer confinados por la noche. El uso se ha extendido hoy a cualquier área en la que la concentración de un determinado grupo social es excluyente.

configuraciones territoriales de las ciudades, es pertinente precisar que desde éstas se prioriza, en una considerable proporción, el componente económico como factor determinante en su emergencia. Al respecto:

“La segregación socioespacial es un concepto que convoca a examinar los modos y formas en que se habitan los distintos asentamientos humanos tanto urbanos como rurales. En este tipo de estudios priman los análisis empíricos sobre realidades urbanas, mayoritariamente en ciudades de tipo industrial ya sean metrópolis o ciudades intermedias y pequeñas. De este modo, la segregación socioespacial sería la principal variable que estaría posibilitando la ocupación de cada área de la ciudad de acuerdo al valor del suelo, mostrando la accesibilidad de determinados grupos sociales de diferente poder adquisitivo a diferentes zonas de la ciudad” (Ibarra, 2007:195)

5.1.2 ¿Quiénes somos y cómo vivimos? Aproximación a las características socio-demográficas de los barrios Charco Azul y Mójica II, y los asentamientos Cinta Sardi y la Colonia Nariñense.

A continuación se presentan algunas características socio-demográficas (acceso a servicios de saneamiento básico y de salud, educación, composición etaria, nivel de escolaridad, asistencia escolar, tipo y número de organizaciones existentes en los barrios y asentamientos). Asimismo, se refieren algunos comentarios de sus pobladores de acerca de los imaginarios, estereotipos y percepciones que sobre éstos se han construido por algunos habitantes de Cali. Todo esto con el fin de abordar las condiciones materiales en las que se consolida la inserción social de migrantes afrocolombianos pobladores de Charco Azul, Mójica II, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, y los discursos que han posibilitado la construcción de dichas percepciones, estereotipos e imaginarios frente a éstos. De este modo, se intenta abordar la segregación socioespacial en estos barrios y asentamientos desde una lógica que trascienda los condicionamientos materiales que han permeado el desarrollo histórico, económico, social y cultural de estos sectores y sus pobladores, al abordar los diferentes discursos que legitiman o refuerzan dicha segregación.

Para el caso de Charco Azul y Cinta Sardi, se tomaron los resultados ofrecidos por el Sistema de Índices de Inclusión Social⁵⁰ actualizado y permanente para la ciudad de

⁵⁰ Este sistema fue creado por la Asesoría de Inclusión Social del municipio de Cali con el objetivo de recoger percepciones y valoraciones cualitativas y cuantitativas de exclusión-inclusión para el mejoramiento y priorización de la inversión social del municipio en dicho aspecto. Es un sistema complementario al SISBEN que

Cali, instancia que gestionó el levantamiento de información primaria y secundaria de indicadores sociodemográficos y de inclusión socioterritorial en este barrio y asentamiento, al igual que otros sectores de la ciudad⁵¹.

En relación con Mójica II y la Colonia Nariñense, se citan algunos datos evidenciados en el *Plan de Desarrollo 2008-2011 de la Comuna quince* y en la ejecución de proyecto de Atención Primaria en Salud “*Salud es vida, Inclusión con equidad, el Hospital va a la Gente*” (ejecutado en el año 2007), puesto que en éstos se realizó una caracterización de las condiciones sociales, económicas, ambientales y de salud de sus pobladores.

De acuerdo con el informe del Sistema de Índices de Inclusión Social Actualizados para Santiago de Cali (2009), en el Asentamiento Cinta Sardi el 86,0% de sus hogares y el 84,8% de su población, al igual que, Charco Azul (con un 54,9% de los hogares y un 54,9% de sus pobladores), se hacen llamar afrocolombianos, de lo cual se infiere una notable concentración de esta población étnico-racial. Esta situación se observa en el barrio Mójica II y la Colonia Nariñense, pues alrededor de un 55% de sus habitantes se definen como afrocolombianos. Lo anterior corresponde con los datos obtenidos del censo 2005 y de estudios precedentes como los del Proyecto CIDSE-IRD⁵² de la Universidad del Valle (Barbary y Urrea, 2004), desde los cuales se visualiza la concentración de pobladores afrocolombianos en el oriente de la ciudad, específicamente en el distrito de Aguablanca (comunales trece, catorce y quince).

En cuanto a la estratificación de las viviendas de Charco Azul, Mójica II, la Colonia Nariñense y Cinta Sardi, el estrato dos (2) predomina, cuestión opuesta para el caso de Cinta Sardi y la Colonia nariñense, en donde el estrato moda es el cero (0). Dicha estratificación se encuentra estrechamente vinculada con los índices de ocupación

aporta la incorporación de las variables étnico-racial y de situación de desplazamiento, lo cual es innovador a nivel nacional dado que el SISBEN se enfoca en aspectos materiales; desde ahí se focaliza, en gran medida, la inversión social de las administraciones del gobierno central.

⁵¹ Los otros barrios fueron: del oriente: Potrero Grande, Manuela Beltrán y El Retiro; tres de ladera, Aguacatal, Lleras Camargo y Los Chorros; y un asentamiento rural, Montebello, además de dos grupos focales aplicados en el año 2008 con el fin de conocer las percepciones de los habitantes de estos barrios frente a la exclusión social que viven o han vivido.

⁵² Se trata del Proyecto IRD (antiguo Orstom) CIDSE-COLCIENCIAS (1996-1999) del cual resultó la encuesta sociodemográfica “Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones Afrocolombiana en Cali”, cuyos investigadores fueron: Michel Agier, Olivier Barbary y Odile Hoffmann, por el IRD; Fernando Urrea, Pedro Quintín, Héctor Fabio Ramírez y Alfredo Vanín por el Cidse-Universidad del Valle.

laboral y los ingresos económicos que devengan las familias de dichos barrios y asentamientos, lo cual coincide con los índices de ingresos más bajos en la ciudad.

En términos de la composición poblacional del asentamiento Cinta Sardi⁵³, los grupos etarios cuyas edades oscilan entre los 5-9 años tienen una mayor participación porcentual, al igual que la población entre 10-14 años y entre los 15-19 años, es decir, la población infantil, preadolescente y adolescente. Tal situación se vio reflejada en las observaciones de campo realizadas en dicho asentamiento, pues era notoria la presencia permanente de éstos en las calles del sector en la realización de actividades como juegos deportivos, especialmente de fútbol, de domino o cartas y ensayos de baile. A partir del grupo etario de 20-24 años, se visualiza una considerable reducción, en el caso de los hombres, debida a una sobre mortalidad masculina cuyos factores se encuentran asociados a actos violentos. Las edades mayores a los 30 años tienen una menor participación porcentual, lo que evidencia factores de riesgo para este grupo etario en el sector. Mientras tanto, la distribución etaria de los pobladores de la comuna quince indica una gran similitud entre hombres y mujeres; de ahí que en Mójica II y la Colonia Nariñense se observen patrones etarios donde el rango de edad de 10 a 64 años tiene una mayor concentración (74,3%), a diferencia de los pobladores de los 64 años en adelante, quienes representan un menor porcentaje (3.6%).

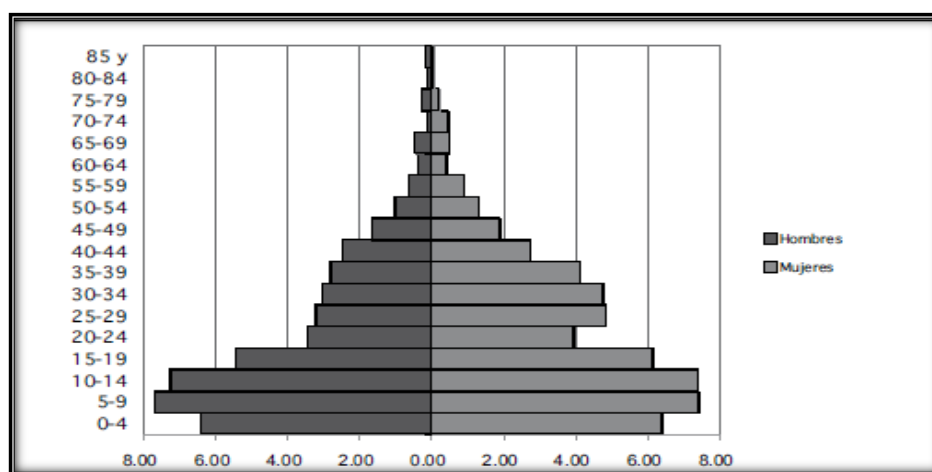


Gráfico No.5. Pirámide poblacional Cinta Sardi. Fuente: Encuesta sociodemográfica del Sistema de Índices de Inclusión Social Actualizados para Santiago de Cali (2009).

⁵³ Este asentamiento comparte semejanzas respecto a la composición poblacional del barrio Potrero Grande.

Otras estadísticas demuestran un panorama oscuro que viene presentándose aproximadamente desde mediados de la década del noventa. En el barrio Mójica II y la Colonia Nariñense, así como en otros sectores como Siloé, El Cortijo, Terrón Colorado, San Pedro, El Calvario, San Nicolás, Sucre, Belalcázar, Petecuy I y II, Puerto Nuevo, Puerto Mallarino, El Vergel, Comuneros, Charco Azul, Las Orquídeas, Marroquín, El Retiro, Antonio Nariño, Los Chorros y Santa Elena, y según el reporte ofrecido en el periódico *El Tiempo*, el 11 de mayo de 1995, en estos barrios se vieron comportamientos delictivos.

El 79% de los homicidios se cometieron con arma de fuego, el 96% de los casos fueron en hombres jóvenes cuyas edades oscilan entre los quince y 24 años, el 81% el 52% vivía en el barrio donde ocurrió el crimen y solo en el 5% de los casos había sindicados del hecho.

Respecto a la mortalidad y según el Censo de 2005, la mayor concentración de personas fallecidas en la comuna quince se encuentra en los siguientes rangos de edad: 10-19 años (hombres) en oposición a 70-84 años (mujeres). En ese sentido, se ratifica una tendencia en la cual los hombres presentan una mayor proporción de muertes (el 0,0092% comparado con el 0,0051% de las mujeres). El hecho es preocupante para los hombres jóvenes, específicamente entre los quince y 24 años de edad y sus grupos familiares.

Por otro lado, existen ligeras diferencias en relación con la composición etaria, generacional e indicadores de mortalidad masculina en Charco Azul, Cinta Sardi, Mójica II y la Colonia Nariñense; no obstante, sus pobladores comparten indicadores de alta vulnerabilidad⁵⁴, asociados en gran parte a la carencia de recursos económicos que garanticen el acceso a una de calidad de vida. Como ejemplo de ello, el tamaño promedio de hogares es de 4,6 personas en Sardi y 4,2 en Charco Azul, índice más elevado que el de la ciudad (3,7 personas, censo 2005).

Como bien lo advierte la encuesta, otro de los indicadores de la vulnerabilidad de los pobladores de Charco y Cinta Sardi, es que no sólo tienen los mayores promedios de

⁵⁴ Con este término se denominan las exposiciones a factores de riesgo y las capacidades individuales o colectivas para enfrentarlos, es decir, la capacidad de respuesta y atención mediante recursos propios o externos frente a diferentes cambios y riesgos de corte económico, ambiental, social y político.

personas por hogar (4,6 y 4,2 respectivamente), sino que enfrentan el mayor hacinamiento con el indicador de personas por vivienda (5,4 personas en Charco Azul, seguido de Sardi con 5,1).

Ahora bien, al indagar sobre la ocupación laboral de los pobladores de Sardi y Charco Azul, un 31,2% de los habitantes en Sardi se encuentran desempleados. Charco Azul, por su parte, tiene una tasa de ocupación laboral del 43,7 %, lo que se traduce en una mayor presión sobre el mercado laboral, y por ende, en la obtención de recursos económicos para el cubrimiento de necesidades básicas.

Tal como se observa en el cuadro No. 6, la movilidad espacial de los habitantes de Charco Azul y Cinta Sardi está antecedida de lo siguiente: en Sardi, la principal causa de cambio de residencia de sus habitantes son las amenazas y los riesgos para preservar la vida, mientras que en Charco Azul, la movilidad se da por la dificultad de encontrar trabajo y con ello, devengar dinero para asumir los costos de vida en este sector.

		Indígenas	%	Afrocolombianos (as)	%	Mestizos (as)	%	Blancos (as)	%
Asent. Sardi	Dificultad para encontrar trabajo o ausencia de medios de su	0		38	24.1	0		5	55.6
	Riesgo de desastre natural o como consecuencia de esta	0		13	8.2	0		0	
	Amenaza o riesgo para su vida, su libertad o su integridad	5	62.5	80	50.6	23	71.9	4	44.4
	Necesidades de educación	0		1	0.6	0		0	
	Razones familiares	2	25.0	14	8.9	5	15.6	0	
	Otras razones	1	12.5	12	7.6	4	12.5	0	
	Total	8	100.0	158	100.0	32	100.0	9	100.0
Charco Azul	Dificultad para encontrar trabajo o ausencia de medios de su	8	40.0	39	20.7	6	9.0	2	5.3
	Riesgo de desastre natural o como consecuencia de esta	0		0		1	1.5	0	
	Amenaza o riesgo para su vida, su libertad o su integridad	2	10.0	51	27.1	20	29.9	5	13.2
	Necesidades de educación	0		0		5	7.5	0	
	Motivos de salud	0		8	4.3	0		0	
	Razones familiares	3	15.0	54	28.7	23	34.3	17	44.7
	Otras razones	7	35.0	36	19.1	12	17.9	14	36.8
	Total	20	100.0	188	100.0	67	100.0	38	100.0

Gráfico No. 6 Causas de cambio de residencia por barrio y grupo étnico-racial. Fuente: Encuesta sociodemográfica del Sistema de Índices de Inclusión Social Actualizados para Santiago de Cali (2009).

En Mójica II y la Colonia Nariñense, las principales motivaciones para cambiar de residencia son los episodios de violencia que se presentan en estos sectores. Un líder comunitario y una habitante del barrio Mójica II comentan lo siguiente:

“Lo malo es que por aquí hay mucha delincuencia, mucho robo... Tiene que estar los niños en la calle, ahí mismo salir a correr, cuando llega una bala salir a correr... Eso son las cosas más difíciles que esto por acá se ha vuelto miedoso ya.”

“Eso es lo malo, que tenemos que vivir en medio de la delincuencia, ¿cierto? El vicio, lo que yo le mostraba allá, vea que ya se fumaron lo suyo y ya se quitaron de ahí... Ahora llegan, más rato llega otro ponche y así, el vicio, el policía pasa y ve que meten vicio, y no pasa nada... Por lo menos deberían hacerlos quitar, pero no, pero eso no es culpa del policía sino del gobierno.”

Acceso y oferta institucional de servicios (Equipamiento colectivo)

La comuna quince (a la cual pertenece el barrio Mójica II) presenta un 78% de cobertura en los servicios de acueducto y alcantarillado, un 75% en energía, 51% en gas natural y un 89% en los servicios de aseo. Asimismo, en esta comuna existen aproximadamente 11,7 líneas por cada 100 habitantes, en comparación al promedio municipal que es de 19 líneas.

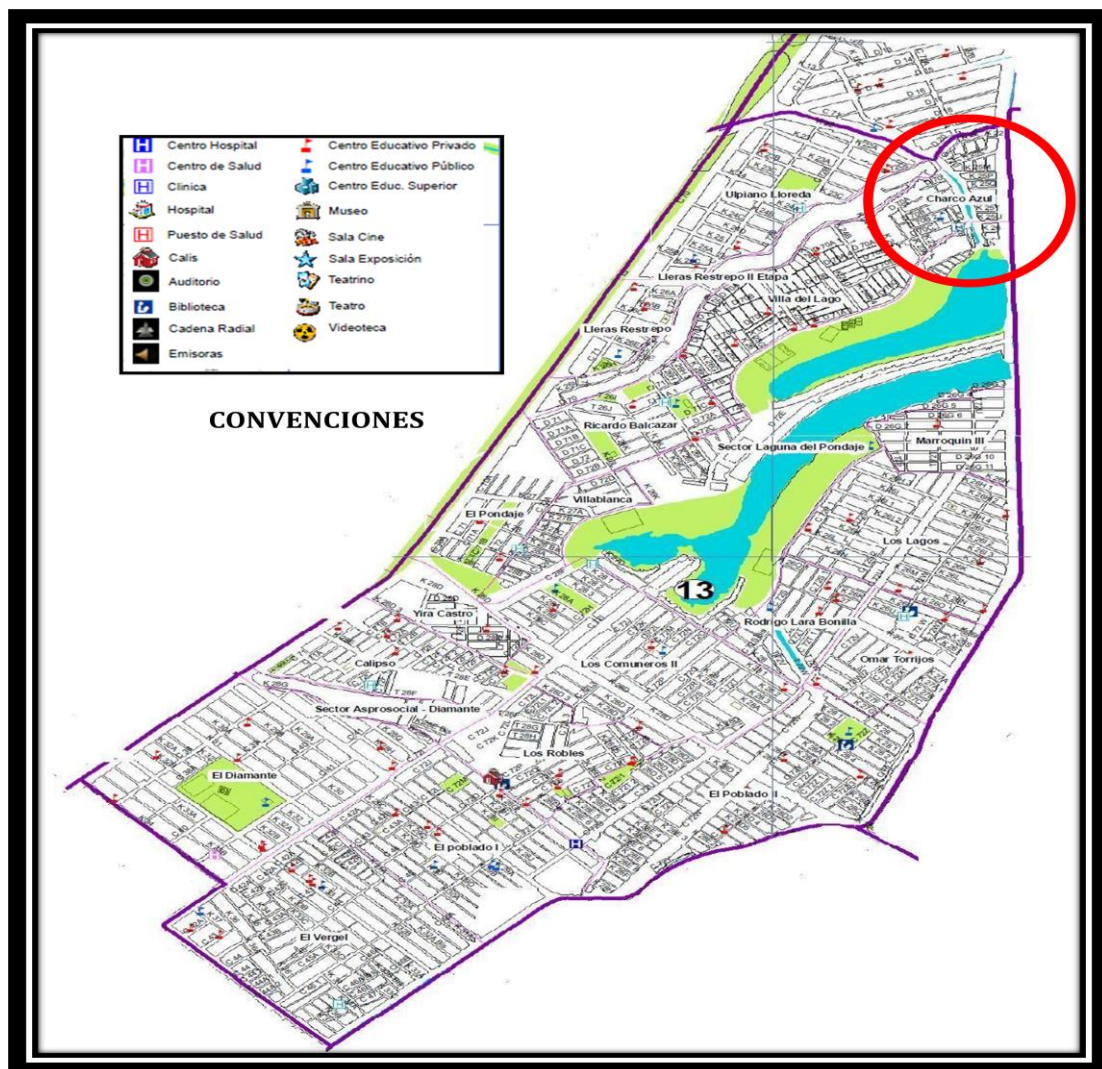
En el caso de la comuna trece, en la que se ubica el barrio Charco Azul, la cobertura es del 77% en los servicios de acueducto y alcantarillado, del 75% en energía, del 65% en gas natural y del 85% en los servicios de aseo y de 100 habitantes, 13 cuentan con líneas telefónicas.

Las estimaciones sobre el acceso a servicios públicos de los pobladores Cinta Sardi y la Colonia Nariñense son imprecisas, puesto que la conexión a servicios públicos se da de forma ilegal, es decir, sin un control estatal sobre ello.

En materia educativa, es importante señalar que en Charco Azul la asistencia educativa de las personas en edad escolar (es decir, de los 3 años a los 27 años) tiene una proporción del 31,6% y una inasistencia del 68,4%. Mientras tanto, en Sardi hay una asistencia del 37,8%, y una inasistencia del 62,2. Tales indicadores dan cuenta del proceso de vinculación y permanencia de los pobladores de ambos sectores en el sistema educativo. No obstante, este barrio no escapa de la tendencia que se visualiza en la Comuna Trece, de acuerdo con el Plan de desarrollo 2008-2011: una gran cantidad de niños no cursan la educación preescolar y aproximadamente un 62% de la población infantil que se matricula en la educación básica primaria abandona el

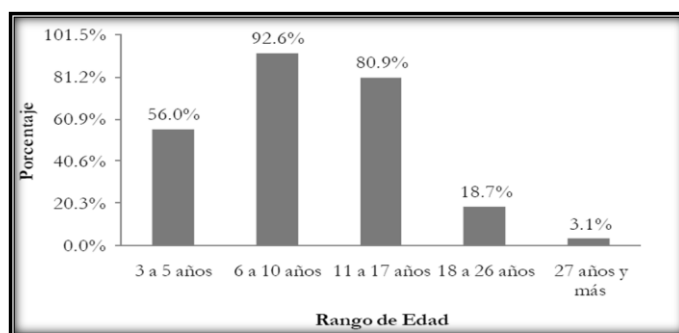
proceso de formación y no accede a la educación básica secundaria. Aunque no se tienen cifras de la actividad que desempeñan estos jóvenes, se puede decir (tentativamente) que buena parte de ellos se vinculan tempranamente a actividades laborales dada la no continuidad en la educación básica primaria o secundaria.

Como se visualiza en el mapa No.5, en Charco Azul la existencia de instituciones educativas de básica primaria, secundaria, y en general de formación técnica o profesional es limitada; de ahí que los niños y adolescentes accedan a este tipo de formación académica en sectores aledaños como Villa del lago y Ulpiano Lloreda. No obstante, se observa un número considerable de hogares comunitarios del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, que brindan su atención a niños de este sector, facilitando la consolidación de formas educativas enriquecidas con los aportes del núcleo familiar y la comunidad.



Mapa No.5 Equipamiento Colectivo Comuna Trece de Santiago de Cali. Adaptado de: Secretaria de Planeación Municipal (sin año).

Por otro lado, y desde el acercamiento realizado para conocer la asistencia escolar en el barrio Mójica II y la Colonia Nariñense, el panorama ofrecido en el Plan de Desarrollo de la comuna quince 2008-2011 evidencia una asistencia escolar del 56,0% para el rango de edad de 3 a 5 años, lo que significa que del total de niños en ese rango de edad sólo el 56,0% asistirían a un establecimiento educativo de básica preescolar. En el rango de edad de los 6 a 10 años hay una asistencia del 92,6%. Para los rangos de edad de los 18 a los 26 y de los 27 años en adelante, la asistencia escolar es del 18,7% y 3.1% respectivamente.



Cuadro No.7 Asistencia Escolar en la Comuna quince. Fuente: Plan de Desarrollo 2008-2011 Comuna quince.

En lo concerniente al nivel educativo de los habitantes de esta comuna, se encontró que un 35,28% de éstos tiene básica primaria, seguido por personas con básica secundaria (completa e incompleta) con un 24%. Frente a este panorama educativo, desde el Plan de desarrollo 2008-2011 para la ciudad de Cali “*Para vivir dignamente*”, se dispuso la construcción de la Ciudadela Educativa⁵⁵ Nuevo Latir, edificada en la intersección de la Avenida Ciudad de Cali y la Troncal de Aguablanca. Todo esto con el propósito de trascender las formas tradicionales de las instituciones escolares para convertirse en polos de desarrollo de talentos y de proyectos de vida. Dicha propuesta tiene como metas la renovación, innovación y transformación del modelo educativo de la ciudad para hacerlo más incluyente, efectivo, pedagógico, humanista y pertinente, vinculado a las realidades de las comunas en coherencia, relación y armonía. En calidad de ese proceso se crean proyectos arquitectónicos amplios y novedosos que brindarán a los estudiantes ambientes diferentes y agradables para su aprendizaje.

Desde este punto de vista, el proyecto implicó la construcción de biblioteca pública, un auditorio, una 'sala cariño' del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, una zona de estacionamiento, áreas recreativas y un coliseo cubierto.

⁵⁵ Desde la visión de la Alcaldía de Santiago de Cali, las Ciudadelas Educativas en la ciudad fueron concebidas como escenarios de fortalecimiento de la renovación urbana, social y educativa. De ello se derivará el mejoramiento y calidad de las vías públicas, las zonas verdes, la valorización de las viviendas en el sector y la solución a problemas de contaminación y desagüe (caño). Su renovación social y educativa se fortalecerán a través de la reducción de casos de delincuencia juvenil, implementando escenarios artísticos, deportivos, grupos de tercera edad y el mejoramiento, preparación y formación en el sector educativo.

En cuanto al tema de la cobertura de la salud en Charco Azul y Cinta Sardi, se observa la existencia de un centro asistencial donde se presta asistencia básica en materia de prevención y atención en salud a los pobladores del barrio y asentamiento respectivamente. Paralelo a esto, se observa que los pobladores se dirigen a entidades cercanas como el Hospital Carlos Holmes Trujillo y el Puesto Salud Ulpiano Lloreda. De acuerdo con el Plan de desarrollo 2008-2011, para la comuna quince se especifica la existencia de quince puestos de salud y tres centros salud y atención básica, con lo cual la comuna cuenta con el 6% de la oferta municipal de salud. En el barrio Mójica se encuentran el puesto de salud *Azul Plateada* y el Hospital Isaías Duarte Cancino. No obstante, los pobladores de éstos pueden dirigirse al Hospital Carlos Holmes Trujillo ubicado en la comuna trece y contiguo al barrio. Como bien se advierte en este Plan de Desarrollo, con base en lo anterior se infieren limitaciones infraestructurales respecto a la cobertura en el acceso y prestación del servicio de salud en estos sectores.

Al indagar sobre la infraestructura de seguridad en la comuna quince y los datos reportados en el Plan de Desarrollo 2008-2011 para ésta, se encontró que en el año 2005 de las 19 inspecciones de policía que existentes en la ciudad de Cali, una se encuentra ubicada en la comuna quince junto con un Centro de Administración Local Integrada, ubicados en el barrio El Vallado. Por otra parte, los datos muestran que en esta comuna, para el mismo año, no existía ni un Centro de Atención Inmediata de la policía metropolitana ni una estación de bomberos.

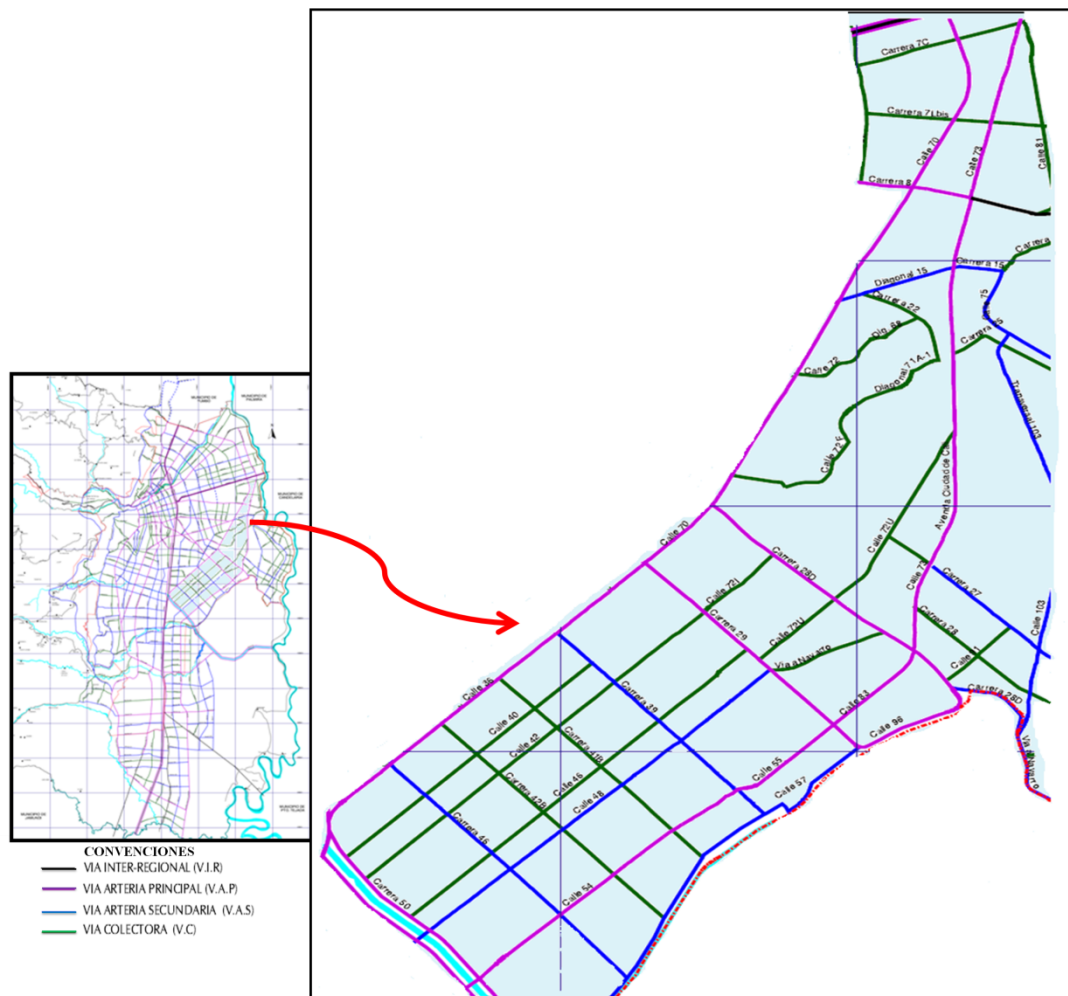
Un panorama similar se observa en la comuna trece, pues en ésta no hay estaciones de bomberos, aunque sí se cuenta con una inspección de policía ubicada en el barrio Ricardo Balcázar y un Centro de Atención Inmediata (CAI) ubicado en Charco Azul, además de un Centro de Administración Local Integrada (CALI) en el barrio Los Robles.

Desde la percepción de algunos habitantes, la presencia policial en los barrios y asentamientos de dicha comuna quince (y en general, del distrito de Aguablanca) es incipiente, además de que no favorece el bienestar y la convivencia entre los pobladores de éstos; inclusive, desde la opinión de Carmen Elisa, habitante del sector, no se legitima la intervención que realiza dicha institución gubernamental: “(...) no

mamita, la policía le tiene miedo a esos muchachos” (refiriéndose a los jóvenes que integran las agrupaciones juveniles del barrio Mójica II y la Colonia Nariñense). De otro lado, se encuentra la opinión de un líder comunitario de este mismo barrio, quien plantea lo siguiente:

“(…) Si usted se pone a mirar, los sitios del distrito de Aguablanca son los que ponen la mayoría de los muertos; la mayoría de delincuentes están en el distrito de Aguablanca. Otra cuestión, el policía pasa y ve que meten vicio, y no pasa nada... Por lo menos deberían hacerlos quitar, pero no. Pero eso no es culpa del policía sino del gobierno, el gobierno es el que llega y da las órdenes, el policía lo detiene cuando va a trabajar como policía, de resto no (...)”

Accesibilidad e infraestructura vial



Mapa No. 6. Infraestructura vial de las comunas trece y quince de la ciudad de Cali. Adaptado de: Departamento de Planeación Municipal (2003).

Como se evidencia en el mapa No. 6, la red vial existente en Charco Azul y Cinta Sardi indica que la Autopista Oriental se constituye como el único referente de vía principal⁵⁶ en este barrio y asentamiento; la transversal 29 con carrera 29 es una vía secundaria⁵⁷ que, al igual que la diagonal quince, la carrera quince, y las calles 72U y 48 entre carrera 29 y 50 (vías colectoras⁵⁸) son las que posibilitan la movilidad y el acceso.

De acuerdo con el Plan de Desarrollo 2008-2011 para la comuna trece, las vías existentes en Charco Azul y Cinta Sardi⁵⁹ (y en general, la infraestructura vial de ésta) se ven afectadas constantemente por embotellamientos. Esta situación es compartida por barrios aledaños como Lleras I, Lleras II, Villa del Lago, Ricardo Balcázar, Ulpiano Lloreda, Villa Blanca, y el Pondaje, pues carecen de vías de acceso en buen estado.

Con base en este mismo mapa, se evidencia que tanto Mójica II como la Colonia Nariñense cuentan con la carrera 50 y la calle 48 como vías principales, además de las carreras 29 y 39 (vías secundarias), las calles 42 y 48 entre carreras 29 y 50, la carrera 41 B y la carrera 42 B (vías colectoras). No obstante, de acuerdo con la Agenda Ambiental de la Comuna quince (2009), en una considerable proporción, su la malla vial ha perdido condiciones adecuadas, con lo cual se dificulta el acceso a Mójica II, la Colonia Nariñense y el resto de barrios y sectores de esta comuna debido a la insuficiencia de vías frente a la alta demanda de transporte público. Existe aún un gran porcentaje (46.05%) de red vial por pavimentar. Además de ello, en el barrio Mójica, las carreras se encuentran sin pavimentar. En la Colonia Nariñense, la situación es aún más complicada dado que la totalidad de este asentamiento se encuentra sin pavimento.

⁵⁶ Las Vías Arterias Principales (V.A.P.) conforman la red básica primordial de la ciudad y, por lo tanto, son determinantes de la estructura y forma urbana. El tránsito que canaliza corresponde a desplazamientos entre sectores urbanos y suburbanos distantes.

⁵⁷ Las Vías Arterias Secundarias (V.A.S.) permiten un alto porcentaje de vehículos comerciales de transporte colectivo con baja velocidad de operación y alta rotación de demanda. Actúan como ejes distribuidores de tráfico.

⁵⁸ Las Vías Colectoras (V.C.) son un conjunto de vías urbanas que, a partir de las Vías Arterias Secundarias, penetran a sectores urbanos homogéneos (preferiblemente los residenciales) y distribuyen el transporte por las vías locales al interior de estos sectores.

⁵⁹ Como se preciso en el capítulo no.2, este asentamiento no cuenta con calles pavimentadas; además de ello, la estructura de éstas no facilita el acceso de automotores u otros medios de transportes semejantes.

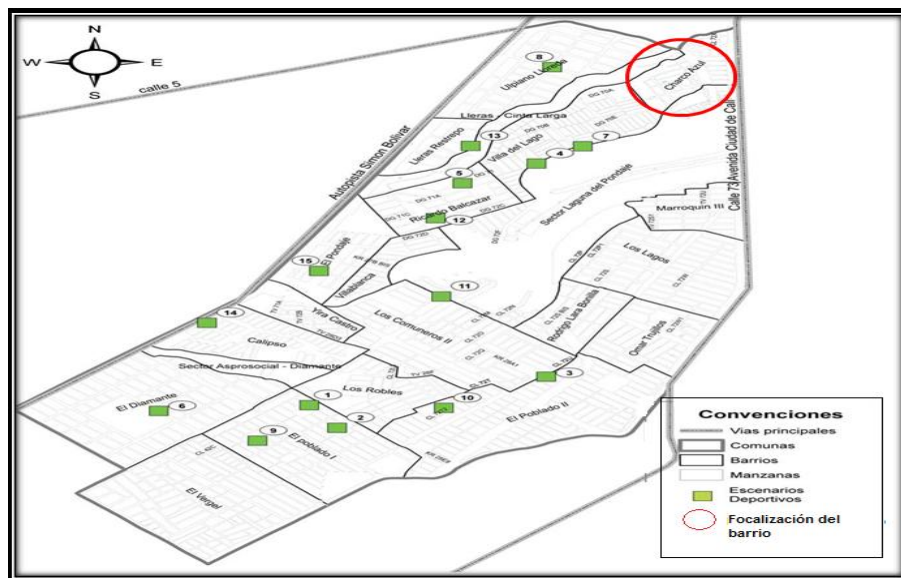
No obstante, es preciso reseñar que en el marco del Plan de Desarrollo 2008-2011 “Para vivir dignamente” y el *Programa Cali en Movimiento*, se gestó la iniciativa de implementar un Plan Integral de Movilidad para la ciudad con la finalidad de satisfacer las necesidades de accesibilidad de los pobladores y foráneos en Cali, así como del transporte de carga de manera segura y eficiente, además de optimizar las condiciones de movilidad vehicular, de ciclorutas y peatonal, y la generación de procesos de cultura ciudadana, mejoramiento la plataforma vial y el entorno urbano.

En dicho programa se contempló la construcción del Sistema Integrado de Transporte Masivo (SITM⁶⁰) que además de consolidarse como un reto de transformación urbana y social del municipio, implicó la movilización de recursos económicos y transformaciones de orden cultural e infraestructura en la historia de la ciudad. Dentro de las obras de infraestructura vial impulsadas desde la construcción del Masivo Integrado de Occidente, que benefician directamente e indirectamente a Charco Azul, Cinta Sardi, Mójica II y la Colonia Nariñense se encuentran la Terminal Puerto Mallarino⁶¹ y la Troncal de Aguablanca, siendo esta última una de las obras más ambiciosas que se hayan construido en los últimos tiempos en la ciudad (desde el criterio de la Secretaria de Planeación Municipal), pues dicha obra de infraestructura vial, con una extensión de 5.6 kilómetros, conectará al centro del municipio con el del distrito de Aguablanca. La construcción de estas estructuras generará dos mil doscientos empleos para los caleños, incluyendo oportunidades laborales para quienes habitan en las zonas de influencia de la obra, así como para personas en situación de discapacidad. A su paso, la Troncal de Aguablanca conecta vías centrales para la movilidad en la ciudad como las Autopistas Sur Oriental y Simón Bolívar, llegando hasta la ciudadela educativa “Nuevo Latir”, ubicada sobre la Avenida Ciudad de Cali.

⁶⁰ Contemplado en el proyecto Masivo Integral de Occidente (MIO).

⁶¹ Ubicada en la comuna 7, limitando por el norte con la carrera 19, por el sur con la carrera 20, al oriente con la calle 75 y por el occidente con la calle 73.

Escenarios deportivos y de recreación.



Mapa No. 7. Localización de espacios deportivos en barrios de la Comuna Trece. Fuente: Secretaría de Gobierno, Convivencia y Seguridad. Alcaldía de Santiago de Cali (sin año).

Por otro lado, de la información obtenida en materia de espacios recreativos en la comuna quince, se observa la existencia de la Unidad recreativa El Vallado, además de algunas zonas verdes que sirven a los pobladores como parques. No obstante, tales espacios son muy reducidos, se encuentran distribuidos de manera desigual y su estado de conservación y mantenimiento es precario (Plan de Desarrollo 2008-2011, comuna quince). Esta situación que no es ajena al barrio Mójica II y la Colonia Nariñense, pues de los cinco espacios y zonas verdes de recreación, sólo dos de éstos poseen infraestructuras en buen estado (mallas completas, juegos infantiles y quiosco para reuniones vecinales, entre otros).

Charco Azul no cuenta con polideportivos o espacios múltiples de recreación para sus pobladores; no obstante, existen dos canchas para fútbol y básquetbol en el sector, lo cual posibilita a los niños y jóvenes realizar actividades deportivas y de esparcimiento. Frente a este panorama, y de acuerdo con el Plan de desarrollo 2008-2011 para la comuna trece, es necesario adecuar y dotar escenarios deportivos, tales como el coliseo deportivo, El Poliactivo y la Casa del Adulto. De otra parte, es necesaria la construcción de nuevos escenarios, dado que la oferta de éstos no cubre la demanda de la comunidad, y los existentes se han deteriorado y requieren

prontamente mantenimiento. Igualmente, se carece de implementos necesarios para la práctica de deportes.

Otro aspecto a mencionar son las entidades e iniciativas comunitarias que tienen como radio de acción directa e indirectamente a Charco Azul y Cinta Sardi, las cuales son descritas en el siguiente cuadro:

INICIATIVAS ORGANIZATIVAS	DESCRIPCIÓN Y DEFINICIÓN
ASOCIACION DE MUJERES ACTIVAS POR UN FUTURO -MAFUM-	Formación para la comunidad en general, está encaminada en procesos productivos y tiene un carácter privado.
CENTRO DE CAPACITACIÓN DON BOSCO	Este centro es para la comunidad en general, presta un modulo de servicios educativos o capacitación en programas técnicos y cursos complementarios.
JUNTA DE ACCIÓN COMUNAL	Gestionan obras, proyectos de organización y desarrollo comunitarios.
FUNDACION INTENSIDAD- FUNDAIN	Trabajan proyectos para en pro del medio ambiente
COMITE DE SARDI	Su intencionalidad es gestionar la reubicación y mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes de este sector.
Asociación de Grupos Juveniles Libertad (ASOLIBERTAD)	Es una organización privada, sin fines de lucro que tiene el objetivo de apoyar a los jóvenes de las Comunas 13,14 y 15 del Distrito de Aguablanca de Cali, como un aporte al desarrollo social y cultural de la juventud desde una perspectiva étnica afro-colombiana y bajo un contexto de inseguridad, en el cual las oportunidades de trabajo y educación son limitadas para estos jóvenes.
EXTERNADO FUNDAPRE	Programa de Instituto Colombiano de Bienestar familiar para Niñez y Adolescencia en situación de vida en calle.
GRUPO JUVENIL JUVENTUD 2000	Este es de carácter comunitario y se dirige a jóvenes
GRUPO JUVENIL LA NUEVA CHISPA	Este es de carácter comunitario y se dirige a jóvenes
GRUPO JUVENIL PROPIEDAD PRIVADA	Institución de carácter comunitario y se dirige a jóvenes
ASOCIACION JUVENIL LA PAZ	Asociación que propende la participación comunitaria y se dirige a jóvenes y comunidad en general
ASOCIACIÓN ARTE Y CULTURA	Se dirige a jóvenes y es de carácter comunitario
ESCUELA DE FORMACION SPORTING VALLE	Se dirige a niños y jóvenes y es de carácter privado
CENTRO ZONAL DE PREVENCIÓN Y PROTECCIÓN SUR-ORIENTAL ICBF	Ofrece sus servicios a niños y Mujeres, es de carácter público.
FUNDACION CARVAJAL CENTRO DE SERVICIOS BÁSICOS COMUNITARIOS EL POBLADO	Es para la comunidad en general, es de carácter privado.

Fuente: construido por la autora a partir de relatos de los entrevistados (2011).

En relación con la dinámica organizativa del barrio Mójica II y la Colonia Nariñense, es pertinente mencionar que el barrio Mójica II tiene una junta de acción comunal. Para la Colonia Nariñense, existe un comité barrial cuyas gestiones van encaminadas a la consecución de obras de infraestructura y de servicios para mejorar la calidad de vida de sus habitantes. Al respecto, uno de los entrevistados, refiere lo siguiente:

“En estos momentos, yo tengo un proyecto grandísimo que es de la pavimentación de las carreras de Mójica, y yo tengo ya el eslogan de la campaña que estoy haciendo, que se llama ‘Comité Pro-pavimentación’, y dice (...) Proyecto de pavimentación, eh... Estamos en ese proyecto, tenemos más de unas cinco mil firmas apoyando ese proyecto, porque hace 18 años no han dejado las carreras sin pavimentar, entonces estoy preocupado por eso. Entonces la idea es que ya para rematar el cumplimiento del barrio, sería por dependencias o por parte de la Gobernación, o a la persona que le corresponde. Estamos en esos trámites.”

Más allá de las formas organizativas referidas anteriormente, se encuentra la Asociación de Vecinos (AVECO), la Asociación Centro de Desarrollo Comunitario Arcoíris, la Asociación de Usuarios del Hospital Isaías Duarte Cancino, el ancianato el Refugio de los Abuelos, la Casa Juvenil Francisco Esperanza (filial de la Fundación Paz y Bien), la Fundación Nacederos y Centro de Servicios El Poblado de la Fundación Carvajal.

Cabe la pena destacar que la totalidad de las organizaciones y fundaciones referidas han emergido en el barrio Mójica II, aunque su radio de acción involucre a sectores aledaños al mismo (en este caso, la Colonia Nariñense, Brisas de las Palmas y Comuneros II). Dichas dinámicas organizativas en el barrio Mójica II y la Colonia Nariñense han posibilitado la construcción de escenarios y propuestas en pro de la calidad de vida de sus habitantes. En este sentido, el compartir experiencias en la construcción y adecuación del equipamiento colectivo por los pobladores de los barrios y asentamientos en mención, además de convivir con limitaciones en el acceso a servicios y la garantía de derechos (salud y educación), se constituyen en elementos que han propiciado la emergencia de iniciativas de organización, gestión y consecución de metas y objetivos comunes.

En relación con las percepciones de las personas entrevistadas en esta investigación y la revisión documental realizada sobre su acceso a un sistema de equipamiento colectivo⁶² en estos sectores, una considerable proporción de sus pobladores perciben una mayor exclusión en servicios de salud, recreación y deporte, de seguridad (como

⁶² En esta oportunidad se hace alusión al concepto ofrecido en el artículo 149 del Plan de Ordenamiento Territorial para la ciudad de Cali, en el que se define el sistema de equipamiento como: “el conjunto de espacios y edificios destinados a proveer a los ciudadanos de servicios sociales de carácter formativo, cultural, de salud, deportivo y de bienestar social, además de prestar apoyo funcional a la administración pública y a los servicios municipales básicos. El sistema de equipamientos está dirigido a dotar al territorio de los servicios necesarios para articular las áreas residenciales con las demás actividades, así como a proveer el soporte social para lograr una adecuada calidad de vida integral. Los equipamientos pueden ser de carácter público, privado o mixto”.

la policía), de alimentación y subsidios de vivienda. Al respecto, los comentarios de los entrevistados:

“Usted no tiene apoyo ni del gobierno ni del alcalde, ni del gobernador ni nada de eso, porque, porque si usted no se está ahogando, no llega un cuerpo de bomberos a auxiliarlo. A usted, si a usted no lo matan acá, no llega al instante la patrulla a ver qué paso, y tenemos un puesto de policía aquí en el Vallado, y el cuartel que está aquí en los Mangos, que aquí en un barrio cómo estos, que entra tanta plata, todavía hay estas calles (sin pavimentar)”.

“(…) no tenemos la ayuda del gobierno. Difícil, no hay ayuda del gobierno. Yo soy una persona que me movilizo mucho, que para la alcaldía, a ver qué programas hay para las madres que realmente no tienen recursos, pero siempre ponen como un tropiezo, y uno se cansa, y ya no vuelve porque realmente... Vea con la que vino aquí (se refiere a la señora Luz, vecina de la cuadra en que vive doña Carmen Elisa). Qué día le dije: ‘vamos a la gobernación’, porque ella tiene una hija en discapacidad, y yo tengo otro -el mío está todavía hospitalizado. Y le dije: ‘vamos a la gobernación a ver qué programas, qué proyectos hay para los discapacitados, estudio, algo que realmente, el gobierno ayude’. No, que nos llamaban y esta es la fecha que no nos han llamado y ya van dos meses... Entonces todo como que se queda en espera, en espera y la gente se cansa y ya deja eso así...”

“(…) Yo digo una sola cabeza lucha, una o dos qué van a conseguir, mientras que si luchan diez, veinte, um... Es que eso es otra cosa. Entonces por eso digo que aquí en este barrio no es haiga mucho progreso, aquí lo único, el barrio es muy lindo, yo lo quiero mucho y todo, pero si me toca dejarlo y irme pa’ otro lado, yo me voy, porque yo también quiero el bien pa’ mis hijos y sé que aquí no hay mucho bien para los niños. Sí, la realidad es la realidad, la realidad hay que decirla, la verdad es la verdad. Primero que todo, esos niños van creciendo viendo a esos otros muchachos molestando, y ellos también a los poquitos años con el mismo cuento, o sea, lo digo por eso es de generación en generación y yo lo he visto, ujum, más de veinte años que llevo viviendo acá...”

Además de esto, las principales causas de exclusión (desde la percepción de las personas encuestadas) son el nivel educativo, la etnia, los bienes materiales y el poder adquisitivo, como factores que les restringen la posibilidad de acceder a dichos servicios. Al respecto, don Aris Obregón, habitante del sector, refiere un comentario ilustrativo de la acotación señalada renglones arriba, en la cual se entremezclan el origen étnico y la posición económica como factores que propician experiencias de exclusión o discriminación en Cali:

“Yo toda la vida era trabajando a domicilios, y una vez me subí en un Verde San Fernando, en un blanco y negro, usted cree que yo caminé en ese blanco y negro, me bajé a dos cuadras y no había llegado a dónde tenía que llegar. Pero, ¿sabe que me hizo bajar? El estrato, porque yo me subo en el batallón pichincha, yo le pongo la mano al bus y me subo, y cuando yo me subo viene puro universitario, puros universitarios, unos monos grandotes, y hablando

de su idioma y sabe de dónde venían, de la [universidad] San Buenaventura, y entonces yo dije: ‘no, ¿entonces que hace uno aquí?’. Me bajé, pero porque, porque yo no tenía con quien hablar... Antes todos se quedan mirándolo a uno. ‘¿Y ese negrito qué?, como con ropa de trabajo, con una caja de herramientas y todos los demás con un bolso ejecutivo y yo con una caja de herramientas... Me bajé, y a mí no me da pena decirlo, porque uno tiene que ser serio en donde sea, pero me bajé porque me daba pena.’

Como bien lo señalan Urrea y Quintín (2000:5), la estrecha relación en las representaciones de precariedad económica y color de piel indica la producción de un imaginario excluyente, del mismo modo que los procesos de segregación socioracial y económica no son separables ni autónomos. Ello se entiende a la luz de que si bien la exclusión se sustenta en factores de índole económica y social, no puede reducirse solamente a tal dimensión; debe incluirse el de la discriminación bajo la modalidad de segregación socioespacial, la cual opera en la ciudad como un dispositivo que perpetúa la exclusión entre sus pobladores.

Retomando los planteamientos de Wade (1993 y 1999), refiriéndose a la experiencia del grupo Ashanty y de los barrios de habitados por pobladores afrocolombianos en el distrito de Aguablanca, manifiestan lo siguiente:

La mayor parte de los problemas generales de pobreza y violencia son experimentados en forma unificada, sin poderse separar en problemas de “raza” y “posición social” o identidad y recursos materiales (...) Sugeriría que la experiencia es vivida de una manera integrada pero en constante tensión, con objetivaciones que fragmentan la experiencia en los componentes de raza y posición social.

Se hablaría entonces de discursos comunes en la discriminación y exclusión social experimentada por los habitantes de Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense: de un lado, se reconoce la diferencia en términos de la satisfacción de las necesidades básicas, condiciones de vida, problemáticas y conflictos presentes en dichos entornos barriales; por otro, esa diferencia es valorada en términos negativos, adjudicándole a sus habitantes estereotipos y prejuicios que sólo ayudan a perpetuar una visión descalificante de éstos. A ello se suma la emergencia de ciertas barreras simbólicas y de exclusión que se han construido a partir de la generalización de una serie de imaginarios que asignan a los habitantes de Charco Azul, Mójica II, la Colonia Nariñense y Cinta Sardi (y en general el distrito de Aguablanca) como espacios geográficos en los cuales prevalece lo ilegal; los pobres como delincuentes.

Dichos imaginarios se reproducen en los habitantes de estos barrios y asentamientos, lo cual puede observarse en los siguientes comentarios:

“Si usted se pone a mirar, los sitios del distrito de Aguablanca son los que ponen la mayoría de los muertos. La mayoría de delincuentes están en el Distrito de Aguablanca. Entonces, estando usted aquí, usted pa’ trabajar aquí, aquí en el Distrito no trabaja ninguna empresa, no le dan cabida, y si usted no cree, ¡hágalo! Saque una hoja de vida, lleve una hoja de vida a Carvajal a cualquier empresa, o fabrica de aquí de la ciudad, y diga que vive acá. Entonces sería bueno... no, no tiene nada de bueno. Este barrio, tiene médicos, arquitectos, diseñadores, doctores, tiene odontólogos, pero ¿para qué? ¿Qué ha tenido que hacer mucha gente para que le den trabajo? Llevar una hoja de vida con el barrio Caldas, de San Fernando, de por allá, y con el primer sueldito, ahí mismo consigue para irse a vivir por allá” (líder comunitario, habitante Mójica II).

“El barrio Charco Azul es estigmatizado hasta el punto que nuestra gente ha tenido que tomar medidas para defenderse. Este muro de acá ha formado un apartheid, hasta el punto que nuestra gente ha tenido que tomar las siguientes medidas, hacer casas y hacer uso de este muro. Hacer sus puertas, sus entradas. A veces no se explica por qué, pero es una lástima que en pleno siglo veinte todavía suceda esto, por x o y motivo. Las personas para trasladarse tiene que darse la vuelta, una vuelta a la manzana que no veo porque hay que dársela, pudiendo pasar divinamente por este muro que nos divide... Es una forma muy extraña. Existe el apartheid en nuestra gente, en nuestras casas y en nuestro barrio, han formado un ghetto muy grande entre nosotros, cada vez apartándonos más de ellos” (tomado del video “Un Charco no tan Azul”).

Con base en lo referido renglones arriba, las relaciones entre vecinos, en muchas ocasiones, se encuentran permeadas por la desconfianza y el rechazo; de tal manera se ha ido configurando un modo de vida y de relación, de movilidad en el espacio y tiempo, que buscan preservar la vida y la armonía desde la invisibilización e inclusive, el aniquilamiento de quienes se consideran como enemigos, indeseables y perjudiciales para la tranquilidad de los pobladores (Bello y Mosquera, 1999).

5.2. “No todo es como lo pintan”

De las características sociodemográficas referidas para el caso de Mójica II, Charco Azul, los asentamientos Colonia Nariñense y Cinta Sardi, se infieren (en un primer momento) ciertas diferencias en relación con la infraestructura de servicios entre estos barrios y asentamientos, aunque comparten patrones de vulnerabilidad en relación con la calidad de vida y satisfacción de las necesidades básicas de sus habitantes. Análogo a esto, pese a las fuertes diferencias en sus infraestructuras

físicas, los dos tipos de legalidad ante la municipalidad y los reglamentos de ocupación urbana, las problemáticas sociales (violencia, consumo de sustancias psicoactivas, delincuencia común) de los dos barrios y asentamientos son comunes; de ahí que dichos territorios barriales sean llamados “peligrosos”, desde la percepción de otros pobladores de barrios cercanos y, en general, por el conjunto de la ciudad.

La segregación socio espacial se constituye como una forma de organización territorial (en la periferia de la ciudad principalmente), en donde se vislumbran pobladores urbanos en sectores habitacionales como Mójica II, Charco Azul, la Colonia Nariñense y Cinta Sardi, en su mayoría no planificados y con carencias iniciales de infraestructura de servicios y de espacios, coincidiendo con población con bajos ingresos económicos. Las distancias físicas se interpretan como manifestación de disparidades de bienestar social, provocadas por las luchas simbólicas en la apropiación de recursos y espacios materializados en la ciudad (Pulido, 2011).

La localización urbana y el acceso a la infraestructura, así como a bienes y servicios, constituyen un componente relevante para la caracterización de la desigualdad. Asimismo, si se refuerza la segregación urbana, se contribuye a incrementar las distancias tanto por las pautas de localización espacial como por las asimetrías en términos de la provisión de los diversos servicios urbanos. Para Pulido (2011:9), dichas distancias pueden incitar al encuentro o a la confrontación, lo cual puede reflejarse en las oportunidades de encuentro y entendimiento, así como entre diferentes agentes presentes en el espacio social⁶³, como bien lo describe Bourdieu. Además de ello, Pulido retoma a Bourdieu para evidenciar que las percepciones (en este caso estigmatizadas) construidas en torno a los pobladores de contextos barriales como Mójica II, Charco Azul, la Colonia Nariñense y Cinta Sardi, se encuentran reflejadas en la ocupación de dichos agentes dentro del espacio social: aquellos que tengan más capital, tanto económico como social, estarán de cierta manera más cerca

⁶³ De acuerdo con Pulido (2011) y Moreno y Ramírez (2006) citando a Bourdieu, el espacio social es una construcción que se da en el marco de sistema de posiciones sociales y de capitales (económico, social, político y cultural) de los agentes. Dichas posiciones se definen en relación con las otras; el valor de las posiciones no puede medirse sino por la distancia social que las separa de otras posiciones inferiores o superiores, lo anterior desde un punto de vista relacional. Todo esto se visualiza en la configuración de la ciudad de Cali: de un lado, agentes sociales que detentan una proporción considerable de capital económico y social tienden a ubicarse o posesionarse en espacios habitacionales sin limitaciones en la accesibilidad a recursos y servicios sociales, mientras que quienes tienen menos se ubican en espacios con dificultades para el acceso a ciertos recursos y servicios sociales.

no sólo espacialmente, sino en cuanto a las disposiciones, acceso y calidad de servicios y la toma de decisiones respecto a sus condiciones y calidad de vida, cuestión que se ve limitada en el caso de los pobladores de los barrios y asentamientos referidos anteriormente. Citando a Bourdieu, es lo que Pulido (2011) denominaría como la “unidad de estilo que une a la vez las prácticas y los bienes de un agente singular o de un grupo de agentes”.

Dicha cuestión se amplificaría a través de la segregación socio-espacial, en donde los sectores con carencias a nivel de infraestructura y equipamiento colectivo adoptan una serie de pautas de acción y manejo de los recursos materiales y comunitarios que poseen, de manera que logran forjar un sistema de relaciones y prácticas que los diferencia, es decir, que particulariza sus modos de ser y habitar la ciudad, logrando una identificación particular respecto a la de otros pobladores urbanos.

No obstante, se observa que es precisamente en estos contextos donde se escenifica el despliegue de las capacidades de autoconstrucción y gestión de los pobladores de estos sectores (Charco Azul, Cinta Sardi, Mójica II y la Colonia Nariñense) respecto a la edificación, adecuación y transformación de sus viviendas, su entorno barrial, y en general, los espacios de la ciudad en donde habitan. En términos generales, esa capacidad de autoconstrucción del espacio urbano ha sido reconocida aunque no legitimada, además de restringida por las decisiones y políticas gubernamentales (Pulido, 2011). En este sentido, al llegar y decidir establecerse en la ciudad, los migrantes afrocolombianos encuentran en estos sectores la posibilidad de lograr su residencia y acceder a los beneficios que trae consigo la vida en el contexto urbano. Por tanto, el acceso a una vivienda es, junto con la actividad laboral, otro de los pilares de mayor influencia en la orientación que tome el proceso inserción social de dichos migrantes en la ciudad. De acuerdo con Barbary, Bruyneel, Ramírez y Urrea (1999), las modalidades de inserción al mundo urbano también se encuentran relacionadas con los capitales cultural, social y económico con que se instalan los migrantes, además de lo que han podido construir ellos y sus descendientes en el contexto de llegada. La heterogeneidad de este proceso se revela e incluye las lógicas de exclusión que se viven en la vida urbana, que al lado de las carencias o presencias

de capitales diversos, ya sea de los migrantes o de sus descendientes, también han incidido en la apropiación y resignificación de los espacios en Cali.

La inserción social de migrantes afrocolombianos habitantes de Charco Azul, Cinta Sardi, Mójica II y la Colonia Nariñense debe comprenderse desde las interacciones, negociaciones y disputas, mediante las cuales éstos han logrado reconstruir ciertas prácticas y procesos históricos, culturales y políticos e incidir (de manera consciente o inconsciente) en la construcción de la ciudad. Como bien lo plantea Naranjo (2004), los migrantes han establecido formas de relacionarse que son más o menos excluyentes, autoritarias aunque medianamente democráticas, lo que les ha permitido forjar espacios de relación, encuentro o desencuentro en la ciudad.

De este modo, se reconoce que el proceso de inserción social en la ciudad ha sido (y es) conflictivo y de empoderamiento. Al mencionar el establecimiento de relaciones conflictivas, se alude no a una confrontación física; por el contrario, se indican la confluencia de diversidad de intereses y estrategias a través de las cuales los migrantes y pobladores de la ciudad conviven en ésta e impregnan sus circunstancias de sentidos y significados. El empoderamiento se circunscribe, entonces, en las formas de autoconstrucción, adecuación del equipamiento colectivo, la organización, la lucha y las relaciones de solidaridad que emergen la apropiación y resignificación de los espacios en la ciudad.

Ejemplo de ello, son las historias de conformación de estos barrios y asentamientos, caracterizadas por la toma de tierras y autoconstrucción, adecuación del equipamiento colectivo, su reconocimiento y posicionamiento en la ciudad. Desde este punto de vista, los migrantes afrocolombianos habitantes de Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, en palabras de Naranjo (2004:7) aportan a la construcción de esta ciudad con los medios de los cuales disponen y bajo condiciones adversas en la mayoría de ocasiones. Los migrantes participan y se involucran en la construcción de su destino, en los lugares donde mejor lo han podido hacer, aunque no hayan contado con un acceso efectivo al cubrimiento de sus necesidades básicas para una existencia digna.

La gestión de recursos públicos y privados para subsanar sus necesidades básicas es sólo un ejemplo de cómo estos sectores, con avances y retrocesos, construyen y reconstruyen sus proyectos de vida:

“La inseguridad se ha regulado un poquito, pero no es que sea lo suficiente pa’ decir uno: ‘uy, Mójica está tranquilo’. No, porque no dejan de llegar gente de pandillas y toda esa cuestión que le hacen daño a la gente. En este momento, aquí han matado a más de un muchacho, prácticamente, el muchacho que los estaba asesinando y todo eso, ya también le pagaron con la misma moneda. A Checho también lo mataron hace quince días... Pero, entonces, pues esto en cuanto a la seguridad le falta mucho todavía, yo veo pues, que en cuanto a la seguridad, pero el hecho, la raíz de esta cuestión, es la falta de oportunidad de los pelaos, y también, la educación que se les debe dar dentro del hogar” (líder comunitario habitante del barrio Mójica II).

En este sentido, se comprende que no ha sido (ni es) fácil para los pobladores de estas zonas subsistir y mantenerse en las condiciones particulares de sus contextos barriales y bajo la imagen que externamente se ha construido sobre éstos; no obstante, como se vislumbró en las historias de conformación de Mójica II, Charco Azul, la Colonia Nariñense y Cinta Sardi, en medio de la adversidad la comunidad ha creado formas, ha construido estrategias y ha resistido a través de ellas; en otras palabras, ha luchado por la obtención y exigencia de ciertas condiciones para mejorar sus condiciones y calidad de vida.

Asimismo, es evidente que entre migrantes afrocolombianos y pobladores urbanos existen experiencias de vida comunes que acompañaron el pasado, persisten en el presente y se proyectan para el futuro, posibilitando así la construcción de espacios de intercambio social y cultural que tienden a promover el encuentro, la ayuda mutua y, en general, el mejoramiento de sus condiciones de vida (Bello y Mosquera 1999:474).

Retomando lo anterior, dos de los entrevistados manifestaron:

“Ha habido cosas buenas y cosas malas, han habido presidentes [refiriéndose a la junta de acción comunal] que se han preocupado, por la situación del barrio, como también ha habido gente que ha llegado a la acción comunal y terminan como llegaron, sin una obra sin un avance, ni en salud, ni en educación, ni en nada de esas cosas. Entonces, yo creo que la idea es que la gente que va a tomar las riendas de este barrio, así sea joven o una persona mayor, tenga ese anhelo de trabajar por la comunidad.”

“Para serle franca, el futuro del barrio en sí, el futuro del barrio a mí me parecen bien, porque está avanzando. El futuro que a mí me da tristeza es el futuro de la juventud del barrio, ese futuro es el que me da tristeza, porque se ve que el barrio está progresando, pero el futuro de la juventud sí me da tristeza, en el sentido de que los muchachos aquí están como muy... No sé cómo llamarle, si desubicados o qué, porque se ve mucha violencia, mucho muchacho entregado al vicio, al sicariato, a la prostitución... Entonces esas son como cositas que a uno como que lo acongojan, de una de ver la juventud, por lo menos a mí me da tristeza... A veces, a mí hasta las lágrimas se me salen y lloro, eso es... Entonces a veces a uno le da cómo esa tristeza, de ver a los muchachos así...”

La historia y los motivos que configuraron la aparición de barrios como Charco Azul y Mójica II, así como la de asentamientos como Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, repercuten en el tipo de relaciones que sus pobladores han establecido entre ellos mismos y otros pobladores de la ciudad, situaciones que inciden en las representaciones y formas de convivir en dichos barrios y asentamientos.

De lo anterior, se infiere además que los entornos barriales, en este caso de Mójica II, Charco Azul y los asentamientos Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, son escenarios en los que se reflejan patrones de inclusión-exclusión que se constituyen en estrategias para su configuración y la defensa de éste ante diversas circunstancias (Naranjo, 2004:6). No obstante, debe agregarse que las formas de inclusión-exclusión en dichos espacios están mediadas por imaginarios, representaciones y significados de quienes los habitan, así como de personas ajenas a éstos; el espacio físico en sí mismo no genera exclusión o inclusión, sino que éstas emergen de las representaciones e idearios que se construyen dialécticamente entre los pobladores de los barrios y asentamientos y de Cali en general.

Al respecto, resulta pertinente referir algunos comentarios realizados por habitantes del Distrito de Aguablanca sobre la exclusión y estigmatización que han vivido dada su pertenencia al distrito:

“Este espacio, aunque es muy discriminado, hay gente que espera no sólo recibir, sino dar; que esperan que se les tenga en cuenta, que sepan que vienen de una más de las culturas que hay en Colombia” (segmento tomado del video ‘La cara positiva del Distrito’).

“Aquí hay gente muy civilizada, muy culta, así como otros que no lo son” (segmento tomado del video ‘La cara positiva del Distrito’).

La construcción de dichos imaginarios y percepciones estigmatizadas llaman la atención sobre los procesos de segregación socioespacial que se configuran no sólo desde la carencia y dificultades en la oferta y el acceso a servicios institucionales en determinados espacios geográficos, sino desde los imaginarios, percepciones de los habitantes de la ciudad, frente a los pobladores de sectores periféricos en la ciudad, con historias de vida que evidencian los obstáculos que éstos han debido superar o que están en el proceso de superarlos para mejorar sus condiciones de vida en la ciudad.

6. CONSIDERACIONES FINALES

Las consideraciones finales de esta monografía son presentadas con base en las realidades sociales abordadas, los conceptos manejados y la metodología utilizada.

Teniendo en cuenta lo anterior, se debe precisar que en el proceso migratorio de afrocolombianos a ciudades como Cali, se evidenciaba inicialmente un patrón común desde los relatos de los migrantes entrevistados: éstos llegaron en un primer momento a Cali por la fuerte atracción que la ciudad ejercía como capital del departamento del Valle del Cauca, por lo cual concentraba, a finales de las décadas de los setenta y ochenta, una gran cantidad y variedad de fuentes de empleo, centros educativos y culturales y un crecimiento acelerado, hechos que la convertían en uno de los mayores polos de desarrollo y oportunidades en el país. No obstante, la migración hacia Cali no estuvo ligada únicamente a condicionantes económicos. Esto permitió vislumbrar que la decisión hacia dónde (trayectorias) y cuándo migrar no se daba privilegiadamente desde lógicas racionales, preestablecidas o premeditadas; el futuro de dichos pobladores se construye en la incertidumbre que generaba el evento migratorio y los procesos de inserción en la ciudad.

Desde este punto de vista, se puede decir que lo que tenían claro dichos migrantes eran sus referentes identitarios (de dónde vienen) y el apoyo de sus parientes en la ciudad. Al respecto, las redes familiares de estos migrantes no sólo jugaron el papel de vehículos en el proceso migratorio, sino que aportaron a la construcción de solidaridades en la ciudad. En este sentido, se vislumbra la formación de agrupaciones de paisanos que se reúnen con diferentes objetivos (celebrar las festividades, apoyo mutuo, compartir recuerdos o costumbres, entre otros) o las visitas, frecuentes o esporádicas, a sus lugares de origen.

Se entiende que las redes familiares se consolidaron como mecanismos que sustituían o complementaban, en cierto sentido, la familia de la región de origen, aunque en un contexto urbano con notorias diferencias respecto a sus lugares de origen, es en este sentido, que consideramos que el evento migratorio no sólo involucra a quien parte o los que se quedan, sino también a los que reciben y a los lugares de llegada, porque se presenta un intercambio de “bienes” materiales e inmateriales que hace que los

códigos culturales se refuercen, se renueven, se reconfiguren o se replanteen a la luz de ese “encuentro” con el otro.

Paralelo a esto, el evento migratorio como tal impone a los migrantes afrocolombianos en un nuevo territorio (para el caso, Cali) la necesidad de aprender, contrastar, apreciar otros mundos, formas de ser y actuar, que pueden estar cercanos o lejanos a sus capitales cultural y social, teniendo que interactuar con éstos y en ellos. En estas condiciones, los migrantes reciben algún tipo de impacto en el contenido y significación de su identidad y sentido de pertenencia territorial.

De otro lado, se evidenció que la emergencia de ciertas reconstrucciones identitarias (*“Yo soy de Cali, porque vivo en Cali desde hace años y no sé prácticamente nada de donde nací”*) entre migrantes afrocolombianos se da a partir de la desvinculación física o espacial con sus comunidades socioterritoriales de origen (reales o simbólicas), lo que deriva en situaciones en las cuales se observan los frutos e incluso el triunfo del olvido sobre los recuerdos y añoranzas de los migrantes. Ello, a su vez, permite y facilita la adopción de las estrategias simbólicas y culturales presentes en el contexto urbano de llegada, aunque prevalecen las prácticas cotidianas asociadas a formas y usos del espacio en sus lugares de procedencia; prácticas que pueden ser incorporadas a los espacios apropiados por los migrantes en la ciudad.

Todo esto posibilita la emergencia de ciertos contrastes, e incluso comparaciones y elecciones simbólicas (con o sin conciencia de ellas) frecuentemente mediadas por el establecimiento de relaciones vivenciales con más de un territorio; en este caso, los lugares de origen de los migrantes y la ciudad de Cali, habitada (si se quiere decir) de manera constante por éstos.

Ahora bien, en relación con los procesos de segregación socioespacial y las configuraciones territoriales de las ciudades colombianas (e incluso latinoamericanas) se evidenció que éstas dan cuenta no sólo la coexistencia de espacios diferenciados y contrastantes; en el caso de la ciudad de Cali, se observa, de un lado barrios, como Charco Azul y Mójica II, además, de los asentamientos Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, cuyas historias de conformación dan cuenta de marcadas carencias de infraestructura y equipamiento colectivo, a diferencia de otros sectores planificados

con un acceso garantizado a los bienes y servicios de la ciudad, con lo que pareciera que ésta estuviese segmentada. Sin embargo, más que extremos antagónicos y diferenciados, son dimensiones de una misma ciudad que se traslapan entre sí y en las cuales, a pesar de la existencia de factores de exclusión y estigmatización, los pobladores de estos barrios en su devenir histórico han gestionado e implementado múltiples estrategias y tácticas para la consecución de equipamientos colectivos en función de la satisfacción de sus necesidades y mejoramiento de su calidad de vida. Desde allí luchan por su inclusión en la ciudad, al tiempo que otros sectores de ésta resignifican su mirada y percepción.

Paralelo a esto, se infiere que la consecución de una vivienda (ya sea bajo modalidades de invasión u ocupación ilegal) se constituye en el principal exponente del capital patrimonial de los migrantes; este es, a su vez, uno de los principales factores que dan cuenta de sus procesos de inserción social y calidad de vida en la ciudad.

En relación con la estrategia metodológica, es importante mencionar que la implementación de entrevistas semi-estructuradas, como fuente primaria de información, además de la revisión documental (videos, fotografías, artículos periodísticos) permitieron recuperar la centralidad de los actores, en este caso, migrantes afrocolombianos, líderes y habitantes de los barrios Mójica II, Charco Azul, la Colonia Nariñense y Cinta Sardi, desde la carga subjetiva que le imprimen a sus acciones. Asimismo, se pudo comprender sus voces y los significados que le atribuyen a sus entornos barriales, experiencias y trayectorias de vida en la ciudad; de ahí que dichos significados y trayectorias sean los ejes transversales en los múltiples sentidos y apropiaciones simbólicas y territoriales de éstos en la ciudad. En este sentido, se plantea entonces que el análisis que se presenta es pertinente para evidenciar los procesos de reconfiguración territorial y arraigo en estos espacios, poniendo en juego los sentidos de territorialidad contruidos por sus habitantes, permitiendo comprender los imaginarios y usos de los espacios, aunque éstos no se acomoden a ciertos estándares que garantizan, en cierto sentido, una calidad de vida para sus moradores. Lo anterior se vincula a las diferentes formas y disposiciones de articulación entre el ambiente biofísico y la organización socioespacial de las poblaciones.

Otro aspecto a resaltar es la relevancia de este tipo de investigaciones en el Trabajo Social, pues se logran decantar los sentidos y significados que se construyen frente a determinados espacios (para el caso, los barrios Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense) y las diferentes relaciones que emergen en éstos, permeadas también por lógicas de fragmentación o diferenciación derivadas de tensiones históricas y disputas simbólicas.

La comprensión y el acercamiento a las vivencias, tensiones y conflictos presentes en la configuración socio-territorial de Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi, posibilitan la realización de lecturas del contexto y en contexto, la identificación y construcción de diferentes campos, objetos y metodologías de intervención profesional, lo que sin duda alguna contribuye a la reflexión epistemológica, teórico-conceptual, metodológica y ético-política sobre la intervención en lo social de los y las Trabajadores Sociales.

Por último, y en relación con el proceso de formación profesional, es preciso enunciar las implicaciones que trae consigo la realización de este tipo de investigaciones (con una marcada intencionalidad pedagógica) en el marco del pregrado de Trabajo Social, pues involucra la puesta en escena de una serie de conocimientos y referentes no sólo epistemológicos, teóricos y metodológicos sino prácticos y de habilidades empáticas, abordados en el desarrollo de la formación académica y personal. Dicho de otro modo, no sólo es un reto de artesanía intelectual, pues implica la construcción de diferentes formas y lecturas de aproximación a contextos barriales en donde se evidencian múltiples problemáticas (delincuencia, consumo de sustancias psicoactivas, homicidios, violencia, agresiones físicas) asociadas a la carencia de recursos económicos y la ausencia de condiciones que garanticen la calidad de vida de sus pobladores. Es en este escenario donde se conjugan los saberes y voces de los sujetos y del profesional que investiga y en donde hay lugar a diversas interpretaciones, lo que permite identificar nuevos elementos que operan dentro de las fuerzas, tensiones y contradicciones que subyacen en la práctica investigativa y el ejercicio profesional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Libros

Agier, Michel et al (2000) *Mobilité, Identité et urbanisation des populations noires dans le sud-ouest colombien. Estudio socio demográfico sobre poblaciones negras que han vivido procesos históricos de segregación y discriminación racial en la ciudad de Cali*. Universidad del Valle, Santiago de Cali, Colombia.

Agudelo, Carlos (2005) *Retos del Multiculturalismo en Colombia. Política y poblaciones Negras*. La Carreta Editores: Medellín, Colombia.

Arboleda, Santiago (1998) *Le dije que me esperara Carmela no me espero: el Pacífico en Cali*. Editorial: Universidad del Valle, Cali.

Posso, Jeanny (2008) *La inserción laboral de las mujeres inmigrantes negras en el servicio doméstico de la ciudad de Cali*. Programa Editorial, Universidad del Valle: Cali, Colombia.

Wade, Peter (1997) *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*, Universidad de los Andes, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad de Antioquia: Siglo del Hombre: Bogotá.

Capítulos de libros

Ardila, Gerardo (2006) “El poblamiento en Colombia” en ARDILA. Gerardo. (ed.), *Colombia: migraciones, transnacionalismo y desplazamiento*, Universidad Nacional de Colombia, Relaciones Exteriores y Fondo de Población de las Naciones, Bogotá. Págs 261-274.

Becerra, Oscar (2006) “El miedo ambiente urbano y la construcción de identidad” En Ayala, Alberto (editor) *Memorias para pensar la ciudad Cali*. Instituto Departamental de Bellas Artes. Págs. 255-263.

Bello, Martha, Mosquera, Claudia (1999) “Desplazados, migrantes y excluidos actores de las dinámicas urbanas” En *Desplazados, Migraciones Internas y Reestructuraciones Territoriales*. Centro de Estudios Sociales -CES, Universidad Nacional de Colombia: Bogotá. Págs. 456-474.

García, José (1976) “Territorio y Estructura Social” En *Antropología del Territorio*. España: Ediciones José Fina Betancor. Págs. 63-86.

Giménez, Gilberto (2000) "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural" En Barbero Jesús, López, Fabio y Robledo, Ángela (Editores) *Cultura y Región* Universidad Nacional de Colombia Facultad de Ciencias Humanas Centro de Estudios Sociales. Págs. 87-132.

Hoffmann, Odile (1999) "Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el pacífico" En: CAMACHO, Juana y RESTREPO, Eduardo (ed). *De Montes, Ríos y Ciudades: Territorios e Identidades de la gente Negra en Colombia*. Giro Editores, Santa Fe de Bogotá, Colombia. Págs 75-94.

Hurtado, Teodora y Urrea, Fernando (1999) "Imágenes sobre las transformaciones sociales en un 'pueblo de negros': el caso de Puerto Tejada" En: CAMACHO, Juana y RESTREPO, Eduardo (Editores). *De Montes, Río y Ciudades: Territorios e Identidades de la gente Negra en Colombia*. Giro Editores, Santa Fe de Bogotá, Colombia. Págs 297-334

Monnet, Jérôme (1999) "*Las escalas de la representación y el manejo del territorio*". En NATES, Beatriz (Comp) *Memorias Primer Seminario Internacional sobre Territorio y Cultura*, Manizales, Colombia. Págs 111-121.

Moreno, Álvaro, Ramírez, Ernesto (2006) *Introducción elemental a la obra de Pierre Bourdieu*. Capítulo III: Conceptos Fundamentales. Editorial Panamericana Formas e Impresos. Segunda Edición. Bogotá, Colombia. Págs 13-26.

Restrepo, Eduardo (1996) "Los tuqueros negros del Pacífico sur colombiano" En Restrepo, Eduardo y Del Valle, Ignacio (Eds), *Renacientes del guandal: "Grupos negros" de los ríos Satinga y Sanquianga, Biopacífico*. Proyecto biopacífico. Ministerio del Medio Ambiente, Universidad Nacional, Bogotá. Págs 243-350.

Salcedo, Andrés (2006) "Políticas de la movilidad y la diferencia: migraciones y desplazamientos" en ARDILA. Gerardo. (ed.), *Colombia: migraciones, transnacionalismo y desplazamiento*, Universidad Nacional de Colombia, Relaciones Exteriores y Fondo de Población de las Naciones, Bogotá. Págs 359-380.

Sánchez, Luz; Escobar, María (2009) "Mitos y secretos" En *Mitos y Secretos familiares*. Programa editorial de la Universidad del Valle, Colección de libros de investigación. Cali, Colombia. Págs 171-181.

Urrea, Fernando y Murillo, Fernando. (1999) "Dinámicas de poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el oriente de Cali", En: *Desplazados, Migraciones Internas y Reestructuraciones*

Territoriales. Centro de Estudios Sociales -CES, Universidad Nacional de Colombia: Bogotá. Págs. 337 a 405.

Artículos versión electrónica.

Agudelo, Carlos (2002) “El Pacífico Colombiano: de "remanso de paz" a escenario estratégico del conflicto armado” [versión electrónica] [versión electrónica] Documento inédito, *Diplomado políticas públicas para el manejo de Migraciones: El desplazamiento forzado, un reto para la gestión Local*. Disponible en: http://www.renacientes.org/index.php?option=com_phocadownload&view=category&id=10:desplazamiento&download=84:el-pacifico-colombiano&Itemid=158.
Accedido: Mayo 21 de 2001.

_____ (2004) “No todos vienen del río: construcción de identidades negras urbanas y movilización política en Colombia” [versión electrónica] En Revista: *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Editorial Universidad del Cauca. Colección Políticas de Alteridad. Disponible en: <http://lablaa.org/blaavirtual/antropologia/conflicto/conflicto.pdf>.
Accedido: Septiembre de 2010.

Almario, Oscar (2004) “Dinámica y consecuencias del conflicto armado colombiano en el Pacífico: limpieza étnica y desterritorialización de afrocolombianos e indígenas y ‘multiculturalismo’ de Estado e indolencia nacional” [Versión electrónica] En Restrepo, Eduardo, Rojas, Axel (eds) *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Editorial Universidad del Cauca, Colección Políticas de Alteridad. Págs 73-120 Documento en disponible en: <http://lablaa.org/blaavirtual/antropologia/conflicto/conflicto.pdf>.
Accedido: Septiembre de 2010.

Arboleda, Jhon (2000) “Una tatabrada más: migrantes afrocolombianos de cuarta generación y su adaptación al contexto urbano” [Versión electrónica]. Disponible en: <http://historiayespacio.univalle.edu.co/TEXTOS/24/UNA%20TATABRADA%20M AS>.
Accedido: Septiembre 2010.

Barbary, Olivier, Bruyneel, Stéphanie, Héctor, Ramírez y Urrea, Fernando (1999) “Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali: estudios socio-demográficos” [Versión electrónica]. En *Documento No. 38* Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica (CIDSE) Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, Colombia. Páginas 1-97. Disponible en:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/Documento38.pdf>.

Accedido: Septiembre de 2010.

Bohórquez, Alexandra (2008) “De arriba para abajo: la discusión de los cerros orientales de Bogotá, entre lo ambiental y lo urbano” [Versión electrónica] En *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*. Vol. 1, No. 1. Págs 124-145. Disponible en: <http://www.javeriana.edu.co/viviendayurbanismo/numero1/pdf/05CnosViv.pdf>.

Accedido: Mayo de 2011.

González, Catalina (2003) “Música, identidad y muerte en el Pacífico sur colombiano” [Versión electrónica] En Separata de la *Revista Universidad de Guadalajara*. N° 27. Págs 1-48. Guadalajara. Disponible en: <http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug27/babel27.pdf>. Accedido: Abril de 2011.

Grueso, Libia (2000) “El proceso organizativo de Comunidades Negras en el Pacífico Sur colombiano.” [Versión electrónica] Tesis para optar al Título de Magister en Estudios Políticos. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Disponible en: <http://www.globalcult.org.ve/doc/Tesis/TesisGrueso.pdf>. Accedido: Mayo de 2011.

Escobar, Arturo (2004) “Desplazamientos, desarrollo y modernidad en el Pacífico colombiano” [Versión electrónica] En Restrepo, Eduardo, Rojas, Axel (eds) *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Págs 53-72. Editorial Universidad del Cauca, Colección Políticas de Alteridad. Documento en disponible en: <http://lablaa.org/blaavirtual/antropologia/conflicto/conflicto.pdf>. Accedido: Septiembre de 2010.

Hoffmann, Odile, Olivier, Pissot (1999) “Aproximación a la diferenciación espacial en el Pacífico, un ensayo metodológico.” [Versión electrónica] En *Documento de Trabajo No. 42*. Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica (CIDSE) Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, Colombia. Páginas 1-73 Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/Documento42.pdf>.

Accedido: Abril de 2011.

Ibarra, Ricardo (2007) “Segregación socio-espacial en ciudades turísticas. El caso de Canela (RS) Brasil.” [Versión electrónica] En *Estudios y Perspectivas en Turismo, Volumen 16* (Sin mes). Págs 195-2 Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=1807trece889004>.

Accedido: Julio de 2011.

Juárez, María (2006) “Segregación urbana y sus implicaciones en las ciudades. Una aproximación teórica” [Versión electrónica] En *Palapa* Julio-diciembre, Año/Vol.1, Número 002. Págs 45-50. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=94810207>.

Accedido: Julio de 2011.

Larrahondo, Óscar (2009) “Sentidos de territorialidad en el Distrito Barrial de Aguablanca de la ciudad de Cali” [Versión electrónica] En *Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica* No. 9. Universidad de Cartagena: Cartagena. Págs. 59-73. Disponible en: <http://www.ceilika.com/sites/default/files/9-3.pdf>. Accedido: junio de 2011.

Laurin, Alicia (2001) "Ensayo metodológico para un estudio particular: Las transformaciones territoriales fronterizas del proceso de integración física" [Versión electrónica] En *Boletín Geográfico* No.21. Departamento de Geografía. Universidad Nacional del Comahue, Argentina. Págs. 1-17 Disponible en: <http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx/egal7/Teoriaymetodo/Metodologicos/03.pdf>. Accedido: Diciembre de 2011.

Mauss, Marcel (1976) “Prestaciones Totales y Potlatch” en *Revista Mexicana de Sociología* Vol. 21, No. 3 (Sep. - Dic., 1976) Págs. 1119-1125. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/3538409>. Accedido: Julio de 2011.

Millán, Delma, Flórez, Jesús (2007) “Derecho a la alimentación y al territorio en el Pacífico colombiano” [Versión electrónica] En *Proyecto Consolidación del proceso de definición, apropiación y ejercicio de la autonomía de las comunidades indígenas y afrocolombianas del Pacífico colombiano*: Colombia. Disponible en: http://media.gestorsutil.com/OBSERVATORIO_web/48/documentos/docs/0988072001260215417.pdf. Accedido: Mayo 20 de 2011.

Mosquera, Claudia (2005) “Sufrir el desplazamiento forzado para conocer los derechos: Impactos del Desplazamiento Forzado en mujeres afrocolombianas residentes en Bogotá”. En: *Revista Palobra* No. 6. Facultad de Ciencias Sociales y Educación de Universidad de Cartagena. Documento en línea, disponible en: <http://www.unicartagena.edu.co/PALOBRA%206/08%20-%20articulo%20-%20sufrir%20el%20desplazamiento%20-%20claudia%20mosquera.pdf>. Accedido: Septiembre de 2010.

Naranjo, Gloria (2004) “Ciudades y desplazamiento forzado en Colombia. El “reasentamiento de hecho” y el derecho al restablecimiento en contextos conflictivos de urbanización” [versión electrónica] En *Desplazamiento forzado: dinámicas de*

guerra, exclusión y desarraigo. Universidad Nacional de Colombia, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados: Bogotá. Págs. 279-310. Disponible en: http://www.virtual.unal.edu.co/cursos/humanas/2004945/docs_curso/descargas/4ta%20sesion/Basica/Gloria%20Naranjo.pdf. Accedido: Abril de 2011.

Páramo, Guillermo (1989) “Lógica de los mitos: lógica paraconsistente. Una alternativa en la discusión sobre la lógica del mito” [versión electrónica] Ponencia presentada ante el V Congreso de Antropología en Colombia, Villa de Leyva, Boyacá, octubre. Págs 27-67. Disponible en: www.revistas.unal.edu.co/index.php/idval/article/download/9030/9674. Accedido: Diciembre de 2011.

Pulido, María (2011) “Análisis de algunos de los aspectos de la segregación socio Espacial como limitante en la calidad de vida en Bogotá. Periodo 1998-2008” [versión electrónica] Monografía de grado presentada como requisito para optar al título de Politóloga. Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Facultad de Ciencia Política y Gobierno. Bogotá, Colombia. Disponible en: <http://repository.urosario.edu.co/bitstream/10336/2372/1/53165trece6-2011.pdf>. Accedido: Junio de 2011.

Ramos, Beatriz; Rodríguez, Juan; Rodríguez, Óscar (2008) “La investigación social como instrumento en las luchas vecinales” [versión electrónica] En *Revista Historia Actual Online* (HAOL), Núm. 16. Págs 29-39. Disponible en: http://dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=2719241&orden=0. Accedido: Noviembre de 2011.

Romero, Julio (2009) “Geografía económica del Pacífico colombiano” en *Documentos de trabajo sobre economía regional No. 116*. [Versión electrónica]. Banco de la República. Centro de Estudios Económicos Regionales -CEER- Cartagena de Indias, Colombia. Págs 1-47. Disponible en: <http://www.banrep.gov.co/documentos/publicaciones/regional/documentos/DTSER-116.pdf>. Accedido: Septiembre de 2011.

Quezada, Margarita (2007) “Migración, arraigo y apropiación del espacio en la recomposición de identidades socioterritoriales” [Versión electrónica] En *Revista Cultura y Representaciones Sociales. Un espacio para el diálogo transdisciplinario*. [Revista electrónica] Año 2, Núm. 3, septiembre. Págs 35-67. Disponible en:

<http://www.revistas.unam.mx/index.php/crs/article/view/16252/0>. Accedida: julio de 2011.

Rivas, Nelly (1999) “Prácticas espaciales y construcción territorial en el pacífico nariñense: el río Mejicano, municipio de Tumaco” [Versión electrónica] En *Documento de Trabajo No. 41* Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, Colombia. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/Documento41.pdf>. Accedido: febrero de 2011.

Sánchez, Lina (2008) “Éxodos rurales y urbanización en Colombia. Perspectiva histórica y aproximaciones teóricas.” En *Bitácora* Vol. 13, No. 2 Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Págs 57-72. Documento en línea: <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/download/18522/19432>. Accedido: febrero 20 de 2011.

Sistema de Índices de Inclusión Social Actualizados para Santiago de Cali (2009). Primera fase. Perspectivas para la construcción de la política pública de inclusión socioterritorial. [Versión electrónica] Alcaldía de Santiago de Cali. Disponible en: <http://www.caliciudadesinlimites.com/pdf/SIISAS%20Primera%20Fase.pdf>. Accedido: Julio de 2011.

Tovar, Paola (2008) “Estudio del comportamiento violento de los jóvenes de 15 a 22 años migrantes afrocolombianos de la costa caucana, actualmente residentes en los barrios Marroquín II y Manuela Beltrán del Distrito de Aguablanca” [Versión electrónica] Monografía presentada para optar al título de Antropóloga. Universidad del Cauca, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Departamento de Antropología. Popayán, Colombia. Disponible en: <http://www.monografias.com/trabajos-pdf4/estudio-del-comportamiento-violento-jovenes/estudio-del-comportamiento-violento-jovenes.pdf>. Accedido 3 de mayo de 2011.

Urrea, Fernando; Arboleda, Santiago; Mejía, Javier (2000) “Construcción de redes familiares entre migrantes de la Costa Pacífica y sus descendientes en Cali.” En *publicación: Documento de trabajo No. 48*. CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, Colombia: Colombia. Accedido: julio de 2011.

Disponible en:
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/Documento48.pdf>.

Urrea, Fernando; Quintín, Pedro (2000) “Ser hombre negro y joven: construcción de identidades entre sectores populares excluidos en Cali (Colombia)”, En Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, Colombia. Págs 1-28. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/hombre.pdf>. Accedido: abril de 2011

Vanin, Alfredo et al (1999) “Imágenes de las "culturas negras" del Pacífico colombiano” [Versión electrónica] En *Documento de Trabajo No. 40*. Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Valle del Cauca, Cali, Colombia. Disponible en: <http://sala.clacso.org.ar/gsdl/cgi-bin/library?e=d-000-00---0cidsedoc--00-0-0--0prompt-10---4-----0-1l--1-es-50---20-about---00031-001-1-0utfZz-8-00&cl=CL1.1&d=HASH01bc583e841c975ce19d0d69.4&x=1> Accedido: Marzo de 2011.

Vásquez, Édgar (1990) “Historia del Desarrollo Económico y Urbano en Cali”. [Versión electrónica] En *Boletín Socio-económico No. 20*. Centro de investigaciones y Documentación Socio-económica (Cidse), Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Valle del Cauca, Cali, Colombia. Págs 1-28. Disponible en: <http://socioeconomia.univalle.edu.co/nuevo/public/todos%20boletines/No.20%20BOLETIN%20SOCIECONOMICO/Boletin%2020%20articulo%201%20-%20Vasquez.pdf>. Accedido: Mayo de 2011.

Documentos sin año de publicación

Escobar, Guido (sin año) La población en Santiago de Cali: siglo XX y primera década del siglo XXI. [Versión electrónica] Disponible en: <http://planeacion.cali.gov.co/Publicaciones/Demografia/La%20poblacion%20en%20Cali%20Siglo%20XX%20y%20XXI.pdf>. Accedido: Junio de 2011.

Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario (Autor institucional sin año) “Diagnóstico de la situación de los municipios habitados por las comunidades afrocolombianas priorizadas por la Honorable Corte Constitucional en el departamento de Valle del Cauca”. [Versión

electrónica] Disponible en:
<http://www.derechoshumanos.gov.co/Observatorio/documents/2010/DiagnosticoAfro/ValleDelCauca.pdf>. Accedido: Junio de 2011.

Resumen ejecutivo Proyecto de Atención Primaria en Salud “*Salud es vida, Inclusión con equidad, el Hospital va a la Gente*” (2007).

Construyendo un Modelo Educativo y Administrativo para la Ciudadelas Educativas. Artículo publicado en <http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/w3-article-242480.html> Centro Virtual de noticias de la Educación.

Cuenca del pacifico. Artículo de la Enciclopedia Libre Universal en Español.. Fecha de consulta: 06:01, septiembre 1, 2011 from http://enciclopedia.us.es/index.php?title=Cuenca_del_Pac%C3%ADfico&oldid=527762.

Documentos inéditos y artículos de prensa.

Osorio, Fanny et al (2002) “*La casa de Justicia: un referente simbólico para la movilización de imaginarios de convivencia democrática comuna cinco Manizales*” Capítulo V: Acercamiento a la vida social. Centro de Estudios y Desarrollo Alternativo de Territorios de Conflicto, Violencia y Convivencia Social-CEDAT-Universidad de Caldas, Manizales.

La Historia de Charco Azul. Asociación Mafum y las Fuerzas Vivas del barrio Charco Azul.

Participación y organización de las comunidades negras en el etnodesarrollo del barrio Mójica II. Investigación Acción Participativa. Afromojica, Fundación Nacederos 1999-2002. Cartilla disponible en: <http://axe-cali.tripod.com/cali/afromojica/iap-afromojica.htm>. Accedido: Febrero de 2011.

Álzate, Jenny (2011) “La Colonia Nariñense y los portadores del olvido” Artículo de prensa publicado en el *Periódico La Palabra*, edición 213 de marzo de 2011. Disponible en: http://lapalabra.univalle.edu.co/temacentral_marzo11.htm. Accedido: Mayo de 2011

Rosero, Evelin (2010) “*Cinco meses después de denuncias de El País, mal de las invasiones no sana*” Artículo de prensa publicado en el periódico *El País* edición viernes 2 de julio. Disponible en: <http://www.elpais.com.co/elpais/cali/noticias/cinco-meses-despues-denuncias-pais-mal-invasiones-sana>. Accedido: Abril de 2011.

Hoyos, Andrés (1994) “*Cali: 21 Asentamientos*” En periódico el Tiempo, 18 de julio.

Nullvalue (1997) “Las niñas suplicaban que las sacaran de las llamas” En Periódico *El Tiempo*, el 29 de Noviembre. Disponible En: [Http://Www.Eltiempo.Com/Archivo/Documento/MAM-699638](http://Www.Eltiempo.Com/Archivo/Documento/MAM-699638).

_____ “El Concejo pide freno a las invasiones” En Periódico *El Tiempo*, 6 de febrero.

Videos

Potón, Carlos (1993) “*Un charco no tan azul*” en Charco Azul en Videos. Universidad del Valle, Televisión. Serie Rostros y Rastros.

Jurado, Edilberto (2001) *La Resbaloz*.

“*Aguablanca en Videos: La cara positiva del Distrito de Aguablanca*” (1999). Corporación Universitaria Autónoma de Occidente y Fundación Autónoma de Occidente) Espacio en el Magazín *Hola Vida*, del Canal Universitario de la Universidad del Valle.